

LUZ DE DAMOCLES

The background of the cover features a dark, atmospheric landscape. In the foreground, there is a dark silhouette of a mountain range. Above the mountains, a bright, glowing horizon suggests a sunset or sunrise, with colors transitioning from yellow and orange to deep red and black. A prominent, bright red comet streaks diagonally across the upper right portion of the sky, leaving a long, glowing trail.

CARTER DAMON

Lectulandia

Ha sucedido algo extraordinario.

Un poderoso e inexplicable haz de energía, de origen remoto, cruza el sistema solar e ilumina con su fulgor rojizo el firmamento de la Tierra. El desconcierto se apodera de la población mundial. ¿Se trata de un fenómeno astrofísico inocuo, o es un evento capaz de erradicar la vida de la faz del planeta?

Solo un científico, integrado en un equipo de investigación radicado en la Antártida, desentraña su misterio. Sin embargo, antes de que pueda revelar al mundo la naturaleza de la amenaza, es asesinado.

Lectulandia

Carter Damon

Luz de Damocles

ePub r1.0

Titivillus 01.01.18

Título original: *Luz de Damocles*
Carter Damon, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota

Ahora, cuando seguramente me quedan pocas horas de vida, tengo tiempo para poner un epitafio al diario que he escrito a lo largo de los últimos meses. Yo, Lucille Vaughan, he sido testigo de sucesos extraordinarios de los cuales este libro da fe. Aún sabiendo que serán muchos los que pongan en entredicho mi testimonio, confío en aquellas personas que habiéndome conocido suficientemente, no duden de mi carácter serio y mi personalidad, poco dada a elucubrar con fantasías, y comprendan que lo que se relata no es sino un retrato veraz de lo acontecido en los últimos meses, aquí, en el corazón de la Antártida, en el punto geográfico de nuestro planeta que denominamos polo sur, la estación Amundsen-Scott.

Ignoro si algún día alguien alcanzará a leer estas páginas. Queda poco tiempo para que la incertidumbre se desvanezca y saber entonces si este enclave desaparecerá, volatilizado como una yesca incandescente, o incluso peor, sea el planeta entero el que se calcine consumido como una tea ardiente. Seguramente no estaré aquí para averiguarlo.

Mis últimos pensamientos los dedico a las personas con las que he convivido en estos últimos meses. Jonas, Diego, Bob... y por supuesto, Thomas y Megan. Y también, por qué no, Amadeus Finch, cuya muerte fue la causa que me trajo hasta este remoto lugar, y al que sin embargo, pese a no haber tratado personalmente jamás, he acabado conociendo tan bien como a ningún otro. No sólo desentrañé el misterio de su muerte, sino incluso descubrí un secreto aún más extraordinario; el inaudito origen del amenazador haz de energía que brilla en nuestro firmamento desde pocos meses atrás y que aún ahora vela sobre nosotros, más misterioso y cruel que nunca.

Dos meses aquí concluyen, pero tan intensos, que casi valen por toda una vida.

Falta poco ya. Es la hora. Mi pulso tiembla, pese a que estoy decidida a hacer lo que me propongo. Me he enfundado pantalones, chaquetón y botas para afrontar la noche antártica. Sesenta grados centígrados bajo cero. No obstante, lo peor ahora mismo del exterior no es la temperatura, sino una intensa ventisca que impide ver las señales de localización. Sería fácil perderse en la gran explanada helada si no fuera por esa luz rojiza que brilla sobre nosotros, más intensa que nunca.

Debo salir. Tal vez no pueda evitar nada de lo que está por ocurrir... pero al menos quiero ser testigo de lo que suceda. Si he de morir, quiero hacerlo mirando a la muerte cara a cara.

Falta poco ya. Voy a salir. Es la hora.

Capítulo 1

Tres meses antes

Extracto, sección de Economía, Washington Post
Timothy Robinson

Tengo una sensación de *deja vu*. En los peores años del pinchazo de la burbuja inmobiliaria, en la primera década del siglo, y tras la consiguiente crisis financiera, sobrevino una espectacular carrera de los gobiernos de las principales potencias mundiales por reactivar la actividad económica. El medio; una masiva introducción de moneda a través de financiación de deuda pública. Los estados inyectaron una sobredosis de anabolizantes monetarios que hincharon al moribundo sistema bancario hasta darle una apariencia de zombi financiero. Increíblemente, la fórmula resultó aceptable para las principales firmas de *ratings*. Se tardó casi una década en sobreponerse al desbarajuste propiciado por nuestros insignes banqueros y los no menos ilustres dignatarios políticos encargados de controlarlos.

Ahora tal vez debamos asumir que la causa que provoca esta nueva ola apocalíptica de recesión es bien distinta. No todos los días uno se topa, mirando a través del ventanal del salón, con un evento astronómico de la magnitud de este, capaz de sobrecoger al bróker más aguerrido. Lo cierto es que desde el primer día todos alertamos de que, si el fatídico haz de luz rojiza que cruza nuestro firmamento no desaparecía, o al menos, se le hallaba una explicación plausible sobre su origen, el desánimo y el miedo harían presa de la población mundial. No hacía falta ser un gurú de la economía para pronosticar eso, la verdad. Dos meses después de que la Luz de Damocles brillara sobre nuestras cabezas, seguimos sin tener una explicación científica que al menos sirva para tranquilizar a la ciudadanía, y al desconcierto inicial le ha sucedido la previsible ola de pánico y cautela económica. Y ante esta incertidumbre astrofísica, la Reserva Federal acaba de inyectar sesenta mil millones de dólares en la economía americana a través de la compra de deuda y avisa de sucesivas inyecciones mensuales de idéntico calado. He ahí mi *deja vu*. Se trata de una maniobra de escape, poco original, repetida hasta la saciedad en el pasado, que poco va a ayudar a que la maltrecha confianza del consumidor y el creciente pesimismo empresarial (...).

Capítulo 2

No sé realmente por dónde empezar. Escribir un diario siempre me ha parecido una tarea ridícula, como si tuviera que anotar las cosas que temo olvidar. Pero ahora, volando camino del extremo más meridional del planeta, me pregunto si dentro de unos años no querré saber cada una de mis vivencias y recuerdos de un lugar tan inhóspito y a la vez evocador como es este al que me dirijo. Es difícil escribir en este incómodo asiento de pasajeros del Hércules en el que me desplazo. Tiembla mucho. Ya me advirtieron en la base McMurdo, el viento es intenso a estas alturas del año. Creo que bromeaban. Según me ha informado la tripulación, los vientos catabáticos soplan con fuerza durante todo el año antártico. He tomado el último vuelo de enlace con la base de Amundsen-Scott. El invierno ya está aquí. De hecho esta travesía excepcional se hace exclusivamente por mi causa y por las circunstancias que me han empujado hasta aquí.

Son dos los hechos extraordinarios las que me han arrastrado a esta esquina del mundo. O tal vez debería decir tres. La verdad, no lo sé ni yo misma. Inspectora de policía de Chicago con treinta y tres años, quién diría que iba a aceptar un caso criminal en el punto más frío del planeta.

Cuando ingresé en el cuerpo ignoraba que tenía talento policial, simplemente estaba convencida que era una cuestión vocacional. Me gustaba el trabajo... y no me ha ido mal. He tenido compañeros excelentes, dosis extraordinarias de buena suerte... y bueno, tal vez sea como el ying y el yang, ya que otras facetas de mi vida han ido rematadamente mal, al menos el Destino me ha compensado con una capacidad por encima de la media para desempeñar una carrera policial de éxito. Sí, mi trayectoria hizo posible que se tuviera en cuenta mi candidatura para este caso. Es verdad, no había demasiadas, pero mi solicitud fue la que se aceptó.

¿Por qué enrolarme en la investigación del asesinato más relevante dadas las circunstancias críticas que vivimos? Dentro de mí subsiste una vena de ambición difícil de saciar que me domina, es verdad. Sin duda un impulso irrefrenable me empujó a tomar esta decisión. El hombre que había descubierto el secreto del haz de luz, o que al menos así lo atestiguaba..., asesinado. ¿Puede haber algo ahora más importante que resolver este crimen? Sí, es verdad que la Casa Blanca niega fundamento al secreto que este hombre decía poseer. Aún así, la conmoción que supuso conocer la noticia de la desaparición de Amadeus Finch, en quien muchos depositaban sus esperanzas por desentrañar el misterio de la Luz de Damocles, resultó casi tan impactante como el día en el que el haz fulguró en el cielo por primera vez. Muchos se sintieron terriblemente decepcionados y la palabra «conspiración» incendia las redes sociales del mundo entero desde entonces.

Y eso me lleva a analizar la segunda causa de mi venida a este lugar. Ese misterioso, incluso maldito, por qué no, haz de energía, que pende sobre nosotros como una incomprensible espada de Damocles. Todo el mundo recuerda el día que

apareció vertiginoso, inesperado, fulgurante, en nuestro cielo. Una línea de un color rojo difuso, rasgando el cielo azul, iluminando tenuemente las noches, figurando siempre en el firmamento a la misma hora del día, imperturbable y paciente, descendiendo desde un punto del cielo perpendicular a la línea del horizonte. Incluso las personas que no tenemos ni idea de astronomía empezamos a ver documentales, a interesarnos por las entrevistas de los expertos y a comentar en las colas de los supermercados y en los cafés del trabajo, qué diablos significaba aquello. Algunos lo llamaron el Evento Casiopea, porque su origen parecía ser esa constelación. Una vez más el hemisferio norte imponía su punto de vista porque no existe evidencia para afirmar si tal haz proviene de dicha constelación o se dirige hacia ella. Por supuesto que existen multitud de grabaciones de vídeo que recogen el momento preciso en el que el haz fulguró por primera vez, pero... son incluso contradictorias. No sabemos su origen, desconocemos su sentido. Alguien se refirió a esa línea misteriosa como la Luz de Damocles, aludiendo a la similitud con la famosa espada que pendía sobre la cabeza de Damocles, un cortesano que envidiaba el poder del monarca Dionisio, y este, para que comprendiera el peligro que entrañaba el poder, le cedió el trono por un día, pero con una afilada espada pendiendo sobre su cabeza y sujeta tan solo por la crin de un caballo. El mismo efecto de inseguridad y peligro inminente obra ese fulgor impertérrito sobre cada uno de nosotros.

Una cosa es cierta. El haz de energía cruza nuestro sistema solar como una espada que atraviesa un papel. Firme, intransigente, tenaz. Los astrónomos, sin embargo, aseguran relativizando su proximidad, que estamos lejos y no corremos peligro. Debo hacer un comentario al respecto antes de que con los años pase al olvido, y por ello lo anoto. A pesar de la difusión de esos análisis tranquilizadores, lo cierto es que la gente no confía excesivamente en ellos. La luz tiene un halo de maldad, que me recuerda a una maldición bíblica, y ni que decir tiene que miles de teóricos de la conspiración y telepredicadores sin escrúpulos se han lanzado a advertirnos una vez más del inminente fin del mundo. El milenarismo hierve. Sus prédicas han calado en gran parte de la población, ya de por sí predispuesta. Existe una creciente opresión en el ánimo de todos. Las autoridades quisieron evitar que el pánico y el desánimo cundieran en la población, pero la economía se ha desplomado, eso es indudable. Tal vez ese ambiente deprimido y triste que impregnaba la sociedad americana me empujara a salir de toda aquella depresión y tristeza... Sí, yo misma hui de esa tristeza que lo impregnaba todo, aunque en mi caso, mi pena tenía causas bien distintas.

Debo ser sincera conmigo misma pues mentiría si eludiera ahora las motivaciones que me incumben personalmente. Lo cierto es que... yo ya estaba destrozada antes de que el maldito rayo apareciera en el cielo. Sí, la tercera razón de mi venida es que necesitaba huir... huir de mi vida, de todo cuanto me rodeaba y que ahora mismo aborrezco. Necesitaba cambiar de aires con urgencia, alejarme de todos y de todo..., y ocupar mi mente al completo en algo que no me destruyera, que no me consumiera

en una tristeza sin fin. Por eso estoy aquí.

* * *

El viaje ha resultado agotador. En cuarenta y ocho horas mi vida ha dado un vuelco completo. Un asesinato en el otro extremo del mundo, una candidatura presentada precipitadamente... y de pronto me veo tomando aviones y desempeñando un papel inesperado, además de eludiendo nubes de periodistas que intentaban averiguarlo todo sobre mí.

Reynold Abbott es mi supervisor. Un tipo soso. Pese a que nos tratamos de hacer un par de años puedo asegurar que ni un hálito de simpatía emana de su egocéntrica existencia. Calvo y serio..., y unos ojos claros más fríos que el hielo. Sí, no me cae nada bien. No sé cómo se las ingenió, pero inmediatamente a la aceptación de mi plaza se ofreció como enlace entre mi persona y los diversos organismos institucionales que iban a seguir el curso de la investigación. Su «estrecha relación con la agente encargada del caso» lo convirtió en el candidato para tratar con FBI, Casa Blanca y cuantos organismos tuvieran algún interés en la muerte de Amadeus Finch. He ahí un tipo con olfato de triunfador.

Afortunadamente voy a tratar con él vía skype y... ¡espero que eso sea de vez en cuando! Mi nominación resultó tan rápida y tan imprevista que aún ahora sonrío al pensar en ello. Sinceramente, cuando me enteré que se buscaba un candidato para este desempeño me presenté creyendo que sería desestimada sin remedio. Eran las ganas de quitarme de en medio las que me empujaron a algo tan descabellado. Ni lo pensé. Demasiado joven, me decía, convenciéndome a mí misma de mi propio descarte... Pocas horas después tomaba un avión camino de Washington, donde iba a ser aleccionada por mi superior con todo tipo de advertencias y debería firmar miles de documentos de confidencialidad y secreto. ¡Qué barbaridad! Si no hubiera sido por la subida de adrenalina que sufrí, seguramente habría enviado a todo aquel hatajo de funcionarios a...

Y casi sin respirar, vuelo tras vuelo, hasta llegar a Nueva Zelanda. El *jet lag* me ha dejado grogui, hasta el punto de ignorar exactamente en qué día de la semana estoy. He perdido la cuenta de las horas de sueño. Sé que he visto amanecer desde un avión, y cuando era mediodía me he quedado dormida como un bebé. El transporte a McMurdo fue en un vuelo especial dispensado en exclusiva para mí. Según llegué a la estación otro operativo me esperaba con los motores encendidos y las hélices rotando. Al parecer hay que aprovechar las escasas horas de luz solar que tiene el día austral en esta época del año. No se admitían demoras. Así que he perdido la noción completa del tiempo. He saltado de continente en continente como un caprichoso saltamontes. Apenas me he echado algo al estómago en estos dos últimos días y un desagradable malestar me impide conciliar el sueño. No solo es todo lo ocurrido hasta la fecha, sino el trabajo que tengo por delante. Siento el peso de una enorme

responsabilidad.

También me doy cuenta que de la noche a la mañana me he hecho famosa. A pesar del ninguneo del gobierno a las tesis de Amadeus Finch, la prensa ha decidido hacer un seguimiento del caso, así que mi cara ha aparecido en todos los diarios y medios de comunicación de medio mundo. Me daba cuenta por cómo me observa la gente, desde pasajeros de avión a tripulación de vuelo. Se cruzan miradas, hay cuchicheos, y hasta un piloto vino a estrecharme la mano y desearme suerte. Sentí que me ruborizaba hasta la coronilla.

Por supuesto, he ojeado el extenso volumen de información que me proporcionó Reynold y que tengo descargado en mi portátil. Consiste básicamente en una tonelada de archivos encriptados..., pero estudiar nombres y currículos profesionales en frío no me dice gran cosa. Me he limitado a echar una ojeada por encima, pero los nervios y la tensión me impiden de momento concentrarme.

Sin duda me enfrento a unas condiciones inverosímiles. Descubrir a un asesino mientras estoy encerrada con él y otras pocas personas más en un recinto poco más grande que una caja de galletas y sin refuerzos factibles a la vista. Menuda situación. En cualquier caso está claro que no me enfrento a un profesional del crimen. El «señor» Abbott me ha aleccionado insistentemente, «lo importante, repito, es descubrir al asesino así como recuperar cualquier información relevante que el doctor Finch nos pudiera haber ocultado».

Obviamente, en primer término habría que identificar al asesino. Detenerlo y encerrarlo apropiadamente. Reynold dice que...,

Creo que debería dedicar un momento a hablar de Reynold. ¿Por dónde empezar? Él es mi enlace con la Casa Blanca... y con el mundo exterior en general. No es precisamente un desconocido, todo lo contrario. Desgraciadamente para mí, por sus venas fluye una mezcla de ambición política y talento para la manipulación de todo y de todos, siempre en su provecho, que determina un grupo sanguíneo muy particular. El haber logrado ese puesto demuestra una capacidad admirable de reptar por los entresijos de la burocracia. Después, como un verdadero camaleón, parece haberse mimetizado con las altas esferas de la política nacional. Trajes nuevos, una forma de hablar diferente... Esto se le ha subido a la cabeza. Conociéndolo, era de esperar. Diría que llevaba toda su vida aguardando una oportunidad como esta y no la ha desaprovechado, vaya que no.

Pero no nos desviemos. Los hechos. He aquí la secuencia en el orden debido. El doctor Finch envía un memorándum secreto a la Casa Blanca en el que explica la naturaleza de la Luz de Damocles y cuyo contenido no se ha hecho público. Lo que sí revela en un comunicado que remite a los principales medios de comunicación del país es la existencia de ese memorándum, que obra en poder del presidente. Los asesores presidenciales niegan validez al documento cuando la prensa inquires, pero a su vez evitan desvelar su contenido. ¡Qué actitud tan poco tranquilizadora! Poco después Amadeus Finch muere asesinado. Los *mass media* hablan de conspiración

política y estalla la controversia. Todos estamos con los nervios a flor de piel. La Casa Blanca ha restado importancia al documento del profesor y han explicado que memorándums como ese los reciben todos los días. Si empezaran a divulgar las divagaciones de cada dossier que les llega, cada cual más esquizofrénico y disparatado que el anterior, contribuirían a crear una ola de pánico, lo cual no parece razonable. Gracias a ese planteamiento férreo y a la negativa tajante de revelar esa o cualquier otra especulación que no esté amparada en pruebas fehacientes, las aguas se han calmado un poco.

Por eso no han enviado a un equipo de investigación que pusiera todo patas arriba, y han escogido a un único inspector. Se trata de un asesinato normal y corriente. Desplazar a un equipo completo podría implicar la admisión de que algo importante se ocultaba en este lugar. Minimizan el problema minimizando el despliegue. En parte lo han conseguido. El hecho de que me envíen a mí ha resultado decepcionante para toda la prensa sensacionalista, y yo he contribuido a apagar el incendio en gran medida al no haber hecho siquiera una declaración pública.

Creo que confían más en mis habilidades y en la psicología que en la fuerza bruta. Por otro lado no resultaba factible extraer a los científicos de la base, ni siquiera perturbar su trabajo. Continuar la investigación del doctor Finch ahora mismo se entiende como un objetivo crucial, porque de lo contrario podría parecer que el gobierno quiere sabotear una investigación que desea ocultar. Al parecer, el experimento en el que participan, siempre según el malogrado doctor, podría ser importante para determinar la naturaleza de la Luz de Damocles. Una situación verdaderamente delicada.

Capítulo 3

Por fin he llegado a la base de Amundsen-Scott. Estoy en el punto geográfico exacto del polo sur. Cuando se abrió la puerta de cabina una ráfaga de aire helado dejó la piel de mi cara insensibilizada al instante. El frío era tan penetrante que al dolor inicial le siguió una inesperada rigidez. Pese al abrigo, cuatro capas de ropa exquisitamente estudiadas, el calor de mi cuerpo parecía abandonarme rápidamente.

Antes de descender por las escalerillas me topé con la Luz de Damocles, que pendía del cielo azul intenso, rasgando el firmamento con su luz levemente rojiza. Descubrir aquel misterioso e inquietante evento astronómico en aquel territorio perdido, saludándome, me provocó un sentimiento confuso. Por un lado me intimidó. La vorágine del viaje, la prensa, la improvisación que había introducido de golpe en mi vida, habían hecho que olvidara aquella presencia maléfica. Toparme de nuevo con ella me resultó inquietante, como si me hubiera cruzado por la calle de improviso con un preso que acababa de meter en chirona. Por otro la Luz de Damocles la asocio inconscientemente a una idea que me desalienta, y es que por más que me aleje de mi hogar y de mi pasado, mi historia personal habrá forzosamente de acompañarme hasta el lugar más recóndito del planeta, como esa misma luz me ha recordado. No puedo dejar de ser yo misma por muy lejos que me desplace. Mis problemas se vienen conmigo. Sí, ingenuamente creo que pensaba que aquí, en el extremo más inhóspito del planeta, mis propios dilemas morales parecerían intrascendentes. Ha sido desagradable comprobar que una simple visión me ha conducido de lleno al territorio de la angustia. Sí, soy una ingenua a veces, me temo.

Había dos hombres al pie de la escalerilla. Sus abrigos gore-tex con capucha, con la que se cubrían la cabeza, disponían del habitual plumón que ocultaba parcialmente su rostro. Aún así pude distinguir un semblante de un hombre con perilla que ya había superado la cuarentena, y otro más joven, de tez oscura y rasgos suaves y latinos.

—Bienvenida a la Antártida —me saludó sonriente el joven—. Mi nombre es Jonas Burrell. Y este que está junto a mí, parco en palabras y el más veterano de la base ahora mismo, Thomas Prescott.

Nos estrechamos los guantes torpemente. Una brisa gélida me impedía casi hablar. El aire cortaba la respiración.

—Esto es para usted. —El joven de color me entregó un sobre grande, de color mostaza, herméticamente cerrado. Mi nombre estaba escrito en él con rotulador negro y caracteres grandes. Reynold me había advertido que el jefe de la estación McMurdo había hecho las funciones de juez para el levantamiento del cadáver. Aquel sobre contenía la información pertinente de cómo se había hallado el cuerpo sin vida del doctor Finch unos días atrás.

Uno de los tripulantes del Hércules se asomó entonces por la portezuela. Los rotores del avión rugían con fuerza. Iban a hacer la maniobra de despegue sobre la

marcha. Se notaba que no tenían ningún interés en permanecer en la base ni un segundo más del necesario.

—Tom, aquí tienes tu regalo. Una colección de DVD porno. ¿No es lo que querías? —Bromeó el sobrecargo.

—Anda y que te den —respondió el tal Thomas con voz bronca.

Entonces el sobrecargo le arrojó una pequeña caja de cartón que Thomas atrapó en el aire sin dificultad. Sobre la marcha y sin esperarme, giró sobre sí mismo y se volvió camino de la base. No parecía tener un carácter excesivamente conversador. Un tipo taciturno, sin duda.

Poco después el sobrecargo apareció con mi equipaje, una maleta flexible, que Jonas se ofreció a llevar hasta la base. Según nos alejamos del aparato, este giró sobre sí mismo e inició la aceleración que precede al despegue. Conforme su sonido se iba alejando de nosotros me hice más consciente de la soledad absoluta de aquel lugar. Un paraje desértico, de un blancor mortal, me rodeaba. Nuestras pisadas crujían sobre la nieve de una forma extraña. Sólo aquella mole oscura que era la base Amundsen-Scott se erguía ante mí, funcional, oscura y fea.

El edificio en sí mismo se asemeja a la quilla de dos barcos dispuestos uno a continuación del otro, y a cada una de las cuales se le han incorporado dos módulos rectangulares por el mismo costado. Si a toda esta estructura la elevamos sobre enormes pilares nos podemos hacer una idea bastante aproximada del aspecto que tiene este extraño y amorfo edificio que se asemejaba a un gigantesco ciempiés.

La razón de los pilares, según me explicó Jonas mientras subíamos una escalera de caracol camino del acceso al primer piso del enclave, es evitar que la nieve arrastrada por el viento se acumule paulatinamente frente a las paredes de la edificación y finalmente sepulte el edificio. Al parecer la anterior base, en forma de cúpula, cumplía con la pretensión de crear un espacio cubierto con una estética vanguardista, pero desde el punto de vista práctico, fue un fracaso sonoro. En la actualidad la cúpula yace semienterrada bajo el hielo y no es recomendable visitarla por el riesgo de derrumbe.

Jonas ha resultado ser un parlanchín incansable. Sin duda parece la persona ideal para desenvolverse como anfitrión en este lugar tan vacío y silencioso. Si hubiera sido el tal Thomas el que me hubiera acompañado tal vez me habría dejado ante mi habitación y se habría despedido sin más cortesías. Jonas por el contrario fue un dechado de amabilidad. Casi excesiva a veces, pero sus explicaciones me han ayudado a situarme. Mientras me llevaba de un lado a otro me iba contando como la base acoge durante el verano austral a casi doscientos habitantes, pero que en invierno quedan un mínimo de residentes imprescindibles para mantener en marcha el funcionamiento de las instalaciones y algunos experimentos que no pueden detenerse. No obstante este invierno iba a ser excepcional, me dijo con una mueca de disgusto. De la veintena habitual que solían residir durante ese periodo en la presente ocasión no se llegaba siquiera a la decena. Todos tenían urgencia por regresar a sus hogares.

La Luz de Damocles afectaba al ánimo de aquellos científicos de la misma manera que sobre el resto de la población mundial. Lo comprendo perfectamente. Nadie quiere sentirse solo cuando el miedo palpita en tu interior.

En este invierno los operarios mínimos eran tres residentes para desarrollar las labores de mantenimiento de las instalaciones y otros tres relacionados con el famoso observatorio del IceCube, un instrumento emplazado en el hielo antártico en el que Amadeus Finch había sido jefe científico hasta su muerte. Las famosas revelaciones que efectuó a la Casa Blanca dieron una relevancia inesperada al observatorio y sus experimentos, obligando a permanecer tanto a Thomas, a Soren, como a él mismo en aquel lugar, condenados a sufrir los seis meses de oscuridad antártica y a vivir un ascetismo monacal no deseado.

El aspecto risueño de este veinteañero de tez oscura solo se ensombreció momentáneamente cuando me explicó estos detalles.

—Sepa señorita, que si no fuera por estas condenadas circunstancias... ya sabe, lo del doctor Finch, ninguno de los tres se habría quedado en este puñetero lugar. Y tienes que saber que yo amo este lugar, sí lo amo... —concluyó mientras entonaba una especie de ópera, para mí desconocida.

No sabría decir si Jonas es tan parlanchín como lo ha sido conmigo o tal vez el clima dentro de la base esté enrarecido por los acontecimientos y tenga tan poco de lo que hablar con sus compañeros que yo me he convertido involuntariamente en una especie de desahogo donde verter su locuacidad. Lo cierto es que me he sentido abrumada por la conversación infatigable de este hombre desde que me condujo a mi camarote hasta que finalmente me dejó libre para descansar, una vez me hizo un recorrido por todas las instalaciones de la base.

Primero me mostró mi camarote, porque la verdad decir habitación es quizás concederle un título excesivo al reducido habitáculo donde descansaré. Aquí, donde ahora redacto mi diario, dejé mi equipaje. Para llegar a este lugar es necesario subir al segundo piso, después tomar un largo y amplio pasillo que cruza los módulos, las quillas imaginarias de esos buques en dique seco que antes describía, y girar finalmente a la derecha, es decir, introducirse en los módulos laterales de la base. Un pasillo estrecho, con puertas a ambos lados del mismo, conduce a las distintas habitaciones del personal. Me recordó un tanto a algún hostel de mala muerte de algún país tercermundista por los que he viajado de mochilera, tiempo atrás. Como digo, mi cuarto es diminuto. Estoy escribiendo mi diario en una mesa lo suficientemente ancha como para apoyar mi portátil y poco más. Junto a la mesita dispongo de una cama espaciosa, sobre la cual un pequeño ventanuco rectangular deja pasar la mortecina luz del atardecer. No dispongo de baño propio y en la habitación, cuando abro la puerta, apenas dispongo de espacio para moverme.

Miro por la ventana y recuerdo lo que me dijo Jonas. Los días duran tres horas actualmente, pero con cada jornada ese periodo se reduce unos cuantos minutos, así hasta llegar a la oscuridad permanente.

Después de dejar el equipaje Jonas me proporcionó un *walki talki* para mi uso personal. Es la mejor manera de comunicarse y no perder tiempo en interminables búsquedas. Siendo tan pocos es difícil saber dónde está cada uno en cada momento. A continuación se empeñó amablemente en hacerme un recorrido por la base al que no pude decir que no. Estaba cansada, pero cuanto antes me pusiera las pilas mejor.

Resultó un tanto descorazonador descubrir tantos despachos e instalaciones vacías, sin nadie trabajando en ellos. Procuraba una sensación triste, como si hubiera llegado a deshora a una fiesta y ya todos hubieran partido. Laboratorios y oficinas alternaban con departamentos más lúdicos; gimnasio, cancha de baloncesto, sauna o biblioteca. Todos estos lugares se entroncaban con los módulos principales, cuya espina dorsal recorrimos un par de veces yendo y viniendo.

El comedor se encontraba en el extremo opuesto al que habíamos utilizado para acceder a la instalación y desde su amplio ventanal observamos a los únicas compañeros de exilio que descubrí durante mi visita guiada.

—Esos dos tíos son los de mantenimiento —me explicó lacónicamente mientras señalaba a sendos hombres que se movían pesadamente sobre el hielo. Vestían llamativos ropajes de color rojo y se dirigían hacia unas instalaciones no muy alejadas de la base. Un pequeño hangar, un radiotelescopio y la cúpula de un telescopio conformaban un oasis de construcciones que rompía la monotonía de extensa blancura de aquel horizonte infinito.

—Este es el despacho de Megan... —me comentó Jonas mientras hacíamos el recorrido inverso pero por el primer piso de los módulos. Su mirada se iluminó—. No sé donde está ahora, pero te aseguro que si no fuera por ella... no sé qué sería de mí.

—¿Es tu novia? —pregunté con cierta curiosidad. Me daba cuenta de que toda la información que me brindaba Jonas la estaba memorizando. Aunque él intentaba que me sintiera como una invitada, incluso una amiga, lo cierto es que mi mente no hacía sino encausarlo como un sospechoso criminal.

—Noooo, por supuesto que no. —Me corrigió con una risotada, como si hubiera dicho un disparate mayúsculo—. No..., Megan... es muy divertida y me llevo genial con ella... pero no estamos hechos el uno para el otro... en ese sentido. Ya me gustaría...

Pregunté por Soren y Thomas. Jonas no supo decirme, pero se imaginó que, o bien estarían en el IceCube o bien en alguno de los «túneles». Le inquirí por esos túneles y entonces se detuvo en seco y desandamos lo andado. Me condujo hasta el inicio de los mismos, justo en los bajos del comedor. Al parecer, junto al mismo, existe otro acceso que permite no solo descender hasta el exterior de la base, sino también seguir varias plantas por debajo y adentrarse en lo profundo del hielo. Dado que estas escaleras están protegidas con un cerramiento de metal y su aspecto es cilíndrico, a este acceso se le conoce como la «lata de cerveza».

La base está construida sobre un glaciar inmenso, de casi tres kilómetros de espesor, que al parecer se desplaza unos diez metros al año. Muchas de las

instalaciones imprescindibles se han construido en el interior del glaciar. Desde el taller y garaje de vehículos a la central de energía. Jonas bromeó con el hecho de que también se utilizaba una gran cámara de congelación para la conservación de alimentos, sin necesidad de gastar un solo kilovatio. No era de extrañar habida cuenta de las temperaturas reinantes. Descendimos hasta ese nivel, me mostró algunas de las principales instalaciones y finalmente me condujo a una antecámara desde el cual partían sendos túneles en diferentes direcciones. Eran estrechos, blancos, y débilmente iluminados, pero según Jonas eran extraordinariamente prácticos. Con la ventisca antártica resulta imposible, o muy peligroso, caminar por el exterior. El continente más ventoso del planeta, me comentó tras una risotada, como si tuviera gracia el asunto. Sin embargo con los túneles se puede llegar a cualquier instalación estando a resguardo de las inclemencias del exterior.

* * *

Ahora, mientras escribo estas líneas, el sol se oculta tras en el horizonte. Rápidamente la oscuridad se adueña del exterior. Un leve zumbido, el del viento barriendo esta superficie árida y yerma, llega hasta mi pequeño dormitorio. Tengo la tentación de poner algo de música, pero aún ignoro qué clase de banda sonora podría hacerme compañía en un lugar tan desolado.

Jonas me advirtió de nuevo al despedirse, que estos son los últimos días de sol. Antes de que el mes de abril se inicie, la noche será cerrada, una larga noche de oscuridad. A excepción de las estrellas, las auroras... y nuestro imperturbable rayo rojo que nos vigila. El próximo amanecer llegará dentro de mucho tiempo... allá en septiembre.

Anochece.

Me he pasado una hora en silencio contemplando este panorama nocturno a través de la estrecha ventana de la habitación. Siento como el pesar regresa a mí. Cuesta dejarlo atrás.

Un presentimiento me provoca cierta desazón. La idea de que tal vez este asunto, esta situación extrema, sea demasiado para mí.

Capítulo 4

Las once de la mañana, pero aún no hay siquiera evidencia del amanecer próximo. Los días son tan cortos que me va a costar acostumbrarme a esta oscuridad. Eso sí, hoy temprano, desde el comedor, la Luz de Damocles se erguía en vertical hasta perderse en la constelación Tucana, según me ha explicado servicialmente Jonas, tiñendo la estepa helada con una luminiscencia rojiza. Al igual que en el hemisferio norte con la constelación de Casiopea, la enigmática línea de cielo es asintótica respecto a ambas constelaciones. Se pierden en el infinito sin saber ni de dónde llega ni a dónde va. Eso es lo que dicen los científicos de momento, y aunque se barajan distintas hipótesis, lo cierto es que aún hoy no hay consenso. Pero desde el punto de vista nuestro, aquí en la Tierra, lo único que percibimos es una línea roja que emerge del horizonte hasta un punto preciso del cielo, y que como cualquier otro astro, conforme el planeta gira sobre su eje, la línea se desplaza sobre el horizonte, emergiendo por el este, alcanzando su cénit y poniéndose en el horizonte. En este lugar, tan diferente y aislado, esa línea adquiere un tinte aún más tétrico y fantástico.

Tal y como avisé la víspera a Jonas, había requerido a todos los miembros de la base que compartieran desayuno conmigo. Era necesario dar unas explicaciones preliminares sobre mi presencia en la estación, y si bien mi ánimo no era el de inmiscuirme en sus labores de investigación, si tenía atributos plenipotenciarios otorgados por la Casa Blanca y por el Instituto de Investigaciones Antárticas, para alterar, si era preciso, la rutina de trabajo. La investigación y esclarecimiento del crimen de Amadeus Finch es una cuestión de prioridad nacional.

Todos los hombres de la base se encontraban presentes. Taciturnos y poco habladores, atendieron mis explicaciones sin ninguna interrupción ni pregunta. Me sorprendió que Megan no acudiera a la convocatoria. Creí haberle advertido a Jonas que avisara a todo el mundo, pero él se limitó a levantar los hombros cuando le pedí explicaciones. «Ella siempre está muy liada con los sistemas informáticos», me repuso, «seguramente la encontrará en alguno de los despachos administrativos, o si no en la sala de servidores».

No me hizo ninguna gracia el desenfado con el que esa mujer parecía atender mis requerimientos, pero intenté no mostrar a aquellos hombres mi contrariedad. Por lo demás puedo comentar un poco quien es quien.

En primer lugar me llamó la atención el joven Soren Hummel. Se trata de un noruego, colaborador de Amadeus, de pelo alborotado y rubio y piel extraordinariamente blanca. Sus ojos son azules, pero de un azul desvaído, casi incoloro. Parece tímido, y aunque es de mi edad, siempre evitó cruzar su mirada con la mía. Da la impresión de ser una persona asustadiza o extraordinariamente reservada, como si fuera un autista.

Thomas Prescott también estaba presente. Sin su abrigo de gore-tex con capucha parece ya otra cosa. Es el típico hombre forjado a sí mismo. Varonil, de mirada firme,

casi agresiva, da la impresión de que es un tipo con el que no hay término medio, o te llevas bien o te lías a puñetazos. Intuyo que puede resultarme problemático... o una gran ayuda. También era colaborador directo de Amadeus, y de hecho, a tenor de los expedientes que estuve revisando durante los vuelos hasta aquí, debía ser su mano derecha.

De Jonas ya he dado una idea precisa de su carácter más jovial, aunque en la reunión no gastó ni una sola broma. Tras mis explicaciones todos desayunamos en silencio. No sé si es habitual esto aquí, pero a mí me resultó extraordinariamente incómodo. Me imagino que me toman por una advenediza. He venido a resolver un crimen y de alguna manera todos se sienten violentados. Entre ellos mismos... y conmigo también. Me da igual.

Además de los tres ya mencionados, se encontraban los dos operarios de mantenimiento. El cocinero Diego Ortega, un hombre de origen chileno, de tez morena y rasgos orientales, del estilo que la población autóctona sudamericana, y un norteamericano, Bob Wilkinson, cuyas labores eran más técnicas. Al parecer eran como uña y carne y se complementaban muy bien en sus tareas. Esto me lo había comentado Jonas la víspera.

Explicué cuál iba a ser mi plan de trabajo. Después de practicar la autopsia y visitar la escena del crimen, tendría entrevistas personales con todos ellos. Tomaría huellas y muestras salivares de ADN. Después visitaría los lugares de trabajo y residencia del doctor. A la tarde tendría lugar los interrogatorios con cada uno de los presentes. Les expliqué en qué consistía el protocolo forense, pero tenía mis sentidos atentos por descubrir en sus rostros curtidos cualquier atisbo de nerviosismo. Pero no he inferido nada. Aquellos semblantes eran tan inexpresivos como el paisaje que nos rodea.

* * *

Yo ya había examinado el contenido del sobre que me había facilitado el jefe de la estación McMurdo. Obviamente no se consideraba adecuado que nadie de la estación Amundsen-Scott hubiera realizado dicha tarea dado que eran todos sospechosos. La posibilidad de que se ocultaran pruebas o se alterase el escenario del crimen debía evitarse a toda costa. Por otro lado, la dificultad de trasladar un juez hasta el lugar obligaba a tomar medidas urgentes. La documentación era sencilla. Una descripción detallada del lugar donde se hallaba el cuerpo, y un sinfín de fotografías que documentaban la escena.

Ahora el cadáver de Amadeus Finch yacía en uno de los túneles, envuelto en mantas térmicas de fino papel de aluminio tapadas bajo una gruesa lona. La temperatura por debajo de cero grados hacía el lugar idóneo para su conservación. La sala médica que cuenta la base carece de una cámara apropiada para estos casos.

«Fue con los nuevos láser», me aclaró sucinto Jonas cuando descubrí la lona que

tapaba el cadáver. «Yo lo encontré. Poco después de que Thomas diera la voz de alarma porque no lograba localizarlo en ningún lugar», me explicó.

Estaba troceado. Lo había visto en las fotografías, pero la visión real del cadáver resultaba más impresionante. Y no se trataba de una brutal labor de carnicero. El cuerpo de Amadeus estaba perfectamente cortado, como si una potente radial hubiera cauterizado el corte a la misma vez que lo infringía. La cabeza, decapitada, por un lado. El hombro derecho y medio tórax junto con el brazo izquierdo yacía como un segmento aparte. A la altura del abdomen otra división del cadáver por su centro de gravedad. Su brazo derecho junto parte del hombro eran otro segmento independiente. Cintura y los muñones de ambas piernas conformaban una nueva sección, y por último, los extremos de cada una de las piernas. Dantesco.

Se trataba de un hombre de unos sesenta años, de pelo largo y ensortijado, canoso, semblante arrugado y las cejas curiosamente caídas hacia los lados, que le confería una expresión como de agotamiento o cansancio. Aún llevaba puestas unas pequeñas gafas de metal de aspecto ovalado y lucía un bigote corto e igualmente canoso.

Apenas había manchas de sangre, pero las ropas y la carne mostraban señales de quemadura en todos sus bordes y la piel se volvía quebradiza en las líneas seccionadas. Jonas me ayudó a realizar la labor de análisis. Grabé en vídeo todo el escrutinio. Era una de las cuestiones de las que mi supervisor iba a estar pendiente.

Le pedí entonces aclaraciones sobre los láseres a Jonas y me explicó que se habían incorporado a la base un conjunto de potentes láseres destinados al corte de hielo para el mantenimiento y apertura de nuevos túneles. Al parecer eran mucho más efectivos para esa tarea que las motosierras. Sin embargo, se trataba de un equipo peligroso, y sólo Bob sabía operar con ellos, aunque Diego, según me dio a entender Jonas, también sabía emplearlos.

Después le pedí que me llevara al lugar donde se encontró el cadáver. Fue necesario ponernos todo el equipo para el frío. Los túneles pueden llegar a alcanzar temperaturas de menos cincuenta grados bajo cero. Fue un paseo penoso para mí. Creo que no voy a ser capaz de acostumbrarme a este lugar. Vestirse para soportar esas temperaturas es todo un proceso arduo y largo. Como mínimo dos capas de prendas de ropa interior; camisetas, calcetines, guantes, medias... dos, sí. Y esto incluye sendos gorros para la cabeza. Después una tercera capa. Un jersey de lana, pantalones especiales sintéticos, una nueva capa de calcetines... Y finalmente la funda de gore-tex final; pantalones y chaquetón. Incluso manoplas. Me siento como un astronauta saliendo de un módulo espacial. Lo increíble es que cuando empezamos a andar por los túneles incluso eché de menos algún abrigo más.

Me condujo por las instalaciones subterráneas que me había mostrado la víspera. Dada la solemnidad de la investigación Jonas no estaba nada hablador. Seguramente mi semblante serio no ayudaba a mantener ningún género de conversación, porque a los pocos comentarios que me hizo ni siquiera me digné responder. Creo que estaba

demasiada absorta en la instrucción y el intenso frío anulaba cualquier deseo de manifestar opinión alguna. Me condujo hasta la amplia antesala de hielo de la que partían sendos túneles, a derecha e izquierda. Diversos letreros, a los que no presté demasiada atención, indicaban, a veces con mofa, los destinos a los que se llegaba por cada conducto. Aparecieron diversas bifurcaciones y me sentí avanzando por un laberinto. Jonas me comentó un tanto serio, contagiado por mi ánimo, que en unos días transitando por allí era fácil hacerse con el lugar. Los túneles albergaban ocasionalmente pequeñas hornacinas en las que se habían expuesto pertenencias de algún miembro de la base o se gastaba alguna broma a la que no le pillé la gracia. La línea de luces colgaba del techo y por el suelo un grueso cable negro recorría el camino junto a nosotros. Finalmente llegamos al hangar de vehículos. Era un espacio semicilíndrico en el que había varios tractores y motonieves, además de todo género de herramientas.

Tomamos un nuevo túnel que finalizaba abruptamente. Allí estaban dispuestos los láseres. El hielo estaba pisoteado justo al final del túnel, frente a una pared de hielo.

—Bob estaba trabajando en este túnel —comentó mientras señalaba los aparatos—. Y fue aquí donde se encontró el cadáver, a última hora del día —me explicó mientras me mostraba el lugar.

El área de trabajo estaba completamente pisoteada. Era una escena de un crimen completamente intoxicada. Suspiré contrariada y me limité a tomar muestras del hielo pulverizado del suelo. También apliqué un espray con reactivos químicos y proyecté iluminación UV después de pedir a Jonas que apagará la iluminación del pasillo. Ni los reactivos ni la luz mostraron el más mínimo rastro. Me resultó sorprendente. Aún a pesar del género de muerte que había soportado el doctor, resultaba increíble que no hubiera grandes manchas de sangre en el lugar del crimen. Una cuestión resultaba obvia, al doctor Finch no lo habían asesinado allí.

Examiné los dispositivos láser. Parecía completamente inútil buscar huellas digitales sobre la superficie de los mandos, varias palancas gruesas previstas para trabajar con comodidad en la gélida intemperie antártica. Era impensable desenfundarse los guantes a semejantes temperaturas. El que lo hiciera perdería sus dedos irremisiblemente.

Le pedí entonces que me llevara al despacho de trabajo de Amadeus.

—¿Al IceCube? —me preguntó un tanto perplejo.

—Por supuesto —le respondí.

Asintió. El hangar de vehículos estaba allí mismo, pero cuando se acercó al armario de las llaves llegó Thomas. Jonas le explicó entonces su intención de llevarme hasta las instalaciones astronómicas donde trabajaba el doctor, pero Thomas sacudió la cabeza negando. Pensé por un momento que quería impedirme desplazarme hasta allí. Sin embargo fue él quien tomó unas llaves del armario y me indicó muy educadamente que subiera a un enorme tractor de nieve de color rojo.

—Señorita, suba por allí —me indicó. Su voz resultaba inesperadamente amable

y cálida. Me hizo gracia lo de señorita—. Más vale que nos demos prisa. Hay pocas horas de luz y tenemos el tiempo justo.

Abrió la puerta del hangar y un poderoso viento helado me congeló las pestañas. Subí rápidamente al vehículo.

Capítulo 5

Thomas Prescott me intimida... y también me atrae.

No es que sea antipático o agresivo. Es tal vez su hombría excesiva. Parco en palabras, parece que esconde un misterio que no puede compartir o que carga con un pesar que sólo él puede llevar. Sí, como una especie de mártir estoico. Sin embargo no quiere decir esto que haya algo en él que induzca a la compasión, todo lo contrario. Diría que es pura fortaleza.

Fuimos al IceCube en un trayecto que no era demasiado largo, aunque el vehículo oruga que empleamos avanzaba lentamente sobre el hielo, con sus motores rugiendo y levantando nieve tras de nosotros.

—¿Qué es exactamente el IceCube? ¿Por qué ese extraño nombre... el cubo de hielo?

Thomas miraba hacia el infinito que teníamos delante. Ni siquiera volvió la mirada hacia mí. Se tomó su tiempo para responder.

—Bien... —me dijo finalmente—. Me imagino que podría darle una larga explicación técnica, pero intuyo que sus conocimientos científicos deben ser... ¿superficiales?

—Dejémoslo así, en superficiales. —Lo cierto es que lo que menos me apetecía oír era una larga retahíla de tecnicismos y explicaciones científicas.

—Bien, entonces le diré que el IceCube es un telescopio de neutrinos.

Thomas calló tras su sucinta explicación. Estaba convencida de que acabaría alargándola, pero enmudeció como una tumba. Le tuve que hacer un gesto en plan «¿Y eso para qué sirve?» a fin de que me concretara algo más. No tenía ganas de ulteriores explicaciones, pero lo cierto es que la conversación languidecía.

—Es importante a la hora de establecer los orígenes de los estallidos de rayos gamma. Es un fenómeno astrofísico fascinante... y no, no tiene nada que ver con nuestra Luz de Damocles, o tal vez sí... si hacemos caso de las tesis secretas del doctor Finch. Y por otro lado podría contrastar la verosimilitud de la teoría de cuerdas.

—¿Teoría de cuerdas? —Casi temí hacer la pregunta. No me apetecía nada mantener una farragosa conversación técnica sobre astrofísica.

—La teoría de cuerdas es un modelo matemático, física teórica, que logra aunar en un mismo sistema de ecuaciones los dos paradigmas de la ciencia; la relatividad general y la mecánica cuántica. Es un modelo formidable, pero... de momento es una mera conjetura. Con suerte el telescopio podría realizar alguna detección de partículas predichas por dicho modelo, lo cual serviría para confirmar su validez... Es simple.

Me quedé pensativa.

—¿Y habría alguien que mataría por apuntarse ese tanto?

Thomas, que hasta el momento se había mantenido serio, soltó una inesperada

risotada. Sin embargo se limitó a seguir conduciendo. Mantenía la mirada atenta en el camino que seguíamos como si fuera una complicada carretera de montaña.

—Fíjese ahí delante. —Me señaló una marca en el suelo casi indistinguible—. Es una grieta. La voy a evitar.

Después de un rato, tras haber efectuado una amplia maniobra de giro me explicó.

—La Antártida es un continente muy peligroso. No se le puede perder el respeto. No sólo es cuestión de la temperatura. El hielo esconde muchas trampas, y especialmente peligrosas son las grietas del glaciar. Si caes en una... es posible que acabes criogenizado por muchos siglos.

—¿Ha muerto alguien así?

—La historia de la Antártida está llena de gestas y de héroes muertos. Hace poco falleció un intrépido aventurero que quiso cruzar el continente sin ayuda alguna, andando, arrastrando su propio trineo. Más de mil kilómetros recorridos... y tuvo que pedir ayuda cuando le quedaban menos de cincuenta para lograr su meta. Falleció en el hospital. No pudo recuperarse de los daños sufridos.

Estuvimos hablando durante unos minutos sobre los peligros del continente. Su récord de temperatura más baja, menos noventa grados centígrados, aunque en general, con temperaturas por debajo de los veinte grados centígrados el peligro es severo, según me comentaba. El viento es especialmente peligroso. Alcanza velocidades muy elevadas y la nieve que arrastra puede llegar a provocar feas heridas.

Sin embargo a mi me apetecía ya empezar a hablar del asunto que me había traído hasta allí. Le pedí que me hablara del doctor Finch.

—El doctor era un cascarrabias. Verá, a veces se tiende a pensar en los científicos como personas alejadas de las más burdas pasiones humanas, centrados en algo que podríamos denominar... la búsqueda de la verdad. Pero lo cierto es que estamos sujetos a los mismos instintos ególatras que cualquier lego. Y en el caso que nos ocupa, el doctor Finch, podríamos resumir diciendo que era un jodido y viejo cascarrabias, misántropo en el sentido más exacto del término.

Thomas calló durante un buen rato después de realizar su última aseveración. Me pareció que incluso sonreía levemente al pensar en ello.

—Sí, un jodido cascarrabias. Yo trabajaba en su equipo, pero era un maniático, incapaz de compartir ninguna información, necesitaba tener el experimento en todo momento controlado por sí mismo. A cada uno de sus colaboradores asignaba tareas y le daba la información imprescindible. —Después de una pausa reinició la conversación al calor de algún recuerdo lejano—. Tengo una hermana. De pequeña muchas veces se empeñaba en mantener un secreto que no quería compartir conmigo. Eran cuestiones pueriles, pero ella era testaruda hasta más no poder y nunca cedía prenda. Pues bien, Amadeus es así... o lo era, más bien. —Thomas se corrigió e hizo una pausa. Después prosiguió—. ¿Tiene usted hermanos?

Pero yo obviamente no tenía el más mínimo deseo de hablar de Susan. Así que

me limité a seguir callada.

Thomas me observó. Después hizo una aseveración que parecía que no venía a cuento pero me resultó desagradable por lo que me incumbía. Me pregunto si sabe algo de mí.

—Según lo veo hay dos tipos de personas. Las que no tienen miedo porque ya no tienen nada que perder, y las que no tienen miedo porque ya no aman a nadie.

* * *

El IceCube era un pequeño edificio cuadrado, de color azul, elevado sobre el hielo con una red entrelazada de pilares de metal, conectado a dos grandes cilindros de metal que se enterraban en el suelo, uno a cada lado del edificio. Parecía algo un poco grotesco, una especie de fábrica de la revolución industrial que hubiera escapado a su época y lugar. Thomas me explicó que existía una red de cables con sensores que se enterraban un kilómetro en el hielo. La red abarcaba un cubo de un kilómetro de lado. Esa peculiar distribución era la responsable del nombre del experimento.

Subimos las escaleras de metal y nos adentramos en las instalaciones. Thomas me indicó cuál era el despacho de Amadeus y me dejó allí a solas. Al parecer tenía trabajo qué hacer y no disponíamos de mucho tiempo.

Se trataba de un cuartucho lleno de cables que iban a desembocar a distintos servidores y equipos informáticos, uno de los cuales se usaba como terminal. Estanterías llenas de aparatos y un mueble con cajones completaban el panorama. Eché un vistazo al ordenador, pero exigía contraseña. Venía bien pertrechada para eso. Un *pendrive*, que llevo siempre conmigo, incorpora un buen arsenal de ganzúas destinadas a dinamitar las pequeñas salvaguardas de usuarios poco expertos. Y en esta ocasión no iba a ser menos.

En poco tiempo logré desbloquear el acceso. Hice una búsqueda de todo tipo de documentos recientes. Rápidamente me di cuenta de que existían una serie de archivos de vídeo con nombres genéricos pero grabados en fechas recientes. También observé una pequeña cámara estaba dispuesta justo encima de la pantalla. Era sencillo inferir que el doctor grababa un videoblog. Una forma curiosa de trabajar. Abrí uno de los archivos y efectivamente, pude confirmar esta intuición. El mismo hombre que acababa de ver hacia pocas horas frío y pálido envuelto en una lona de plástico, se mostraba ahora ante mí, hablando a la cámara sobre neutrinos y rayos gamma en una terminología que en los escasos segundos que escuché lograron amodorrarme. Copié todos los vídeos en mi *pendrive*. Me pregunto si aquel sería el único lugar donde grababa. Lo más probable es que fuera subiendo todos sus archivos a la nube, con lo que no dependería nunca del lugar dónde se encontrara, si en la base o en el IceCube, para hacer cualquier anotación o consideración que quisiera realizar. Yo haría lo mismo en su lugar. Eso implicaría localizar los equipos que pudiera utilizar o

localizar a qué punto de la nube subía sus archivos. Podía pedir ayuda a mi supervisor, Reynold Abbott. Pondría todo el arsenal de medios de la NSA, localizarían los archivos en algún servidor perdido de internet y... tal vez me contarán algo, o tal vez no. No, rotundamente no. De momento prefiero seguir manteniendo yo misma el control sobre la investigación. Buscaré los soportes físicos donde puedan existir otros archivos.

Cuando terminé localicé a Thomas revisando las instalaciones. Varios servidores guardaban la información y la remitían a diversos centros de investigación en el mundo cada cierto tiempo, según me aclaró. Era conveniente supervisar que todo operaba correctamente.

Había que volver. Pronto la exigua luz del sol sobre el horizonte desaparecería. Las horas de luz apenas llegaban a dos. En pocos días ni siquiera habría amanecer.

—¿Cómo es que aceptaste venir hasta aquí en estas fechas? ¿Tendrás que pasar todo el invierno austral con nosotros? Parece que nadie espera a Lucille Vaughan en casa... —comentó Thomas cuando ya estábamos a mitad de camino de la base.

—¿Eso parece? Ni más ni menos que los demás residentes —repliqué un tanto cortante.

Sin embargo Thomas, lejos de ofenderse, sonrió y se quedó con la expresión ufana durante buena parte del trayecto, como si hubiera dicho algo gracioso... o como si esa respuesta tan parca le hubiera dicho todo de mí.

Sí, Thomas Prescott tiene algo... que me intimida.

Capítulo 6

Esta tarde dieron comienzo los interrogatorios. Inicié los mismos con Diego y Bob. Parecerían los menos sospechosos porque no encuentro qué vinculación podría existir entre ambos y el doctor, pero no me gusta realizar descartes de entrada, máxime cuando existen tan pocos sospechosos.

Diego hablaba inglés excelentemente, aunque con un acento chileno que me resultaba simpático. A menudo intercalaba expresiones españolas en sus explicaciones, de manera inconsciente, que yo no comprendía. Solo cuando él se daba cuenta de su desliz, me indicaba qué querían decir exactamente. Al parecer se refería a Bob como el «huevón» y después de farragosas explicaciones comprendí más o menos que era una forma informal de referirse a él, algo así como «tío». Me comentó que estuvo con el «huevón» de Bob yendo y viniendo de la cúpula, llevando equipamiento viejo y basura hasta allí, dado que ahora se ha convertido en un almacén de artefactos desahuciados. Para ello emplearon gran parte del día. Tomé nota de las horas que me indicó. Según me habían informado existen un gran número de cámaras de seguridad en la estación y tenía previsto revisar las grabaciones según terminara con los interrogatorios. Almorzaron al mediodía, descansaron un rato y prosiguieron hasta las seis de la tarde.

Le inquirí por el trato que mantenía con el doctor Finch. Resultó ser muy escaso. Apenas se relacionaba con el equipo de mantenimiento, cuestión que Diego parecía agradecer porque el tal Finch sí que era un «verdadero huevón». Eso sí. Hacía unos días les había pedido el equipo de láser, cuestión a la que Bob se había negado a ceder. Era un equipo caro y sofisticado y él era el responsable de su manejo. No había razón alguna para que el doctor intentara arramblar con él como al parecer hizo finalmente, eso sí, a escondidas de todos.

—¿Usted cree que la muerte del doctor Finch fue un accidente?

—Sin lugar a dudas, «señorita» —me respondió el hombre moreno y de ojos rasgados—. Ese hombre no aceptaba un no por respuesta. Creo que intentó manipular los láseres... a saber para qué sería. Bob le había advertido que eran muy peligrosos, que hay que saber manejarlos. Seguramente los activó cuando menos se lo esperaba y pasó lo que pasó.

Asentí. Bien podría ser cierto un accidente... pero eso requería igualmente una investigación concienzuda. El hecho de que quisiera manejar aquellos instrumentos claramente tan peligrosos despertó mi curiosidad.

Le tomé las huellas digitales y una muestra de saliva.

Bob Wilkinson, un norteamericano alto de pelo corto y ligeramente rubio, de ojos claros y semblante alargado corroboró punto por punto el testimonio de Diego. Era poco hablador y sus respuestas eran lacónicas. Parecía el alumno torpe de la clase al que hay que sonsacarle sus conocimientos a base de preguntas insistentes. Qué equipo habían llevado, cuantas horas habían dedicado a eso, cómo se desarrollaba esa

labor, si en todo momento había estado en contacto con Diego Ortega o se habían separado para realizar tareas diferentes... Ninguna de mis preguntas arrojó datos que difirieran del testimonio de su compañero. Tampoco se podía descartar que fueran cómplices, pero no me gusta caer en paranoias absurdas. Generalmente los móviles del crimen y la personalidad del sospechoso suelen ser lo suficientemente evidentes como para mostrar un candidato culpable con cierta claridad.

—¿Insistió mucho el doctor en hacerse con su equipo de láser?

—¿El equipo para cortar hielo? Sí. No me gusta discutir con la gente, pero aquel hombre era insoportable. Le expliqué que no podía ser, que no tenía cualificación y que era un instrumental peligroso. Creo que intentó usarlos sin permiso, ignorando cómo funcionaban porque el instrumental había sido desplazado de su lugar. —Bob hizo un gesto de aspaviento. Aquel asunto lo enfadaba—. Le explico. Yo tuve que hacer un curso en Michigan de un mes de instrucción para poder manejar estos aparatos.

Parecía realmente contrariado cuando hablamos del doctor. Estaba claro que no le caía bien.

De Soren Hummel podría escribir mucho. Creo que es uno de estos raros especímenes humanos que solo la ciencia es capaz de producir. Es una persona a todas luces muy inteligente, pero que en cuestiones humanas resulta extremadamente pueril. Parece ser frágil, tímido al contacto humano. No solo físicamente, pues aunque alto, es extraordinariamente delgado. Sus ojos, empequeñecidos tras unas gafas ligeras de moldura metálica, transmiten un aire de ensoñación permanente, como si fuera un niño pequeño al que acabas de despertar y aún mantuviera en su expresión el recuerdo de algo agradable que acabara de suceder en su imaginación. También es callado... salvo para qué temas trates. A las preguntas directas de qué hacía el día de la muerte del doctor respondía con cierto nerviosismo, casi dándome detalles de horas y minutos. A tales horas en el laboratorio de la base. Almuerzo al mediodía. Poco después con el sol ya puesto, un par de horas de trabajo adicionales y después sesión de televisión en la sala de cine. No mucho, porque al parecer estuvo charlando con Megan buena parte de la tarde en esa sala. Por otro lado si le preguntabas por cuestiones relativas a su investigación se desparramaba en un discurso que no reparaba en usar el argot científico como si estuviera hablando con una colega que comprendía hasta la última minucia de los detalles expuestos.

Debo anotar aquí que cuando hablé de Megan lo hizo con un timbre especial. Sus ojos brillaron tenuemente y se le escapó una sonrisa de felicidad. Me recordaron a la expresión infantil de un niño enamorado. Pensé en ese momento que tenía ganas de conocer a Megan de una vez, pues aún no la había visto en la base.

Al igual que al resto, le tomé las muestras pertinentes y di paso al siguiente.

Jonas Burrell ya me resultaba hasta familiar. Al contrario que el resto, me dio explicaciones exhaustivas de todo cuanto hizo el día en cuestión. Su camarería en el trato es algo que me gustaría evitar pero comprendo que es su natural forma de ser.

Creo que intenta ligar conmigo. Traté de intimidarlo en un par de ocasiones, pero me parece que en su vida ha sufrido situaciones mucho más angustiosas que esta y sencillamente no se da por aludido. No se amilana con facilidad.

—Viernes, era viernes. —Me aseguró convencido con su voz grave y caribeña. Y entonces me relató pormenorizadamente su día a día en la base, del cual, ese viernes en cuestión, no difería gran cosa. Estuvo en el IceCube con el doctor buena parte de la mañana. Pero apenas habló con él. De hecho el doctor no quería hablar ni ver a nadie. Tenía algo entre manos y... bueno, según Jonas, no quería que nadie se inmiscuyera en su descubrimiento. Llevaba un tiempo muy irascible porque su experimento, que tenía visos de ser un éxito sin precedentes, repentinamente había fallado sin explicación alguna. Al parecer el doctor Finch había realizado tiempo atrás un ajuste en las sondas de detección de neutrinos, según una conjetura que había formulado, y las señales habían pasado de ser muy escasas a multiplicarse. Después de varias semanas recogiendo datos ininterrumpidamente el conteo cesó bruscamente y sin explicación alguna. Aquello desesperó al doctor. Asentí un tanto aburrida por sus tecnicismos incesantes en los que Jonas se explayaba sin comprender que mis conocimientos no llegaban a entender de lo que me hablaba. En cualquier caso nadie del equipo tenía conocimiento exacto del orden de magnitud de ese crecimiento en las detecciones ni qué podían implicar, así como de la causa repentina de su cese. El doctor Finch no compartía información con nadie. Claro está, Jonas empezó a elucubrar con un sinfín de posibilidades, pero le callé de inmediato. De momento no me interesaba la parafernalia técnica. Retomando el hilo de los hechos me contó que después se fue del IceCube en su motonieve y perdió el contacto con el doctor. Que se supiera, él había sido el último en verle. Le pregunté si esa circunstancia no le alarmaba dado que le situaba como el principal sospechoso de la investigación, pero él se limitó a exclamar una interjección, ¡caramba!, como si no fuera con él la cosa y jamás hubiera pasado por su mente esa posibilidad.

El resto del día hizo deporte y después lo dedicó a descansar. Al parecer estuvo un rato hablando con Megan durante la cena. Solían coincidir a última hora en el comedor, pues a ambos le gusta comer algo después de horas y mantuvieron una divertida tertulia hasta que se dio la voz de alarma por la desaparición del doctor, a eso de las diez de la noche. La alarma la dio Thomas, cuando hizo el pertinente recuento nocturno y comprobó que el doctor no aparecía por ningún lado. Bien era cierto que habitualmente el doctor no respondía a las llamadas de nadie y ya había dado más de un susto quedándose en algún laboratorio perdido sin avisar a nadie de dónde estaba ni lo que hacía.

Tenía curiosidad por conocer a la famosa Megan así que una vez finalicé el interrogatorio a Jonas le solicité que avisara a Megan para que viniera a verme. Me dijo que lo haría y me quedé en la oficina que me habían cedido, un despacho amplio, una especie de recepción junto a la puerta principal, revisando apuntes y anotando todas las comprobaciones que debería hacer en las cámaras de seguridad. Cuando me

di cuenta había transcurrido una hora sin que Megan hubiera acudido a su cita. No me suele gustar que desestimen mis órdenes cuando pido las cosas por favor, a veces la gente confunde la amabilidad con debilidad, así que mi ánimo se endureció. Salí al pasillo mal encarada dispuesta a localizar a la señorita Megan cuando me topé de bruces... con Thomas. Venía a charlar conmigo.

Puesto que ya estaba allí a la hora que lo había requerido y Megan había eludido su interrogatorio, decidí guardarme mi mal humor y emplearlo en reconvenirla cuando diera con ella más tarde.

Sin embargo la conversación con Thomas iba a alterar un tanto el orden de mis pesquisas subsiguientes.

Se sentó frente a mí. En medio, una amplia mesa escritorio nos separaba. Iba a empezar con las preguntas rutinarias pero me detuvo con la mano. Se ve que estaba sopesando seriamente lo que quería decirme, y mientras lo hacía fijó la vista en el suelo durante largos segundos. Después la alzó y me miró con sus ojos castaños con una fijeza que diría que iba a taladrarme con ella.

—Creo que tal vez debería detener su investigación... —Le miré extrañada. ¿Qué trataba de decirme aquel hombre?—. Sí, le digo esto porque creo que fui yo el que cometió el asesinato del doctor Finch.

Capítulo 7

El verbo creer quizás no sea el más apropiado para referirse a la autoría de un delito. Uno está seguro de lo que ha hecho, especialmente si hablamos de cometer un homicidio, por eso la frase con la que Thomas inició su confesión se me quedó atragantada desde el primer minuto. Aún así el micrófono del portátil estaba activado y me limitaré por el momento a transcribir su confesión.

—Verá, el doctor Finch y yo manteníamos agrias disputas en los últimos tiempos. No sé si los chicos se lo han contado ya, pero lo cierto es que no llevaba demasiado bien su forma despótica de dirigir el equipo. Soren y Jonas son buenos muchachos y no están acostumbrados a lidiar con directores tan cabrones. Por mi parte hace tiempo que he dejado de prestar atención a la vanagloria y el boato del reconocimiento científico. Quiero decir con ello, para que me entienda señorita Vaughan, que mis diferencias con el doctor poco tenían que ver con los celos profesionales o ni siquiera con la rivalidad en la dirección del IceCube. Le dejaba pasar muchas de sus pretensiones siempre encaminadas a ningunearme. Si indaga en la historia de este experimento verá que mi nombre está vinculado a la idea original de situar este tipo de detectores de neutrinos en la Antártida desde hace... décadas, diría yo, cuando hacía mis primeros pinitos en la universidad. Bien, después apareció Amadeus con su arrogancia y sólo aceptó participar en este proyecto si él era el director. En el Instituto de Investigaciones Antárticas debieron pensar que no vendría mal una cara veterana al frente del experimento y yo di un paso atrás para no generar conflictos. Como le digo, mis intereses particulares nunca han estado volcados en el éxito en cualquiera de sus facetas. Me gusta más estar aquí, realmente, por el hecho de ser este sitio como es, que por la propia investigación que desarrollo. —Thomas hizo una pausa en la que me miró largamente pero sin dejar entrever una vacilación o duda en su semblante. Sabía lo que quería contarme—. No, mis diferencias con el doctor Finch surgieron a raíz de una serie de criterios que empezó a tomar por obra sin consultar, y que desvirtuaban el sentido del experimento...

—¿Tiene que ver los generadores láser? —pregunté.

Thomas me miró sereno y pausó su explicación para asentir lentamente.

—Así fue. Quería incluir los láseres en una fase de su experimento que a mí se me antojaba peligrosa...

—¿Para qué diablos quería esos láseres? —pregunté una vez más. Era una cuestión que empezaba a captar mi atención.

Thomas sacudió levemente la cabeza.

—Era una obsesión que se le había metido en la cabeza y que no compartía con nadie, pero puesto que se negaba a explicar para qué los quería yo hice frente junto con Bob y me negué a colaborar en su solicitud. Estalló un conflicto entre nosotros. Amadeus se comportaba como un niño que sufre una rabieta porque sus padres no satisfacen un capricho, ¿comprende?

Asentí.

—Trascurrió una semana de un humor pésimo, pero para ser sinceros, apenas se notó. Amadeus se comportaba de una manera muy despectiva con todo el personal, y observaba a los integrantes de su equipo como peones a su servicio. Nunca se molestaba en explicar el porqué de las tareas que encomendaba a Soren o Jonas, y si estos le preguntaban o le hacían cualquier comentario sobre las mismas, montaba en cólera. Así que se limitaban a seguir sus órdenes sin chistar. Conmigo era diferente, porque intuía que yo no aceptaría ese tipo de reprimendas. Aún así no compartía la información conmigo. Estaba preparando algo... pero desconozco el qué.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Amadeus se hizo con los láseres, sin pedir permiso, desconociendo su uso e incluso poniendo en peligro nuestras vidas... Como lamentablemente se ve que ha sucedido. —En ese momento se detuvo un rato en su explicación. Miró hacia el ventanal. La negrura de la noche antártica era impenetrable. Algunas luces aisladas de observatorios astronómicos y de los hangares cercanos brillaban tétricamente en la oscuridad—. Cuando descubrí que se había llevado los láseres fui tras él. Lo localicé y mantuvimos una fuerte bronca. Él me golpeó...

Thomas se quedó en silencio. Fui yo la que tuvo que reabrir el interrogatorio.

—¿Qué sucedió entonces?

Sacudió la cabeza.

—Es extraño, pero no logro recordarlo. Lo siguiente que viene a mi memoria es que estaba en el hangar de vehículos, tomando una motonieve para ir al IceCube. Debían ser las cinco de la tarde y era noche cerrada ya. Tenía una idea fija en la cabeza, revisar las lecturas a última hora del día. Casi había olvidado la discusión con el doctor.

—¿No recuerda nada de lo acontecido desde esa bronca hasta ese momento? ¿De cuánto tiempo hablamos?

—Dos horas. Mi discusión debió de ser hacia las tres de la tarde. Recuerdo que cuando me metí en los túneles, en busca del doctor Finch aún había algo de claridad en el exterior. No debí tardar mucho tiempo en localizarlo, los conozco bien.

—¿La bronca tuvo lugar en el sitio donde se encontró el cadáver?

—Sí —afirmó categórico el investigador.

Pregunté varias veces más cuestiones relacionadas con ese encuentro, pero no añadió nada digno de reseñar. Tras la acción del doctor pegándole a Thomas, se cubría todo con un manto de olvido, tan extraño como sospechoso.

Despedí a Thomas, una vez tomadas las muestras pertinentes, y me quedé sola en el despacho. Tenía que preparar mi primer informe de la investigación y remitírselo al señor Abbott antes de acostarme. Sabía que no debía ocultar nada de cuanto averiguase, pero aquella confesión extraña de Thomas se me antojaba inverosímil, no porque mintiera, sino porque aunque indicara que bien podría haber sido él, por ejemplo, sufriendo un ataque de ira que después se borró de su mente, seguía sin

parecerme en absoluto plausible. Revisaré el expediente de Thomas Prescott a fondo, pero no pienso decir nada a Reynold al respecto. Me presionaría para que me volcara en el que, visto desde lejos, podría parecer el principal sospechoso, y no me gusta ni que me presionen ni que la gente se forme opiniones basadas en indicios cuanto menos raros. Especialmente Reynold, que está esperando mi éxito para propulsarse aún más arriba en su carrera de burócrata.

Golpeé con mi lápiz el escritorio varias veces. Debía despejar mi mente. Todavía falta una hora para la cena. Hablaré con la señorita Dawson cueste lo que cueste.

Capítulo 8

Megan Dawson. La encontré reclinada sobre un ventanal en uno de los laboratorios que flanqueaban el pasillo del módulo principal. La había estado buscando por las desérticas instalaciones de la base sin éxito hasta ese momento. Hay que reconocer que somos demasiadas pocas personas las que habitamos este edificio, y a menudo vas de un lado a otro sin cruzarte con nadie. Por ejemplo, ignoro si en el mismo pasillo donde se encuentra mi camarote se alberga algún que otro miembro más de la base. De momento no me he cruzado con nadie.

Pero retomo el hilo. Megan Dawson fue toda una sorpresa para mí. Creo que había inferido apreciaciones de ella muy diferentes a raíz de cómo se habían referido a ella sus compañeros Jonas y Soren. Contrariamente a lo que pensaba no se trataba de una chica joven, como me había figurado, sino de una mujer madura, tal vez cercana a los sesenta, de belleza serena y mirada tranquila. Su pelo, cano, era corto, apenas le llegaba a los hombros. Su cutis no era inmaculado, pero le confería un aire más juvenil que el contorno de sus ojos, con ligeras arrugas, contradecía. Me saludó muy amablemente, como si estuviera aguardando mi llegada. Fui a estrecharle la mano pero ella, ignoró el gesto, como si no lo hubiera visto, y a su vez me señaló un sillón, para que me sentara, mientras ella se mantenía reclinada sobre la ventana.

—Observaba las auroras australes. Me encantan los trazos que dibujan en el cielo... y ese aura fantasmal. Es algo absolutamente irreal y maravilloso, ¿no cree?

Asentí. Pero no tenía ganas de contemporizar sobre cuestiones baladíes.

—Le estuve esperando antes. Teníamos una cita. No sé si Jonas se lo llegó a transmitir.

—Oh, discúlpeme. Soy una despistada terrible. Sin duda pensé que acabaríamos charlando tarde o temprano y no presté atención al paso del tiempo. —Me sonrió. Hay algo en su mirada que me resultaba extrañamente familiar, una remembranza de alguien pero que no logro identificar.

—Como sabe estoy averiguando en primer término el paradero de cada miembro de la base en el momento en las horas en las que aconteció la muerte del doctor Finch —expliqué educadamente pero sin rodeos.

Me miró con simpatía, una sonrisa tranquila y después se volvió hacia su observación de la aurora.

—Bien, pasé la tarde aquí, en las instalaciones. Tengo un trabajo muy variado. Estuve charlando con Soren un buen rato... pero eso fue ya a última hora del día. Después debí de acostarme.

—¿A qué hora se produjo esa salida y a dónde fue?

—Fui a la central de energía. Es conveniente realizar comprobaciones cada cierto tiempo. Para mí es una cuestión importante, sin duda. Por otro lado... la hora... La verdad es que la hora no la puedo precisar. Tengo un problema con el tiempo... Verá considero que el tiempo es lo más valioso. ¿Verdad que para mucha gente lo más

precioso es el dinero? Sin embargo yo siempre he comprendido que lo más valioso es el tiempo. Si pudiera comprarlo me gastaría el dinero en disponer de más tiempo... —Creo que esas fueron sus palabras literales. Las anoto porque me resultaron enigmáticas. Prosiguió—. Pero no voy a poderle ser precisa en lo que usted quiere saber, la hora exacta en la que me desplazé de un lugar a otro.

—¿Qué tal se llevaba con el profesor Finch?

—Mmm... La verdad es que el profesor me resultaba un tanto inaccesible. Intenté mejorar mi relación con él constantemente. Creo que era una persona que sufría mucho... quiero decir que su ambición resultaba desmedida. Volcaba todo su empeño en lograr méritos, y no se daba cuenta del daño que se hacía a sí mismo... y a los demás.

—Explíquese, se lo ruego.

—Maltrataba a la gente que le rodeaba y se maltrataba a sí mismo. Estaba enfadado con el mundo entero, pero también consigo mismo, víctima de una cruel insaciabilidad que le impedía descansar. Nunca pedía nada por favor. Sólo veía en los demás piezas con los que engranar una maquinaria que le resultara útil. A menudo intenté hablar con él de su familia o amigos, pero las conversaciones derivaban siempre hacia sus obsesiones personales, es decir, su trabajo. Una lástima... sobre todo porque al final el malogrado profesor no pudo obtener aquello que tanto había ansiado.

—¿Y qué era eso?

—La inmortalidad, me imagino... no en un sentido literal, por supuesto. Sacrificó su felicidad en aras de una quimera. Buscaba conseguir algo a toda costa, algo que sólo él conocía qué podía ser, y no habría dudado en sacrificar cuanto fuera necesario para obtenerlo. Creo que podríamos definirlo como reconocimiento, mérito, fama.

—¿A qué se refiere con sacrificar? ¿Cree que el doctor Finch estaba dispuesto a permitir que alguien muriera para lograr sus objetivos?

—Por supuesto.

La respuesta de Megan fue sincera, y su voz dulce no varió ni una nota que indicara cualquier género de vacilación que antecede a una mentira. Hablaba con la misma templanza con la que podría estar refiriéndose a la hermosa aurora que se veía fluctuar sobre nuestras cabezas.

—Debe disculparme. Debo volver a mis asuntos, pero no dudo que volveremos a hablar... sobre este tema, y muchos otros sin duda.

Capítulo 9

La oficina de los servidores es más bien pequeña, pero los equipos generan un calor adicional y resulta agradable estar allí. La tarea que dejé para el final del día fue la de revisar las grabaciones de seguridad de la fecha fatídica. Me llevé una taza de café con leche humeante del comedor en el que acababa de cenar, e inicié la laboriosa tarea de repasar las grabaciones de cada cámara. Afortunadamente no son muchas las personas a seguir, ni tampoco todas las instalaciones cuentan con áreas capturadas con grabación de vídeo. Repasé mis anotaciones.

Diego y Bob fueron los primeros en entrar en escena. Estuvieron delante de la cámara del hangar de vehículos un buen rato. Después tomaron uno de los enormes vehículos para el hielo y salieron a la oscuridad de la mañana. Parecía que iban a hacer lo que habían dicho. Desarrollar durante toda la jornada labores de carga y descarga. Volvieron a aparecer al mediodía, con la claridad de un sol que no se elevaba mucho del horizonte, en el comedor. Diego se ocupó de preparar la comida ayudado por Bob. La cámara del comedor no captaba lo que sucedía en la cocina, pero la imagen mostraba ocasionalmente que ambos salían al comedor a conversar. Se ve que ambos comparten tareas y prefieren hacer eso a pasar gran parte de la jornada en solitario.

Poco a poco llegó el exiguo resto de comensales. Soren lo hizo primero. Comió junto a una esquina del ventanal, en solitario. Más tarde aparecieron Jonas y Thomas. Parecían hablar con vehemencia. Se sirvieron la comida y saludaron secamente a Soren. Pareció que la conversación languidecía hasta que Soren se fue. Entonces los dos parecieron olvidarse de la comida y mantuvieron una clara discusión. Me pregunto si tendrá que ver con el asesinato del doctor. También me llama la atención que ese día Thomas estuviera especialmente vehemente. Discutió con Jonas y parece, según él mismo relata, también discutió con el doctor poco después. La grabación indica que ambos abandonaron el comedor a la una y media.

El sistema de videocámaras de vigilancia no es completo. Muchas zonas de la estación están sin cubrir. No pude localizar en ningún vídeo a Megan ni al doctor Finch. Bueno, a este último solo lo vi fugazmente al irse al IceCube por la mañana y al regresar al mediodía. Pero no apareció por el comedor en ningún momento. ¿Qué estaría haciendo? Según el testimonio de Thomas lo encontró en los túneles, manipulando los láseres... ¿Qué querría hacer con ellos?

La antesala dónde se encontraban los láseres sí que tenía videovigilancia, así que repasé el archivo de vídeo y me llevé una desagradable sorpresa. La grabación se activa cuando la cámara detecta movimiento. Es un sistema convencional que ya está implantado en todo este tipo de sistemas de seguridad, es práctico y ayuda a determinar los horarios en los que existe actividad que merece la pena ser revisada. En el caso de esta cámara sólo se ven dos secuencias de quince minutos en los que, cuando se activa la reproducción, se observa una imagen estática, como una

interferencia. ¿Qué significa esto? ¿Ha sido borrada... o manipulada? Cualquiera de las dos hipótesis parece corroborar el hecho de que existe un asesino y este está borrando sus huellas.

Más tarde, siendo noche cerrada, se encendían de nuevo las luces del hangar de vehículos y Thomas Prescott tomaba una motonieve. Una hora más tarde regresaba de realizar sus comprobaciones en el observatorio.

Capítulo 10

Me he puesto un grueso pijama para dormir pero antes de acostarme quiero hacer la última anotación del día. Es curioso cómo, a pesar de estar abrigada todo el día, el frío se va metiendo en el cuerpo, en los huesos, y parece que no se va a ser capaz de arrancarlo por más que una se sepulte bajo varias mantas. En la calidez de la habitación aún me cuesta teclear en mi diario, como si tuviera los dedos rígidos, abotagados, incapaces de ser precisos.

Acabo de hablar con mi madre mediante videoconferencia. Ha sido un poco deprimente. Ver su imagen de nuevo, después de una semana sin hablar con ella —ya unos días antes de embarcarme en esta aventura solo mantuve alguna esporádica conversación telefónica— me ha vuelto a retrotraer a todas las circunstancias que me empujaron a venir aquí. La vi mayor que otras veces. Creo que está sufriendo por toda esta situación que atravieso, casi tanto o más que yo.

—Lucille ¿qué tal estás allí? Pasando mucho frío me imagino. —Sus ojos grises apenas brillaban. En su semblante había una sempiterna expresión de pena, acentuada por las arrugas y por el hecho de que la imagen de una videoconferencia parece que es capaz de resaltar más que otra cosa, nuestros defectos o si acaso, de empeorar los rasgos.

—No te preocupes por el frío... he traído ropa más que suficiente. —Expliqué, pero como me di cuenta de que aguardaba que le contara más de mi viaje me extendí un poco más—. El viaje ha sido largo y agotador... y creo que aún no me he acostumbrado al horario de aquí, aunque he procurado dormir y estar despierta en los horarios correctos mientras volaba hacia aquí, me temo que mi cuerpo no se ha acostumbrado aún.

Mi madre sonrió tímidamente ante eso, con un gesto de compasión propio de ella que a mí siempre me ha parecido exagerado, como cada vez que hacía cualquier género de esfuerzo físico o actividad deportiva que ella consideraba peligrosa.

—¿Has empezado ya la investigación? Me preocupa tanto que estés encerrada allí con un asesino... Ten mucho cuidado por Dios, imagínate que él asesino averigua que lo has descubierto. Tú te convertirías en su próxima víctima... Sé, Lucille, que eres fuerte... y no me pongas esa cara. No puedo evitar preocuparme. Además... ¿no crees posible que todo haya sido un accidente?

La verdad es que tuve ganas de sincerarme con ella y darle una versión que encajara con algunas evidencias, como por ejemplo, que el asesino había confesado y que todo parecía que había sido una discusión que se había salido de madre, un homicidio involuntario a fin de cuentas. Serviría para dejarla más tranquila, pero a saber si después cometía una indiscreción y se filtraba a la prensa esa información. Ahora mismo el profesor Finch y su misteriosa muerte era uno de los temas candentes en los noticiarios. Era probable que los medios indagaran en mi entorno familiar con el fin de extraer cualquier tipo de primicia.

—No te preocupes por mí, mamá, sabes que soy suficientemente fuerte para aguantar lo que haga falta... y además me he traído mi arma reglamentaria... estoy a salvo.

Mi madre asintió levemente, pero su sonrisa seguía manteniendo su rictus de preocupación que sabía nunca lograría borrar del todo, para mi propia exasperación.

—Aquí todos estamos preocupados por la luz roja. —Así es como mi madre llamaba a la Luz de Damocles—. Uno se va acostumbrando a verla en el cielo. No sé, ha pasado ya tanto tiempo desde que apareció que... bueno, me imagino que si fuera algo malo ya lo sabríamos, ¿no? Ya habría pasado algo. ¿Qué dicen los astrofísicos allí? Porque creo que la gente que está contigo son astrónomos o algo de eso... ¿No sabrán algo que los demás no y no nos lo quieren decir?

Sonreí por la ingenuidad de mi madre.

—No, mamá, no, nada de eso. Lo cierto es que ni siquiera hemos hablado de esa cuestión... Creo que ya me he acostumbrado a esa maldita luz en el cielo...

—Pero el doctor ese que asesinaron... había dicho que había descubierto el secreto de la luz. Lo dijo... y justo después apareció muerto... No puede ser una coincidencia, ¿verdad? —Mi madre movió la cabeza en señal de incredulidad—. Estoy muy preocupada por ti, cariño.

—El que debería preocuparse es el que hizo eso —dije para atajar el tema, pero me arrepentí casi al instante. Era como corroborar que existía un asesino y que yo iba a por él. A mi madre le habría agradado más que la muerte se debiera a un hecho fortuito, un simple accidente. Todo quedaba en el terreno de la fatalidad y no existía el mal sobre la faz de la Tierra.

—¿Y cuándo dices que podrás regresar? —Preguntó al cabo de una breve pausa.

—Bueno, no lo sé exactamente. Todo depende de cómo progrese la investigación. Ahora que el invierno ha llegado los vuelos de conexión con McMurdo escasean —manera diplomática de comunicar que son virtualmente inexistentes—. Apenas hay un par de horas de sol así que todo vuelo está supeditado a cuestiones de verdadera emergencia. No va a ser como cuando vine aquí, que prácticamente fletaron un avión para mí sola. Eso no es en absoluto normal. En el peor de los casos cuando termine el invierno... en octubre, estaré de regreso. —Me costó mucho pronunciar esa última frase.

Mi madre asintió con un claro gesto de desolación en su rostro.

—¿Por qué aceptaste una misión así, hija mía? Por venganza... o despecho...

Pero no tenía ganas de que la conversación derivara por esos derroteros. Eran demasiado dolorosos y molestos para recordarlos ahora. De hecho, prefería olvidarlos.

—Adiós mamá. En unos días te vuelvo a llamar. Ahora voy a estar muy agobiada de trabajo... Un abrazo a papá.

—Pero hija... ¿has hablado con Susan ya?

En ese momento interrumpí la comunicación. Era algo a lo que no me apetecía

enfrentarme en absoluto. Me sentía agotada. El cuerpo me está pidiendo desde hace horas un descanso. Me ha costado una enormidad escribir estas líneas, pero... soy una persona tenaz. Si me propongo algo, lo cumplo, ¿verdad que sí, Lucille?

Capítulo 11

Me he despertado de madrugada. En parte lo atribuyo al jet-lag. Aún no estoy completamente adaptada a este horario y mis horas de sueño siguen trastocadas. Pero lo cierto es que he tenido una pesadilla... o un recuerdo... no sabría decir qué exactamente. Creo que lo atribuyo a la conversación con mi madre y al hecho de que, inconscientemente, he rememorado recuerdos de familia.

Me he desvelado. Aún es demasiado temprano para levantarme, así que aprovecharé para trasladar al papel el recuerdo que ha venido a mi mente mientras dormía.

Cuando era pequeña mi familia veraneaba junto al lago Michigan, en un pueblecito que se llama Marquette, un lugar encantador, unos cientos de kilómetros al norte de Chicago. Desde allí mis padres solían llevarnos de excursión a mi hermana y a mí a distintos lugares, y hoy, inesperadamente, ha venido uno a ocupar mi memoria. Es extraño porque llevaba siglos sin pensar en aquellos veraneos de infancia.

Uno de los sitios habituales a los que íbamos era la bahía Partridge, una larga playa arenosa de color claro frente a un islote misterioso copado por un bosquecillo. A excepción de algunas casas de madera frente a la línea de la costa, resultaba un lugar muy apartado, oculto por un bosque frondoso y fresco en los que solíamos hacer excursiones, picnics y darnos finalmente un baño al calor del mediodía estival. Mi hermana y yo pasábamos el día entre juegos. No en vano ser gemelas nos confería la enorme ventaja de crecer juntas y desarrollar a la vez las mismas aficiones y juegos. No recuerdo ni un solo día aburrido de las semanas que veraneábamos en aquel lugar.

Soñé que estábamos allí las dos, corriendo por la playa. El pelo de mi hermana resultaba claro bajo los rayos del sol. Ella corría tras de mí y me derribaba sobre la arena. Yo entonces reía y reía. No sé en qué juego participábamos, pero sin duda se trataba de algún género de persecución, debía atraparme. Ella había dicho algo divertido y yo no podía casi correr porque la risa me impedía respirar. Así que se abalanzó sobre mí, y en el sueño parecía repetirse esa carrera, esa caída, y mis risas como un bucle. Nunca llegaba a ver por completo el semblante de ella, sólo su pelo, a contraluz, más brillante y rubio que nunca, agitándose mientras saltaba sobre mí y me derribaba cayendo las dos aparatadamente sobre la arena. Sus risas sonaban como un eco de las mías. Era sólo eso... un sueño.

No sé por qué, pero un sentimiento de profunda pena me hace sentirme muy afligida ahora. Era un recuerdo alegre..., pero siento pena al pensar en él. Hay un vacío dentro de mí. Incluso esos recuerdos maravillosos lucen ahora empañados, tamizados por un sentimiento de tristeza. Es como si todo mi pasado hubiera sido destruido por un tornado, todo puesto patas arriba, y lo que antes me inspiraba alegría ahora solo produce melancolía, como el que descubre la casa de su infancia hecha una ruina. Añoro un cariño que ya no siento. Me imagino que el paso del tiempo es

así, nos destruye, consume a las personas porque... hay sucesos fatídicos, mala fortuna, o incluso los que obran un mal a sabiendas, que nos provocan un daño. Entonces nos armamos interiormente, con una gran coraza que nos protege de toda herida ulterior... pero es una coraza fría, incómoda, que se interpone entre mí misma y todos los demás. Sí, soy consciente de esa armadura... y no estoy dispuesta a renunciar a ella. En absoluto.

No sé porque escribo esto. Debe ser porque a estas horas intempestivas estoy dispuesta a poner por escrito todo tipo de tonterías.

Todos estos pensamientos me han espabilado por completo. Me siento intranquila, no debería haberme dejado llevar por lo primero que me viene a la mente. Me va a resultar imposible conciliar el sueño, mi mente bulle en un debate intenso que el recuerdo de Partridge ha auspiciado.

He aprovechado para revisar el correo. Tengo varios mensajes de Susan... pero prefiero no mirarlos, al menos de momento. Reynold me pedía ya las primeras explicaciones en otro correo. Tomé nota mental de que en el día de hoy debo mantener una videoconferencia con él. Tengo aún las manos vacías y no quiero revelarle aún nada de mis pesquisas. Nadie se va a escapar de aquí a fin de cuentas, así que tampoco hay tanta pri...

He oído pasos. Ha sido en el pasillo, junto a mi puerta. Eché mano a mi *glock*, dispuesta a no dejarme pillar fácilmente. Los pasos parecieron detenerse frente a mi habitación. Sentí como el pulso se me aceleraba. Tuve ganas de gritar y preguntar quién andaba allí, pero me hizo sentir ridícula, como una colegiala que pasa miedo por la noche.

Los pasos se alejaron.

Es equívoco lo que he dicho. Al hablar de pasos puedo inducir a creer con el tiempo que se oían con claridad pisadas de alguien, cuando no era así. Más bien era un crujido, como el suelo cuando se hunde al ser pisado pese a que uno se esfuerce por no provocar sonido alguno. Realmente extraño. Comprobé que el fechillo de mi habitación estaba echado e intenté relajarme.

* * *

Acabo de dedicar un rato planificar el orden del día. Son muchas las tareas que quiero resolver hoy. Recuerdo que tengo un montón de archivos de vídeo del doctor Finch. Visionarlos será algo tedioso pero confío en que resulten reveladores. Si los considero irrelevantes tal vez se los envíe a Reynold para que su gente se mantenga entretenida. Igualmente debo seguir revisando las grabaciones de las videocámaras de la base. Tal vez descubra algo. Ayer me quedé dormida visionándolos. Es una tarea sumamente tediosa y aún no estoy acostumbrada al nuevo horario.

* * *

En el desayuno coincidí en primer término con Diego, el responsable de la cocina. Me preparó un par de huevos fritos con beicon según le indiqué en qué modo los quería, mientras me servía un café expreso doble. Una aurora austral de color verdoso serpenteaba sobre nosotros, claramente visible desde el amplio ventanal del comedor. Sobre ella, contrastando con el cielo oscuro y helado, la Luz de Damocles se me antojaba misteriosa e implacable. ¿Por qué no desaparecía de la misma manera que había aparecido? Me recuerda a un lunar insidioso que apareció en mi piel tras un verano de mucho sol en la playa. Cada vez que lo veía sentía una leve inquietud, una preocupación que intentaba desdeñar en vano.

Mientras saboreaba mi café llegó Soren. Diego acercó mi desayuno y también se sentó con nosotros. No había especial interés en mantener una conversación. Permanecíamos contagiados por el entorno gélido que nos rodeaba. Diego me hizo las habituales preguntas de cortesía, sobre qué me parecía aquello o si había dormido bien. En un momento dado se me ocurrió sacar el asunto que me había alarmado durante la noche. Ahora, despierta y acompañada, parecía una cuestión menor, pero no me gusta dejar cabos sueltos.

—¿Alguno de vosotros estuvo paseando esta madrugada por los pasillos de los dormitorios? Me pareció oír a alguien.

Soren me miró extrañado, aunque hubo un leve cambio en su expresión que me llamó la atención, como el que se siente acusado injustamente. Diego se mantuvo imperturbable, como si no fuera con él la cosa.

—¿Pasos? —Preguntó Soren.

—Sí... no pasos propiamente dicho. Parecía alguien que se esfuerza en que no se note que se acerca, pero no puede evitar que su peso le delate al hacer crujir levemente la estructura del suelo.

Soren cabeceó, negando.

—Bien, señorita Vaughan... —Le hice un gesto para que se dejara de formalismos—, Lucille... lo que no sé si sabe es que la base descansa sobre un glaciar.

—Sí, eso tenía entendido, de varios kilómetros de grosor.

—Exacto. El hecho de que sea tan impresionante no quiere decir que no haga lo que hacen los glaciares, esto es, desplazarse... Ahora mismo nos estamos moviendo, imperceptiblemente, a la impresionante velocidad de diez metros al año.

—¿Y eso es lo que provocó esos sonidos?

—Puede ser perfectamente. Cuando esté sola se dará cuenta de que se oyen muchos ajustes en la estructura metálica de la base. Se puede decir que está constantemente recolocándose. Los ingenieros que la diseñaron debieron tener en cuenta esa circunstancia. Lo que no puede evitarse son esos crujidos de ajuste.

—Comprendo —asentí mientras me llevaba un bocado de mi desayuno y lo masticaba con fruición. Sí, entendía lo que me decía Soren, pero algo dentro de mí me decía que mi intuición de policía no se equivocaba.

Charlamos un rato más y finalmente Soren se marchó, llevando sus platos a la cocina. Nos quedamos solos Diego y yo. Diego tiene unos ojos pequeños pero miran con un brillo de sabiduría... o mejor dicho, de picardía.

—Antes de venirme para acá fui marinero de barco mercante —me explicó de improviso—. Trabajé durante años en buques gaseros que recorrían el mundo de un extremo a otro. Qatar, el Ferrol, Estrecho de Magallanes, Bahía de Singapur... Era un trabajo fantástico, pero al final me cansé.

—¿Siempre te ha atraído la vida al límite?

—Sí, quizás no tanto como al doctor Prescott, él también ha viajado lo suyo. Pero sí, reconozco que la vida tranquila, urbana o campestre, nunca ha sido para mí. Ya desde pequeño me embarqué y nunca he sido capaz de parar mucho tiempo en el mismo sitio.

Se quedó callado unos segundos e intuí que me quería contar algo.

—Verá señorita Vaughan —no pude impedir que me tratara de usted, así que insistí en que evitara formalismos. Diego retomó el hilo—. La vida en los barcos ofrece muchas situaciones extrañas, tensas y hasta peligrosas, pero quizás una de las más raras es cuando compartes el barco con polizontes. Es una situación muy delicada para la tripulación, más para el capitán y el armador. Pueden ser acusados de trata de humanos, lo cual es un delito muy grave. Así que si detectan la presencia de polizontes tienen la obligación de atenderlos y cuidarlos, y sobre todo, de avisar a todas las autoridades de los puertos en los que el barco atraca, de su presencia. Entonces las autoridades portuarias envían a sus inspectores que controlan el estado de los polizontes, su salud, si son bien atendidos...

—¿No los pueden desembarcar?

—No, porque son unos indocumentados y las autoridades no los admiten. Si el capitán los intenta desembarcar de incógnito se enfrenta a una acusación de tráfico de personas.

—Comprendo —dije, aunque en ese momento no sabía a qué punto quería llegar Diego.

—Así que la presencia de polizontes en un barco puede ser muy perjudicial para la naviera, el capitán, y por extensión, para toda la tripulación de un barco, que debe ocuparse constantemente de atender a esta gente. Es algo que no hace gracia a nadie. No sólo es lo que cuesta mantenerlos, sino el tiempo que puede demorar una ruta que va cronometrada al minuto. Las tarifas de los puertos no son poca cosa, ciertamente, y no es lo mismo una escala donde estibas o desestibas con el tiempo justo, a empezar a perder días enteros a cuenta de los polizontes. ¿Qué suele suceder en la práctica? Hay de todo... Hay capitanes que asumen su presencia como una tarea humanitaria, aunque eso le conlleva después serios problemas con su naviera... Y también hay

otros capitanes sin escrúpulos que optan por lanzar directamente a los polizontes a alta mar.

Me quedé perpleja.

—Con esto quiero decir que sé bien de lo que hablo cuando me refiero a polizontes. Gente que vive de incógnito, está acostumbrada a pasar desapercibida, invisible, porque caso de ser detectada su vida corre un grave peligro...

¿Qué me quería decir Diego con eso? ¿Estaba sugiriendo que había un polizón en la base Amundsen-Scott?

Le miré con extrañeza, pero en ese momento llegaba Thomas que me saludó amablemente. Diego se levantó y se fue, y otro tanto hice yo. No podía dejar de dar vueltas a la idea que había sugerido Diego. ¿Qué sentido tenía que hubiera una persona de incógnito en la base? ¿Con qué propósito? No era una instalación tan grande. Tendría que hablar de nuevo con él al respecto, pero en cualquier caso estaría bien atenta, especialmente cuando revisara los vídeos de las cámaras de seguridad.

Cuanto más pienso en eso más ridículo me parece.

Capítulo 12

Jonas me había explicado que hay varias salas de trabajo, con mesas y equipos informáticos, en las que podía instalarme sin temor de ser molestada. Para la actual población del Amundsen-Scott, la base está sobredimensionada. Puesto que pude, elegí una con un amplio ventanal, relativamente confortable, cerca del acceso exterior, y me pertreché de un buen tazón de leche humeante, algunas galletas de mantequilla, mi debilidad, y me dediqué a inspeccionar con paciencia los archivos de vídeo del doctor Finch confortablemente arropada por un grueso suéter de lana. Los ordené cronológicamente por fecha de grabación y me armé de paciencia. Eran varias decenas.

El doctor Finch presentaba, en general, un aspecto nada atractivo. Persona mayor, de aspecto un tanto desaliñado —su pelo canoso sobresalía desordenado en penosas greñas por debajo de un gorro de lana roja. El bigote entre negro y blanco, se encontraba mal afeitado, al igual que el resto de sus mejillas y barbilla, que lucían una barba de dos días. Aparecía con unas gafas de presbicia que colocaba cerca del vértice de la nariz, y su voz, con un exceso de gravedad en su tono, resultaba a menudo prepotente y soberbia. Estaba abrigado con un abultado abrigo de gore-tex de color azul intenso y aunque se encontraba en el interior de un recinto salvaguardado de la intemperie, daba la impresión de que no se trataba de la estación. Deduje que aquel escenario se correspondía con su despacho en el propio observatorio del IceCube, pero no lo pude reconocer como el lugar en el que había encontrado las grabaciones.

—Bien, voy a leer los ajustes que he practicado en las esferas del IceCube. He aquí los parámetros actualizados...

El doctor aparecía de perfil e iniciaba una aburrida letanía de números acompañados de vez en cuando de especificaciones técnicas o comentarios que a mí, como lega, me resultaban absolutamente incomprensibles. Aceleré el vídeo y observé como el doctor seguía hablando de perfil mientras su rostro se inclinaba sobre una pantalla de ordenador e iba recitando los datos a la vez que realizaba las pertinentes aclaraciones. El vídeo finalizaba de esa manera pero el siguiente en cronología retomaba esa misma tarea. El doctor aparecía con el mismo aspecto que la grabación anterior y realizaba aquella laboriosa y penosa tarea con un ritmo tan paciente como demolidor, incombustible. Por mi parte estaba aburrida a más no poder, así que ocasionalmente aceleraba el vídeo, a la espera de que variara un tanto la escenografía o la mecánica que mostraba aquel recitar sin sentido para mí.

El tercer vídeo se iniciaba de una manera completamente diferente. El doctor vestía un suéter negro de lana con cuello alto y parecía un poco más acicalado. Peinado, sin gorro, su cabellera un tanto desordenada le hacía parecer un hombre interesante. Su mirada resultaba fría. Sin sus gafas de presbicia resultaba incluso atractivo para su edad. Sostenía entre sus manos una esfera del tamaño de un balón de

fútbol, de vidrio, en cuyo interior se adivinaban una serie de componentes electrónicos.

—Esto que tenemos aquí es uno de los miles de sensores ópticos del IceCube. Cada uno de ellos yace enterrado en el hielo a diferentes profundidades, así hasta conformar un cubo de un kilómetro cúbico de tamaño. El objeto de estos sensores es captar los neutrinos que atraviesan la Tierra. Cada segundo cincuenta trillones de neutrinos atraviesan mi cuerpo sin tocarme. Así pues recordemos que el objeto de estos sensores es detectar las esquivas partículas que atraviesan la Tierra, procedentes del Polo Norte. Es importante remarcar este hecho. La propia Tierra actúa de filtro de cualquier otro tipo de partícula que pudiera mostrar falsos positivos. Sólo algo como un neutrino podría llegar incólume hasta aquí después de haber atravesado todo el planeta. Ahora bien...

El doctor iniciaba una serie de explicaciones mientras giraba la esfera en sus manos y la mostraba a la cámara. Parecía que estaba indicando la naturaleza de las modificaciones efectuadas en los sensores y yo empecé a bostezar con una insistencia bárbara. Se me habían acabado mis suministros y ya no sabía cómo mantenerme sentada en la silla. Todo me incomodaba. No sabía si estaba perdiendo el tiempo irremisiblemente. Pero soy metódica, no me gusta descartar nada ni dejar nada por supuesto. Los vería aunque tuviera que ponerme pinzas en los párpados para mantener los ojos abiertos y pincharme con una aguja para no desfallecer.

El vídeo concluía de improviso. Decidí echar un vistazo al siguiente, mientras pensaba que ya sería hora de comunicar con Reynold. Me había insistido en mantener un diálogo fluido con Washington, es decir con él mismo, a fin de informar convenientemente a la Casa Blanca. El controvertido asesinato de Amadeus Finch bien podría convertirse en un arma arrojadiza en las próximas elecciones si por cualquier motivo se alimentaba innecesariamente la especulación sensacionalista.

En la siguiente grabación el doctor Finch se hallaba en su camarote. La cámara del videoblog captaba un escenario desordenado y en penumbras. El doctor parecía extraordinariamente agitado. Hablaba en voz baja, como si temiera que alguien le oyera.

—Por fin hoy ha arrancado el IceCube con los sensores adaptados a los nuevos parámetros. Ha sido una verdadera conmoción. ¡Cientos! ¡Miles de detecciones! Esto ha sido una verdadera avalancha de información. Va a ser el descubrimiento más colosal desde... desde que Einstein presentó su comunicación sobre la teoría de la relatividad especial. Este descubrimiento abre las puertas a una verdadera revolución. —El doctor meneaba la cabeza al concluir cada frase, como un acertante de lotería, aún incrédulo de su propia fortuna—. He estudiado los datos y son asombrosos... ¡extraordinarios! Son neutrinos de alta energía como había pronosticado mi teoría... captados por miles... —El semblante del doctor variaba de la euforia a la solemnidad. A continuación repasaba una serie de datos que obtenía de la pantalla de su *tablet*, intercalando risas con expresiones de asombro según recitaba números que

para mí no representaban nada pero que para él revelaban hechos extraordinarios. Finalmente pareció que su semblante se tranquilizaba. Se retiró las gafas y se quedó pensativo largo rato. Por mi parte la expectación crecía rápidamente. Intuía que había llegado ya a uno de los puntos críticos de la investigación—. He de tratar este asunto con cautela. No me gustaría que filtraran esta información a algún equipo rival. Y esta base está repleta de advenedizos. —El doctor Finch negó con la cabeza, dubitativo, cavilando pros y contras que no puedo adivinar. Esta primera mención a la gente con la que convivía en la estación me sobresaltó. Ahora bien, ese vídeo había sido grabado en una fecha muy anterior a la llegada del invierno. Debía haber mucho personal en la estación aún. A saber a quién podría referirse con ese comentario despectivo y de desconfianza. En cualquier caso lo más probable es que aludiera a la gente con la cual trabaja en el observatorio, y esa... que yo sepa, sigue estando aquí.

* * *

He retomado el diario para hacer un inciso realmente sorprendente. Cotejando las fechas en las que se grabó el videoblog con las del personal de la estación, me he dado cuenta de un hecho asombroso. El doctor Finch captó esa extraordinaria actividad el quince de diciembre... ¿Verdad que es increíble? No sé si tendrá algo que ver o es una pura coincidencia, pero el hecho de que... justo cuando la Luz de Damocles aparece en el firmamento sea el mismo día en el que el doctor Finch descubría esa actividad inusual de neutrinos de alta energía... parece que podría tener algo que ver, aunque desde luego no seré yo la que establezca el qué. En cualquier caso esa coincidencia o casualidad no parece que sea fortuita. Es más, consolida la afirmación del doctor en relación a que había conseguido determinar el origen del misterioso haz de energía. Sin embargo... él sólo comunicó su descubrimiento a la Casa Blanca, que se sepa. Y... una vez hecha esa aseveración... ¿muere... asesinado?

Capítulo 13

Como ya es habitual en mí, tomo nota en cuanto puedo de los hechos según suceden, antes de que haya detalles que el olvido los borre de mi memoria.

Acabo de mantener una conversación con Megan. Es una mujer extraordinaria, pero también me resulta misteriosa, aún no sé en qué rango de personalidades encasillarla. Hay veces que pienso que se trata de una mujer devoradora de libros *new age*. Su forma de vestir, con un pañuelo en la garganta y sus ropajes un poco estilo hippy, o su peinado poco femenino —pelo corto y canoso, poco cuidado— me hacen pensar en ello. Otras veces me recuerda a una mujer cansada, una abuela, que ha visto ya demasiado mundo y no espera encontrar ya nada que le sorprenda. Hay un punto de veteranía en su vida que la hace parecer mayor de lo que realmente debe ser.

Esto viene a cuenta porque cuando estaba visionando uno de los vídeos del doctor Finch, carraspeó justo detrás de mí. Estaba tan absorta en lo que escuchaba que no me había apercibido de su aproximación. Me llevé un pequeño sobresalto. Me saludó y se apoyó, medio sentada, sobre el tablero de la mesa situada frente al ventanal, a unos dos metros de mí. Me miró como preguntándome cómo iba todo.

No le di ninguna explicación, por supuesto, pero como me venía bien un descanso —llevaba varias horas sin moverme de allí— acepté un poco de conversación. Rechazó una taza de café que mantenía en mi termo, es una costumbre mía el tener siempre a mano café caliente, así que abordó la conversación sin demasiados preámbulos.

—¿Cómo es que te has decidido a afrontar un caso tan especial como este? Desplazarse hasta un lugar tan apartado para quedarse a merced de las escasas ocasiones en las que la climatología permitiría a un avión venir a buscarte, resulta duro. Es muy posible que no haya vuelos a McMurdo en meses.

—Me gusta mi trabajo —expliqué lacónica. No es propio de mí compartir con facilidad cuestiones personales.

Ella asintió y sonrió. Miró hacia el ventanal. El sol había despuntado levemente por el horizonte y pronto se pondría. En pocos días dejaríamos de verlo por completo y la noche se cerraría definitivamente sobre nosotros durante cinco largos meses.

—Comprendo que mucha gente se refugia en el trabajo cuando otros aspectos de la vida van mal. Aquí abunda mucho de eso. En cierto sentido es algo que nos hermana...

No entendía a qué se refería, así que le pregunté. Caviló unos segundos antes de responder.

—Sí, me refiero a que todos compartimos en nuestra existencia un denominador común, un bagaje, que pensamos que es nuestra carga exclusiva, algo que nos hace diferentes y que debemos asumir. Sentimos que la vida es cruel con cada uno, con cada individuo en particular, y olvidamos que ese dolor es común y es general. Si pudiéramos oír los corazones dolientes de los seres humanos, si el sufrimiento se

podría ver, sería obvio que todos compartimos ese dolor. Sí, la existencia es dolorosa en sí misma, ¿no crees?

No estaba preparada para una conversación filosófica de ese calado, así que le dije que sí, que suponía que sí. Ella prosiguió.

—A menudo estamos tan centrados en nuestro propio dolor que somos incapaces de percibir el de los demás. Es algo que sin embargo, no sé por qué, resulta liberador. —Sonrió—. No se trata de recrearse en el dolor ajeno para aliviar el propio... eso es macabro —hizo una mueca divertida—. Hablo más bien de la compasión. ¿Has sentido compasión alguna vez? Me refiero, no de personas que no conoces o que ves a través de una pantalla, sino de gente que conoces, que te rodea... ¿de ti misma?

La verdad, me quedé perpleja. No era algo de lo que esperaba hablar y en lo que ni siquiera había pensado alguna vez. Sin embargo Megan me miraba con ternura. No sé a quién me recordaba pero me hizo sentir como una niña pequeña.

—No te preocupes, eres muy joven aún para entender eso, pero has de saber que la compasión es un sentimiento reparador... y muchos de los que estamos aquí necesitamos de ella. —Movié la cabeza, como dudando en confesarme algo o no. Finalmente me miró a los ojos—. Aquí hay unos cuantos que han llegado empujados por ser inmisericordes consigo mismos.

Cuando lo dijo sentí que se refería a mí. Me sentí incómoda, aunque bien sabía que Megan no hablaba con esa intención. Fue extraño.

—¿Tú por ejemplo? —pregunté un poco al contraataque y procurando que mi voz no delatara que me sentía señalada.

—En cierto sentido sí. Alejarme de los míos... fue algo doloroso, pero como a todos, hay algo que también nos impele a buscar nuevas fronteras, ¿verdad? Quizás en mi caso es una mezcla de ambas cosas. Quiero dejar algo atrás, pero también asumir nuevos retos.

—Lo comprendo —dije, casi sin pensar. Parecía como si me estuviera mirando en un espejo. Sentí entonces una profunda empatía por aquella mujer. Le volví a ofrecer una taza de café, pero la denegó amablemente y se sentó en una silla cercana, despacio, como si tuviera miedo a hacer un ruido.

—Había alguien muy querido para mí... ¿Verdad que cuanto más se ama a alguien, tanto más capacidad de hacernos daño tiene?

Bien sabía yo eso. Asentí.

—Seguramente si no existiera ese dolor dentro de mí no habría llegado tan lejos. Es paradójico. El dolor como acicate, como forma de superación... Hay personas así, sin duda. Yo al menos.

Nos quedamos pensativas durante un rato.

—¿Y qué haces aquí, exactamente, Megan? No formas parte del equipo del IceCube.

—Por supuesto que no. Dios me libre de esos trabajos de investigación. Mis tareas son más rutinarias. Velar por que todo funcione y esté en orden.

—¿Con Diego y Bob?

Negó con la cabeza y sonrió.

—Alguien tiene que hacer el papeleo, ¿no es verdad? Simplemente me ocupo de vigilar equipos e instalaciones y dar la pertinente alarma caso de necesidad. Nada que pudiéramos clasificar como... glorioso.

Me hizo gracia la cara que puso al compás del último adjetivo y nos reímos.

Entonces entró un correo electrónico en mi buzón y un sonido de campanilla me alertó. Le eché un vistazo. Era de Reynold pidiéndome cuentas. Un largo párrafo que no pude evitar leer de corrido. Cuando terminé, en un suspiro, me di cuenta de que Megan se había esfumado tan silenciosamente como había llegado.

Capítulo 14

He venido después del almuerzo a mi camarote. Quiero repasar mis notas y pensar en el rumbo que toma la investigación. Todavía me queda trabajo por delante pero... me gustaría primero anotar mi conversación con Thomas.

Coincidimos en los pasillos, me dijo que iba a almorzar y si me gustaría acompañarle, y puesto que estaba hambrienta, me apunté. En cierto sentido le encuentro atractivo, pero no olvido en ningún momento que es el potencial asesino del doctor Finch, por lo que estoy absolutamente en guardia. Bajo mi apariencia informal y relajada estoy pendiente de cada una de sus palabras, esperando descubrir algo que termine de rematar su confesión y simplifique esta investigación. Pero me resisto a creer que todo sea tan sencillo...

Recordé una frase de Diego hablando de Thomas y la saqué a colación.

—Me comentaban por ahí que al parecer siempre te ha gustado ir al límite. ¿A qué se refieren?

Thomas sonrió. Estábamos en el comedor, solos. Diego había dejado bandejas con comida en recipientes caldeados y nos habíamos servido abundantemente. Este clima incita a comer como ningún otro, doy fe.

—Siempre me han gustado los deportes de aventura y las situaciones límite. Supongo que debe ser algo genético... porque me pueden.

—¿Y eso cómo debo interpretarlo?

—Bien, me gustan los retos difíciles, la alta montaña.

—¿Ochomiles?

—Exacto. No los catorce, por supuesto, pero sí algunos de ellos. El Everest, el K2, Gasherbrum I, Annapurna... Tenía previsto, una vez finalizara mi destino aquí, afrontar el Lhotse, por Nepal.

Me fijé en como hablaba del futuro de forma incierta. «Tenía previsto». Evidentemente contaba con que era culpable y lo asumía. Esto puede tener dos acepciones. Que realmente se sabe culpable pero no quiere admitirlo públicamente, es decir, cometió el crimen en un periodo de enajenación mental transitoria que le ha hecho olvidar todo. Esto le permitiría asumir su culpabilidad con cierta honra, con un descargo. La otra posibilidad es que diga absolutamente la verdad, y en ese caso todo es posible, desde la enajenación... hasta el hecho de que sea inocente. Y Thomas tiene todo el aspecto de ser una persona íntegra, de una sola pieza.

Claro está que puedo estar equivocada. Podría ser un asesino que sólo quiere desplegar un velo de confusión sobre mí.

—¿Cómo es eso de escalar *ochomiles*?

Sonrió ampliamente antes de responder. Diría que buscaba una explicación diferente a la respuesta breve que daría por compromiso.

—Francamente, muy duro. Es difícil de explicar lo mal que se pasa cuando se está soportando un frío tan intenso y unas condiciones tan adversas. Lo realmente

inexplicable es como, después de llegar hasta allí arriba y de haber sufrido tan bestialmente para conseguirlo, no pasa mucho tiempo sin que nazca el deseo intenso de aspirar a coronar otra montaña al menos igual de difícil. —Sus ojos brillaron como teas ardientes al pronunciar estas frases—. Tal vez sea porque el instante de plenitud que se experimenta cuando se logra es tan visceral, tan brutal... que se necesita repetir, como una droga sin la cual ya no se puede vivir. —Tan pronto concluyó la frase el fuego de su mirada se extinguió.

Se me quedó mirando largo rato. Yo esperaba paciente a que me relatara alguna anécdota pero parecía remiso, como si no quisiera recordar. Finalmente accedió.

—No es algo de lo que me sienta ahora especialmente satisfecho. Lo quiero dejar atrás. Tal vez no lo entiendas, pero son muchos los sacrificios que se van haciendo cuando te centras en la montaña. Es difícil mantener una vida familiar si te preparas a conciencia. No hay mujer que resista ausencias tan largas, una dedicación absoluta que pide tanto de ti. El entrenamiento exige abnegación. Lo peor es la parte de tu humanidad que se va endureciendo... como la misma montaña y el mismo hielo que quieres conquistar. Es como si tu alma entrara en simbiosis con ella y tú mismo fueras roca y hielo por dentro.

—¿A qué te refieres?

Sacudió la cabeza, como si buscara en un baúl de recuerdos una anécdota que pudiera servir para ilustrar lo que exponía.

—Hace cinco años intenté por segunda vez el ascenso al Everest. La meteorología es crucial, tiene que ser óptima. Si el viento sopla y la temperatura es muy baja las condiciones se hacen extremadamente duras. Mi guía y yo queríamos llegar al campamento cuatro. Teníamos una previsión del tiempo favorable y fuimos los primeros en abandonar el campamento tres temprano, al alba. Pero el viento no amainaba conforme el pronóstico y el ascenso se estaba haciendo penosísimo. A pesar de todo el abrigo no sentía ni manos ni pies. Decir que es algo terrible se queda corto. Mi guía insistía en volver... pero yo quería proseguir. Nos estábamos jugando la vida realmente, y yo no era consciente de ello. Finalmente tuvimos que abandonar y regresar de nuevo al punto de partida como pudimos. Entonces caímos en la cuenta de que había tiendas de campaña que aún permanecían montadas. No tenía lógica. Cuando miramos en su interior descubrimos a montañeros que habían perecido congelados durante la noche. Descendimos al campamento dos para evitar correr la misma suerte.

—Lo siento —comenté afectada.

—Más duro aún fue el hecho de que aguardamos una semana, esperando condiciones favorables. Fue entonces cuando logramos coronar con éxito el Everest. Sin embargo... ahora ya no es algo de lo que me sienta orgulloso. Pienso en la gente que se deja la vida allí... y de cómo de alguna manera, uno es cómplice al participar y alentar aquella carrera sin sentido.

—Es un reto. ¿No es lo que decías antes?

—Sí, es un reto, ¿pero qué demuestras realmente? ¿Que eres más fuerte, más resistente, más capaz? No sé. Ahora cuanto más lo pienso más distinto me veo de todo cuanto deseaba en aquella época... y no sé, tengo la sensación de que tal vez no he empleado mi vida en algo útil.

—¿Y por eso te has retirado aquí... a meditar sobre el sentido de la vida? — pregunté con algo de sorna, no lo pude evitar, va en mi carácter.

Thomas sonrió. Tenía sendas hileras de dientes blancos que contrastaban con la piel curtida y sin afeitar de su barbilla.

—Aquí vine porque quería cambiar de aires y porque a fin de cuentas tengo un trabajo como astrofísico... De algo tengo que vivir. Sin embargo, efectivamente, he tenido tiempo de meditar.

—¿Y cómo es posible entonces, que una persona que parece tan ecuánime y tan serena, que ha reflexionado sobre el sentido de la vida y tenga nervios templados después de experiencias tan duras, sea capaz de dejarse llevar por un ataque de ira?

Thomas me miró con serenidad, pero se limitó a mover los hombros.

—Aún a mí me resulta todo inexplicable. Sé que buscaba a Finch cabreado. Bob me había avisado de que pretendía hacerse con los láseres y fui a buscarlo. Todo es borroso. Sinceramente creo recordar que Finch me agredió cuando intenté razonar con él. Me golpeó y a partir de ahí no recuerdo nada más.

—No se aprecia ninguna contusión en tu cara.

—Sí, me quedé con la cabeza y el cuerpo dolorido un par de días, pero sí, no recuerdo qué sucedió. No creo que me dejara sin sentido... es algo inexplicable por completo. Tal vez fuera un ataque de furia que me cegó después de que él me atacase. Tal vez la autopsia revele algo... o las huellas sobre el aparato láser para cortar hielo.

—Está limpio, Thomas. Todos lleváis manoplas y debajo guantes, con mayor razón cuando os movéis en los túneles. En cuanto a si te golpeó, es posible que el dolor de cabeza se deba a una impacto amortiguado por el abrigo que se lleva puesto encima, gorros, capucha...

Nos quedamos pensativos unos instantes.

—¿Tienes pareja?

La verdad es que pregunte por puro instinto profesional. Estaba construyendo mentalmente la personalidad de Thomas, mi principal sospechoso ahora mismo, pero de repente me di cuenta de que la pregunta podía interpretarse de una manera muy distinta a la que pretendía. De hecho Thomas se mostró un poco azorado y yo sentí que mis mejillas se encendían. Menuda metedura de pata. Nos reímos un rato a cuenta del desliz, pero al final me respondió.

—No, desde luego que no. Hay pocos aquí que se vengan una temporada tan larga dejando atrás mujer o familia.

—¿Qué me dices de Megan?

—¿Megan? ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, no sé. Todavía no tengo nada claro qué tipo de persona es. No sé

porqué está aquí realmente. Creo que me resulta familiar por alguna extraña razón, pero no descubro cuál.

—Megan es muy especial. Da gusto hablar con ella, ¿verdad?

Asentí, no demasiado convencida de ello. Yo más bien creo que resultaría interesante para los que gusten hablar de metafísica.

—Megan guarda un secreto en relación a su presencia en este lugar, Lucille. Es posible que con el tiempo te lo acabe revelando.

Ahora, mientras escribo estas líneas pienso en Thomas. No puedo evitar compararlo con Adrian. Es inevitable, tal vez, porque considero que el uno es la antítesis del otro. Thomas es directo, no entiende de diplomacias. Se nota que tiene carácter y no anda con sutilezas. Sería impensable que Adrian hiciera algo como lo que ha hecho Thomas, presentarse como el presunto asesino porque el mismo se da cuenta de que fue el último en ver al doctor y además reconociendo estar enfadado. Adrian habría callado, llamado a un abogado, o a saber qué otra estratagema habría seguido. En fin, prefiero no pensar en él ahora. A saber por qué oscuras razones se me ocurre semejante comparación.

Capítulo 15

EXTRACTO DE LE MONDE

Laurent Montagne

La pasarela de París ha sufrido un nuevo varapalo, pero esta vez no de la crítica, ni tampoco por la ausencia de modistos de renombre, o por una industria ausente como nunca antes.

Ahí estaban las chicas de Givenchy, Balenciaga, Nina Ricci y tantos otros cuya lista resulta demasiado larga de repasar. La crítica se ha mostrado unánime a la hora de destacar las líneas *prêt a porter* ganadoras del evento; Louis Vuitton, Valentino y Chanel. Las tres casas de moda se han desmarcado del resto luciendo fascinantes prendas donde han puesto el alma y la imaginación, con colecciones tan trasgresoras, como sencillas y atractivas. Parecen haberse inspirado en el haz de luz carmesí que brilla sobre nuestras cabezas, y sobre colores lisos aplicaron a veces discretas bandas de tenues borgoñas, como en el caso de Valentino, o relampagueantes líneas bermellón sobre blancos o negros, el de Vuitton, creando un frenesí de contrastes, impresionantes cuando los espectaculares modelos marcaban el paso a ritmo de música rock. Sí, la industria no ha fallado en esta importante cita de la moda mundial.

No, quién ha abandonado a la pasarela de París, la más glamurosa del mundo, ha sido el público: Muchas sillas vacías. Hemos visto a los cámaras de televisión y prensa esforzándose en cubrir, con ángulos bien estudiados, planos donde no se percibiera la trágica escena de asientos sin ocupar. El ambiente ha sido más frío que nunca y la escasez de aplausos se ha ocultado por el barullo ensordecedor de la música que acompaña el desfile. Eso sí, no había tumultos rodeando a las pocas *celebrities* que se han dejado caer por aquí... cuestión esta que habrán agradecido en su fuero interno. Parece que incluso muchos asientos VIPs se han ocupado por simples mortales (...).

Capítulo 16

Reynold Abbott es un...

Me tranquilizaré primero. Al fin de cuentas no estoy escribiendo esto simplemente para desahogarme. Siempre supe que mi supervisor era un trepa profesional. Por sí mismo es incapaz de lograr nada, pero eso sí, no tiene reparo en pisar a cuantos haga falta que estén por debajo de él para auparse a lo más alto. En eso sí debo reconocer que tiene talento. Tan servil resulta con sus superiores, como despótico con los que están bajo su bota.

Acabo de mantener una larga videoconferencia con Reynold. Lo veo más grueso de lo que recordaba. Tal vez sea el hecho de que ahora siempre lleva corbata, y su papada comprimida rebosa sobre el cuello de la camisa de manera grotesca. El bueno de Reynold. A raíz de este caso se está codeando con las altas esferas y ya se la he escapado un par de veces que la Casa Blanca está siguiendo esta investigación con mucho interés, con un retintín de vanagloria obsceno. Seguro que su ambición está inflándose tanto como su abultada barriga. Bien, que no se haga muchas ilusiones. Al final vamos a ver quién se lleva el mérito de esta investigación. Si piensa que le voy a servir en bandeja de plata la resolución de este crimen está completamente equivocado.

La conversación la inició en un tono amistoso muy propio de él. Parece un gato jugando con el ratón antes de zampárselo. Lo he visto tantas veces actuar de esa manera que sus zalamerías no me hacen gracia alguna. No pienso picar.

—Me alegro de verte Lucille. Se te ve con un aspecto espléndido... aunque me parece ver que tienes ojeras. Debes cuidarte. El clima antártico es complicado. Eres una chica guapa así que espero que no hagas ninguna tontería. —Su sonrisa amplia y mofletuda me repele. Intenté sonreírle.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. —Prosiguió—. Ante cualquier problema o dificultad, acude a mí. Te lo resolveré. Sabes que tengo influencias.

Conozco de sobra al viejo Abbott. Todo lo que le cuente será utilizado después para su mejor conveniencia, como decía, ya lo he visto otras veces. Toda información que le facilite él la administrará sabiamente... en su propio provecho, así que esta consideración la tuve bien presente en la deliberación que mantuvimos.

—Aquí todo va bien, Reynold.

—¿La gente está colaborando contigo?

—Sí, Reynold, estoy hablando con todo el mundo. Muy bien.

—¿Tienes algo?

—No Reynold, no tengo nada todavía. Es pronto.

Sí, podría haber sido más transparente con él. Podría decirle que tengo a uno de los miembros de la base confesando el delito y sé que Reynold utilizaría esa información de inmediato de la forma más conveniente. Una indicación de que las

pesquisas van por buen camino, un decir, «sé algo que ustedes aún no saben» en los círculos debidos... Reynold es un auténtico bocazas. Sin pretenderlo lograría crear la impresión de que ya tenemos al criminal. Precipitaría los acontecimientos en una dirección que no tengo nada clara. No pienso consentirlo.

—Esto va lento Reynold. Creo que el crimen tiene algo que ver con los estudios que estaba desarrollando el doctor Finch. Al parecer este ha dejado un extenso videoblog en el que iba narrando el desarrollo de sus observaciones. Es terriblemente aburrido y técnico, Reynold —le callé la boca con este comentario, pues con la mirada ya me estaba pidiendo que se lo enviara. Las palabras «largo y aburrido», que implicaban en su imaginación un trabajo farragoso dieron en el blanco y su semblante se relajó un tanto. Por otro lado había valorado que era necesario darle algo de carnaza, si no sospecharía que le estaba ocultando algo. El videoblog abarcaba un número significativo de horas de grabación, que me proporcionaba cierta cobertura de tiempo antes de tener que rendir cuentas. Así que le enviaré los archivos insulsos e intrascendentes conforme los visualice. Además existe otra razón de peso. Estoy descubriendo que me gusta este lugar. Encerrada en esta base tengo una sensación de liberación, curiosa paradoja. Un territorio frío y hostil me rodea por miles de kilómetros en cualquier dirección. Es como el foso de un castillo, que impide a quien quiera atacarme llegar hasta mí. Antes de venir aquí me sentía herida y vulnerable, desconcertada por lo que había ocurrido. Este aislamiento me resulta agradable, reconfortante... Lo necesitaba. Al menos eso creo... así que no hay prisa, ¿verdad? Espero que no sea un sentimiento pasajero.

Después añadí a mi resumen un relato de las pesquisas que ya había realizado; muestras, huellas, revisión de cámaras de seguridad, todo conforme a lo previsto, sin especificar ninguna conclusión y sin revelar aún la existencia de la cámara crítica en la que se había borrado los minutos cruciales.

—Si descubres algo debes decírmelo de inmediato —me apuntó no obstante en tono severo. Estaba empezando a ver que mis manos no le ofrecían ni oro ni diamantes y no podía ocultar ya durante más tiempo algunas de sus maneras impacientes.

—Por supuesto, Reynold. Estaremos en contacto en todo momento. Esto resulta muy aburrido así que si tengo cualquier novedad te la comentaré.

Reynold se quedó en silencio. Por mi parte no tenía nada más que contarle, pero dado que él no se despedía deduje que tenía algo que añadir.

—El doctor Finch, como sabes, era un viejo cabronazo. Hacer lo que hizo... menudo disparate. Ha puesto una diana sobre la cabeza del presidente, ahora que todo el mundo está sobre ascuas... En fin, un memorándum absolutamente disparatado —Reynold soltó una carcajada en este punto—. Si supieras lo que pone te echarías a reír... pero claro, no puedo decir una palabra porque si no la CIA me pondría una bala entre ceja y ceja. —Se rio aún con más ganas. Una broma en la que mi sonrisa no fue tan fingida como supuse.

Bufé interiormente. No soportaba el medio que utilizaba Reynold para mostrar su importancia: «la información que manejaba», y que obviamente, no podía compartir con gente «menos importante».

Sí, parte de la historia era voz populi. Una noticia que se había filtrado a la prensa semanas atrás. «Importante astrofísico asegura conocer la peligrosa naturaleza de la Luz de Damocles». Los titulares habían copado las portadas de los diarios más sensacionalistas e internet había sido pasto de las teorías de la conspiración. Ya de por sí aquello arrinconó a la Casa Blanca, que negó la validez de las conjeturas del profesor. Y cuando el incendio estaba a punto de apagarse el doctor es asesinado. Arde Troya.

Entre bambalinas parecía que efectivamente, la Casa Blanca tenía mucho interés en esclarecer las circunstancias de la muerte del doctor y la causa de su asesinato. No obstante, esas mismas razones habían obligado a realizar una investigación de lo más convencional para no despertar aún más desconfianzas entre la población, extraordinariamente sensible a todo cuanto tuviera que ver con la luz roja del cielo.

—En su última misiva alertaba de algo realmente singular... y creo que es conveniente que lo sepas. De hecho, me juego el cuello por ti al decirte esto.

Mi interpretación de estas palabras es justo la contraria. Te han pedido que me comuniques algo, Reynold, y tú te estás asegurando que como mensajero te ganas toda mi confianza y estima. Reynold prosiguió.

—Según el doctor Finch, cuando se quedó sólo el retén de invierno en la base, una vez se fue la mayoría del personal, asegura que detectó la presencia de una persona oculta en la estación.

—¿Cómo?

—Sí. No la llegó a identificar, pero estaba convencido que había un espía, o un saboteador, conviviendo entre ellos. Así que debes tener cuidado. Tal vez se trate de un agente de una potencia extranjera que esté intentado descubrir en qué consistió el hipotético descubrimiento del doctor Finch... o tal vez el hombre estuviera paranoico... lo cual no me extrañaría. Estoy convencido de que se comportaba como el típico chiflado celoso de compartir éxito. —Se llevó el índice a la sien y la golpeó varias veces con el dedo—. Está claro que no estaba bien de la mollera. El caso es que debes andarte con ojo.

—Lo tendré en cuenta..., por extraño que parezca. —Me quedé unos segundos pensativa—. Pero este no es un lugar donde sea fácil pasar desapercibido. Somos pocos, sí, pero las instalaciones no son muy grandes.

—Bien, ante cualquier incidencia en este sentido es importante que me avises. Tu seguridad y la de los demás están en juego. Además... ese agente podría ser el asesino.

Asentí. No percibía preocupación sincera en sus palabras.

Reynold Abbott reblandeció el semblante con una sonrisa que fue haciéndose más grande paulatinamente.

—Pequeña Lucille, cuando todo esto termine te tengo que llevar a un rinconcito romántico que conozco, un viaje al Caribe, tal vez. Ya sabes, playas, cocoteros y un daiquiri mientras retozamos en la piscina del hotel...

Me despedí un tanto abruptamente. Se suponía que ese tipo de insinuaciones era el arma con el que Reynold acumulaba un extenso currículum de conquistas sexuales. A mí me resulta ofensivo siquiera que lo intente conmigo. No soporto su meliflua combinación de servilismo ante el poder con una desmedida actitud de idolatría hacia su propio ego. Insufrible, pero es lo que me toca.

Capítulo 17

Me siento agotada. He perdido la cuenta de las horas y los días. No porque transcurriera mucho tiempo desde mi última anotación en el diario, creo que dos o tres días tan solo, sino porque mis indagaciones están resultando laboriosas y el ambiente de la base resulta claustrofóbico. ¿Había dicho que me sentía liberada aquí? Qué estupidez. Las horas de luz solar se terminan en seguida, y la escasa luminiscencia que irradia la Luz de Damocles sobre el hielo resulta deprimente, como una pátina sanguinolenta y macabra que tiñe el paisaje con un color de muerte. Tengo ganas de escribir palabras tristes y sentimientos melancólicos, seguramente por el cúmulo de sucesos y vivencias de los últimos días, en los que me temo, se ha entremezclado lo personal y lo profesional.

En lo profesional me siento desconcertada. Parece un escenario ideal para un crimen, donde fácilmente pudieran encontrarse los indicios que apuntaran en una determinada dirección, a una auditoría concreta del asesinato, y sin embargo la confesión fácil de Thomas me parece un falso señuelo que mi instinto se niega a seguir. Mi juicio no discierne nada de provecho, ni móvil, ni medios, ni sospechoso fiable. Siento la tentación de presentar la confesión de Thomas, pero me parece un acto vil, aprovecharme de la sinceridad de una persona para intentar aglutinar sobre él todas las culpas. Estoy segura de que si le confío a Reynold ese secreto rápidamente lo divulgará de tal manera que se arrogue el mayor mérito, y por supuesto, las víctimas serán la verdad... y el propio Thomas, porque en lo único en lo que mi intuición me dice que no puedo equivocarme es en la inocencia de este hombre. ¿Me está engañando ofreciéndose como falso asesino cuando en realidad lo es? Varias veces al día me formulo la misma pregunta y mi conclusión es certera. No.

Me siento desanimada también. Creo haber aplicado el mismo método disciplinado en el escrutinio de hechos, comprobación de coartadas, indagaciones e interrogatorios. Sólo me falta emprender una serie de acusaciones caóticas, al estilo de cualquier serie b policíaca, en la que acosar a cada uno de los integrantes de la base, buscando que a raíz de acusaciones cruzadas entre ellos, brote inesperadamente un hilo por el cual desenredar la madeja. Espero no caer tan bajo. De momento observo como todos me tratan con cautela, excepto Megan y Thomas, cada cual por su personalidad tan característica, el uno convencido a la vez que extrañamente despreocupado por su autoría, y la otra porque sencillamente se antoja imposible que una persona de apariencia tan delicada pudiera cometer un acto tan vil. Ella, con su actitud despreocupada, se descarta a sí misma como sospechosa.

Todavía me queda mucho trabajo por resolver. He seguido revisando el videoblog del profesor... —Pero no quiero adelantar acontecimientos de lo descubierto en ellos —, así como he repasado todo tipo de cintas de vídeo de las instalaciones, pero resulta un trabajo arduo e inútil... e insoportablemente aburrido.

Y después... están los sueños.

Pensé que una de las grandes ventajas de alejarme físicamente del lugar donde ha sucedido todo sería el liberarme de recuerdos, de presencias que me hirieran y... qué error tan grande imaginar algo así. No hay duda. Soy yo misma mi principal agresora. No puedo quitarme de la cabeza todo lo ocurrido. Siento un deseo enorme de vaciar mi mente de recuerdos... pero basta un momento de debilidad para que por la rendija de una puerta ligeramente entornada se cuele una tras otra una secuencia de imágenes que me hieren. Tanto es así que incluso temo dormir, porque inevitablemente aparecen en mis sueños todos los protagonistas de la historia que quiero olvidar. Rememoro todo lo ocurrido una y otra vez, varias veces al día, como una anciana que recita una interminable letanía del rosario casi sin darse cuenta de lo que sus labios pronuncian. Sí, es un combate que libro contra mí misma.

Ahora me doy cuenta de que tal vez fuera un error alejarme de todos. Echo de menos los paseos con Lucy, mi amiga de infancia. Al menos con ella podía compartir todos los sinsabores y amarguras que he vivido. Incluso cuando me echaba a llorar en el parque y ella me abrazaba... en esos momentos de dolor la compañía de una amiga resultaba ser el más dulce consuelo. Aquí estoy sola, rodeada de sospechosos de un crimen... no puedo confiar en nadie... y por otro lado estoy deseando liberarme de esta carga, que alguien me escuche. Pero mi acuerdo de confidencialidad me impide comunicarme con nadie excepto mi familia, y aún así las comunicaciones serán grabadas. No, no puedo acudir a una videoconferencia a desahogarme con una persona de confianza. Sé, estoy segura de ello, que contar lo ocurrido, aunque sea mil y una vez, obra el milagro del desahogo... ¡y no puedo hacerlo! Dentro de mí algo se está pudriendo... y siento que ese estado de ánimo no es el idóneo ni mucho menos para llevar a cabo la investigación. Me estoy aferrando al método... Pero cuando llegue a territorio desconocido... ¿qué haré si no tengo nada entre manos? Espero ser fuerte y no vender a Thomas como un Judas cualquiera.

* * *

Y ahora vayamos al trabajo. Intentaré ser ordenada en la exposición de hechos.

En primer lugar debo recapitular lo que me restó por contar el último día en el que hice la anotación. Creo recordar que fui a cenar al comedor y allí coincidí con el equipo del IceCube, esto es, Jonas, Thomas y Soren. El trío al completo. Conversaban animadamente sobre un tema en el cual se había abundado escasamente hasta la fecha, la Luz de Damocles.

—En los artículos de la CNN todavía sigue hablando Louis Sinclair sobre la teoría de eyección de un chorro de gas y energía de un agujero negro. ¿Os lo podéis creer? Todavía hay gente que insiste en ello.

Me senté entre ellos. Llevaba mi bandeja con la cena y estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa que me entretuviera mínimamente. Mi cara de extrañeza dio pie a que Soren abundara en lo que explicaba Jonas.

—Sí, Lucille, seguro que has oído el enunciado. ¿Cuál es el origen de la Luz de Damocles? Una de las teorías que inicialmente se tuvieron en cuenta es que se trataba de un chorro de gas hipercaliente. Su origen sería un remoto agujero negro devorando una nube de gas... o una estrella. Cuando esto sucede parte de la materia que cae en el pozo de un agujero negro es expulsada a velocidad casi lumínica, en dos chorros perpendiculares al disco de acreción. La razón de este fenómeno no es clara. Algunos postulan que la materia sigue las líneas de un hipotético campo magnético, otros que la presión en la caída hacia el vórtice de la singularidad provoca una presión gigantesca que se libera a través de esa fuerza de escape... En cualquier caso, todos aquí coincidimos que ese no es el caso del haz de energía que es la Luz de Damocles.

—¿Cómo estáis tan seguros? —pregunté interesada.

—Bueno, los chorros de expulsión de materia de los agujeros negros acaban formando nubes de gas colosales —explicó Thomas con voz pausada—, denominadas DRAGN, popularmente Dragón, del acrónimo que significa Doble Radiofuente Asociada a un Núcleo de Galaxia Activo. De hecho estos fenómenos suceden siempre cuando estamos en presencia de un agujero negro supermasivo. Precisamente eso es algo que parece altamente improbable que suceda en nuestro vecindario. Ese tipo de agujero negro se suele hallar en el centro de las galaxias y se denominan quásares.

—Exacto —corroboró Jonas—. Y aún así hay quien se empeña en decir que el hecho de que algo no se haya descubierto aún no significa que no exista o pueda existir.

—Todos aquí pensamos que se trata de un disparate —sentenció ufano Soren. Se mostraba sonriente, como eufórico por su alegato.

—¿Entonces por qué se ha convertido en la teoría más repetida?

—Por dos razones, diría yo —explicó serenamente Thomas—. En primer lugar porque nadie sabe realmente de lo que se trata. Y en segundo lugar, la ignorancia vuelve muy osados a los necios. Hay mucho científico de segunda fila que de repente ha cobrado un protagonismo extraordinario porque dice algo con mucha seguridad. Y la gente necesita creer o interpretar lo que no conoce, y cuando alguien muestra certeza prefieren seguirle a mantenerse en la oscuridad, una situación que infunde temor.

—¿No hay más teorías?

Se miraron entre ellos.

—Bien, tenemos la teoría del pulsar detenido.

Asentí con cara de extrañeza. Nunca había oído nada similar.

—Un pulsar es el remanente de una estrella que estalla como supernova. Existe un determinado rango de tamaños de estrella que cuando alcanzan su punto crítico y mueren estallando como supernovas, generan un cuerpo celeste que se denomina pulsar. Un pulsar es un cuerpo de una altísima densidad y escaso tamaño, quizás simplemente unos quince kilómetros de radio, pero pesa tanto como nuestro sol. En

su interior la materia se comprime de tal manera que desaparece el espacio interatómico y los electrones se funden con los protones conformando neutrones. Al estallar la supernova ese cuerpo de neutrones remanente adquiere una altísima velocidad de giro, creando un potentísimo haz de luz y energía que ilumina el cielo como un faro.

—Pero... en este caso el haz de luz está fijo... —comenté mientras masticaba un bocado de pescado rebozado.

—Así es. Sería algo igualmente nunca visto. De ahí que se denomine pulsar detenido. Varias docenas de astrofísicos están empeñados en demostrar la posibilidad de que algo así exista... pero parece difícil.

—Y luego está la teoría del doctor Finch... —comenté mientras me llevaba a la boca un vaso de agua fresca. Di un largo trago mientras observaba con el rabillo del ojo como los tres se miraban entre sí. Tuve la impresión de que guardaban un secreto que no iban a compartir conmigo. Fue la impresión de algo cierto, pero a la vez efímero.

—El doctor nunca compartió con nosotros sus hallazgos —explicó Soren. Parecía incómodo—. Supimos que tenía una teoría o que había descubierto algo cuando leímos la noticia en algunos medios de internet. Por supuesto que le preguntamos... pero él calló. A veces resultaba... un tanto intratable.

—Era exasperante... cuando no un verdadero cretino —completó Thomas sin tantos eufemismos.

Jonas asintió, pero nada dijo. Noté la tensión entre los tres hombres. Una corriente inexplicable, que no parecía de complicidad, circulaba entre ellos. No entendía aún muy bien qué género de connivencias mantenían en un pacto secreto.

Finalmente fue Thomas el que rompió el hielo. Retomó la conversación como si la tirantez jamás hubiera existido.

—Hay un hecho inquietante en los que pocos han reparado. —Se tomó su tiempo para explicarse—. Todos parten de la teoría de tratarse de un fenómeno astrofísico que sucede a gran distancia de la Tierra y que somos casuales testigos de un suceso de la naturaleza extraordinario. Algo así como si viéramos en primera fila el nacimiento de una estrella o de una nebulosa planetaria. Pero hay algo que resulta incomprensible. Si se tratara de algo que sucede más allá de nuestro sistema solar, dado que probablemente siga trayectorias y órbitas muy diferentes a las que mantiene nuestro sistema, el haz de energía mantendría una posición que oscilaría e indefectiblemente acabaría alejándose de nosotros.

—Pero eso no es así. Permanece fija en el sistema solar, siempre la vemos igual —apunté yo mientras concluía mi postre.

—Así es... y eso implica...

No soy muy aficionada a la astrofísica ni a las cuestiones siderales. Le miré de hito en hito, indicándole que no iba a ser yo precisamente una alumna aventajada.

—Eso implica, Lucille, que contrariamente a lo que piensa la mayoría, muchos

astrofísicos pensamos que la trayectoria de la Luz de Damocles, tan extraordinariamente cerca de la Tierra en términos astronómicos, no sea en absoluto casual.

* * *

No sé si esas palabras deberían haberme inquietado o no. Creo que ya me encontraba con demasiada tensión encima como para sentir una presión añadida. Cuando sientes un dolor permanente que agota por completo tu ánimo, llega un punto en el que todo lo demás carece de importancia y se vuelve irreal, intrascendente. Sabía que la revelación de Thomas podía no sólo ser una conjetura interesante formulada por él, sino también guardar relación con el descubrimiento del doctor Finch. Por la razón que fuera, Thomas no estaba dispuesto a compartir plenamente sus ideas, pero al menos sí se mostraba dispuesto a darme pequeñas pistas, que como las migas de pan del cuento de Hansel y Gretel, me sirviera para llegar a mi destino. Vería si aceptaba su juego o imponía finalmente mis propias reglas.

A mí sólo me interesaban las teorías astronómicas si estas conducían al esclarecimiento del asesinato del doctor Finch, y de momento no parecía que el motivo de un crimen fuera simplemente una cuestión de discrepancias en la formulación de una teoría. ¿Qué el doctor Finch había escondido sus teorías a sus colegas y que alguno podría sentirse extraordinariamente ofendido por ello? Era cuestión de verlo. Pero, ¿asesinar por eso? Seguía siendo un asunto descabellado.

* * *

Todavía hay un suceso de esa noche que debo narrar.

Fui la primera en abandonar el comedor, pero hice una parada técnica en el baño de mujeres. Tenía ganas de dormir. Ansiaba llegar a mi pequeño camarote y administrarme un sedante que me facilita intensas horas de sueño. Quería descansar sin sobresaltos y sin pesadillas, quitarme de mi cabeza los dos últimos meses en Chicago, y hasta la fecha los somníferos que llevo encima me han ido relativamente bien.

Lo importante es lo que sucedió cuando estaba a punto de abandonar los baños. Tomaba el pomo de la puerta y estaba a punto de girarlo cuando oí a Jonas y Soren hablando por el pasillo. Estaban junto a la puerta y sus voces, en ausencia de otros ruidos o sonidos que la ocultaran, me resultaban nítidas.

—...me parece indigno de un científico lo que has intentado, Jonas... —le increpaba Soren con una voz vehemente, inaudita para aquel chico joven de aspecto enclenque y modesto. Sonaba enaltecido, vehemente—. Creo que lo que pretendes es un verdadero asesinato...

—Mira quién fue a hablar —le reprochó a su vez Jonas con voz desagradable—. Y no me vuelvas a poner la mano encima ni a insinuar lo que está bien o lo que está mal, maldito cuatro ojos, porque de lo contrario te arrepentirás.

Había sido una agria disputa, breve e inesperada.

Latente, entre ambos, subyace un conflicto mucho más violento de lo que sus personalidades, una modosa, la otra efusiva y cordial, podrían revelar. Ambos se habían acusado mutuamente de tener una mentalidad criminal. No sé cómo, pero he de descubrir a qué obedecen esos reproches. Indudablemente algo tienen que ver con lo que había descubierto Finch, y más todavía aún, con su propia muerte.

No quiero precipitarme. Indudablemente la verdad acabará aflorando a la superficie, pero me preocupa que esa violencia degenera de nuevo en un crimen. Y por otro lado, creo que el vínculo de su secreto es aún mucho más fuerte que la rivalidad que los separa. Muy posiblemente si les exigiera una explicación a su disputa acabarían confabulándose para inventarse una excusa insustancial. No sé qué esconden, pero lo averiguaré.

Capítulo 18

Hoy me he derrumbado. He pecado de ingenua y he sido infantil. Pensé que estar aquí iba a ser como trabajar en mi despacho de Chicago, solo que a varios miles de kilómetros de las personas que me hicieron daño.

No es así, o al menos no sólo es eso. También estoy lejos de los amigos que en los que podría apoyarme. Pensé que era mucho más fuerte... y no lo soy. He descubierto trágicamente que estar metida en un caso al cien por cien es imposible cuando tienes el corazón roto. Ya he pasado por momentos duros en mi vida y es verdad que a veces me he sumergido en el trabajo por entero y eso me ha ayudado. Pero aquí no están mis compañeros y colegas, no tengo con quién ir a tomarme un café a media mañana ni aparece el típico inspector echándome los tejos, como tenía varios en casa, haciéndome reír o lisonjeándome con piropos. Estoy rodeado de personas muy particulares, científicos, con una mentalidad completamente diferente a la mía, y lo que es peor, en los que no puedo confiar, son mis presuntos culpables... Y estoy obligada a convivir con ellos. Es demencial. Es como si me hubieran encarcelado. Ahora comprendo que estoy completamente fuera de mi medio.

Además... esa luz rojiza de Damocles... resulta insana, enfermiza. Es como si todo el puñetero planeta estuviera estropeado. Ya lo he dicho en otras anotaciones. Ahora que apenas hay luz del sol, el resplandor de esa luz que atraviesa el firmamento parece maléfico. La estepa helada lo refleja de una forma fantasmagórica. Tal vez sea una exageración mía, pero esa luz carece de la belleza de las auroras. Tiene un cariz frío, impasible, cortante como una guillotina implacable. Resulta completamente distinto de lo que recuerdo en la ciudad, rodeada de gentes, edificios y luces, tráfico y ruidos, ¡vida! En esta soledad y en este encierro, asomarse y descubrir un paisaje que pudiera ser alienígena es sobrecogedor. No parece que influya en el resto de habitantes de la estación polar, pero mi ánimo, que parece más sensible con el paso de los días, se viene abajo cada vez que me asomo a una ventana.

Hoy he estado visionando el videoblog del doctor Finch. Me ha llevado cierto tiempo ordenar los archivos que he recopilado de distintas fuentes. Pero... si quiero ser ordenada he de relatar los sucesos de la forma debida.

Como decía, hoy me he derrumbado.

Sucedió después del desayuno. Lo compartí con Bob y Diego, en silencio. La oscuridad del exterior era total y daba la impresión de estar trasnochando. Me costó desayunar. He tenido un sueño especialmente vívido y me sentía ausente aún en su presencia.

Cuando se fueron sentí que mis lágrimas inundaban mis ojos. Salí corriendo del comedor, un sitio donde siempre acaba apareciendo alguien, y me refugié en la cercana sala de cine, un cuarto relativamente acogedor con mullidos sillones y escasa luz, presidido por una pantalla de televisión relativamente grande. Me eché a llorar desconsoladamente tendida sobre el sofá. Me sentía infinitamente desgraciada y

abandonada. Lo cierto es que ahora me encuentro mucho mejor, pero en esa primera hora del día mi abatimiento era absoluto.

Tuve la desgracia de que apareció Megan. No deseaba mostrarme débil ante nadie por nada del mundo. Intenté secar mis lágrimas y serenar mi rostro, pero era un disimulo inútil.

—Creí oír algo —dijo de improviso Megan a mis espaldas. Dado que la puerta se encuentra en el fondo del salón no la vi llegar.

—Megan... —quise saludarla con normalidad, pero mi voz se quebró.

—Tranquila chiquilla... no tienes que explicarme nada. —Me sonrió con ternura y se sentó frente a mí, mirándome fijamente, como si con sus ojos claros pudiera transmitirme algo de calor y bondad.

—Hoy no me siento muy bien, Megan. No es buen momento para mí...

—No te preocupes. Aquí tengo todo el tiempo del mundo. —Negó con la cabeza y sonrió—. Siempre me decían que la mejor manera de sanar algo que nos hace daño es compartirlo.

—En el fondo es todo una gran tontería. No sé realmente por qué me siento así...

Esperó un rato a que me serenara. Decidí que no pasaría nada por desahogarme, aunque fuera levemente.

—Hoy he tenido un sueño... Muy vívido. He recordado una escena de mi niñez. Mi hermana y yo jugábamos en una playa del lago Superior. Mi familia pasaba los veranos en un pueblo justo al sur del lago, Marquette. No tiene nada de especial, salvo que está rodeado de bellos bosques de hayas y hay varias hermosas playas en las que nos encantaba ir a hacer picnics. Mi padre era un experto navegante y con un pequeño velero que alquilábamos solíamos recorrer la costa buscando bahías escondidas y playas donde fondear. Tengo muy hermosos recuerdos de aquellos tiempos.

—Estoy segura de que eso no puede provocarte dolor alguno.

—No, claro que no. Pero... hubo un día en el que sucedió algo desagradable... fue terrible, para mí. Me llevé un susto de muerte. De hecho, estuve a punto de morir.

—Me aclaré la garganta. Es difícil contar una anécdota que lleva sepultada dentro de mí tantos años. Sentí una liberación cuando decidí que se la contaría a Megan. De hecho creo que expresarla en voz alta me ayudó a superar el bajón de ánimo—. Después de haber navegado hacia el centro del lago y visitado el faro de la isla de granito, regresamos hacia el sur y recalamos en una pequeña isla que hay frente a la bahía de Partridge. Se trata de un islote con un bosque espeso. En los días de sol resultaba especialmente hermoso bañarse en sus aguas y después de almorzar quedarnos en silencio, somnolientos, oyendo el tronar de cigarras y grillos, o viendo a los pajarillos que se acercaban a dar buena cuenta de las migajas del almuerzo.

Mis padres se quedaron dormidos. Era divertido ver sus semblantes relajados e inexpresivos mientras Susan y yo les hacíamos cosquillas en las orejas o en la nariz. Pero cuando nos cansamos de ese juego fuimos a bañarnos. Era agosto y el mediodía

invitaba a refrescarse en el agua. Nos dirigimos a una zona de rocas desde las cuales solíamos saltar al agua, procurando hacer acrobacias distintas en cada intento. Me gustaba retar a mi hermana, intentar que fuera incapaz de seguir mis proezas. Solía hacerla sufrir cuando le proponía un reto que parecía más difícil que el anterior. En especial me gustaba buscar las rocas más elevadas desde las cuales saltar a las aguas cristalinas y zambullirme en ellas de cabeza. Susan se reía primero pero después me reprendía por mi irresponsabilidad.

Nunca habíamos estado en aquella parte de la isla. No había playas, sino que el granito formaba un agreste relieve antes de precipitarse vertiginosamente en el agua. Le reté a saltar desde allí, y como en anteriores ocasiones se inició un tenso debate sobre si era peligroso o no ese salto. Yo estaba decidida a saltar. Simplemente jugaba con mi hermana, con su indecisión y su sufrimiento. Cuando ya la había hecho sufrir bastante le reté a que me siguiera y me tiré de cabeza.

Fue una temeridad. Era demasiada la altura y poca la profundidad del agua. Podía haberme matado del golpe que recibí contra el lecho del lago, y aunque me libré de una rotura cervical crítica, podía haber muerto ahogada perfectamente, debido a que me quedé inconsciente. De hecho no recuerdo nada de lo que sucedió después del salto. Después me enteré.

Susan comprendió enseguida lo que había sucedido y que estaba en graves apuros y saltó detrás de mí. Para evitar golpearme en su caída debió de saltar sobre una zona aún con menor profundidad. Se rompió el tobillo..., pero aún así fue capaz de encontrarme y sacarme fuera del agua. Me salvó la vida. Ella, a cambio, se quedó para siempre con una leve cojera por aquella acción. Una cojera de la cual yo soy culpable.

Me quedé en silencio. Había hecho mi confesión. Un estigma que siempre había llevado conmigo y que, por alguna razón, me avergonzaba revelar. Ahora se había materializado de improviso más fuerte que nunca. Había soñado con ello. Me había alejado de los míos, pero, curiosamente, los tengo más presentes que nunca. ¿Qué clase de maldición es esa?

Megan me miró con una cara de infinita comprensión.

—Me imagino que se lo habrás agradecido mil veces a tu hermana... —comentó con su voz suave.

Negué con la cabeza. Susan y yo siempre habíamos estado muy unidas.

—No era necesario. Ella lo sabía.

Megan negó dulcemente con la cabeza.

—Nunca des por obvio las muestras de amor, cariño. Es un error terrible, imperdonable.

—Ahora mi hermana y yo... estamos un tanto distanciadas.

Megan me miró con inteligencia.

—Una distancia que no es solo física, creo entender.

Asentí.

—Bueno... es algo sobre lo que debes meditar. Tal vez exista una barrera entre ustedes, pero, ¿es incluso más importante que el hecho de que le debas la vida?

Sus palabras fueron como un mazazo. Aún tenía en mi imaginación los sentimientos revividos de aquella mañana de verano como si hubieran sucedido mucho más recientemente. Me sentí desagradecida e inmisericorde.

Aún así, no es tan sencillo. Ojalá lo fuera.

Capítulo 19

Extracto de Der Spiegel

Entrevista al Dr. Hans Lange

Por Karl Grosser

El desierto de Atacama en Chile, alberga uno de los mayores telescopios del mundo, de hecho ese es su nombre Very Large Telescope. Cinco estructuras cúbicas que miran a un firmamento privilegiado. La escasa humedad del desierto hacen de este lugar uno de los puntos más áridos del mundo y esto sin duda contribuye a que la calidad de la observación astronómica sea inmejorable. Se trata de un trabajo apasionante, pero muy distinto al paisaje y al ambiente en el cual ha crecido nuestro invitado de hoy, el profesor Hans Lange, oriundo de Baviera. Un hombre de mirada inteligente y muy cauto a la hora de responder a nuestras preguntas.

—Atacama es un lugar fantástico para observar el cielo, pero ¿qué hace un astrónomo alemán perdido por estas latitudes?

El doctor sonrío campechanamente. Su acento alemán se ha dulcificado con una leve entonación chilena y nos comenta que está aprendiendo español aunque todavía no «es demasiado bueno».

—Estoy contento de trabajar en uno de los observatorios más poderosos del mundo. La capacidad de este telescopio es asombrosa. Pasarán muchos años antes de que nuevas generaciones de telescopios le hagan sombra. A menudo la vida de los astrónomos nos lleva a buscar los rincones más apartados del mundo. Somos un poco ermitaños, sí.

—Aunque ahora las condiciones de observación han quedado seriamente mermadas por la Luz de Damocles...

Dejo caer el comentario y el semblante del profesor se ensombrece, pero finalmente sonrío.

—La Luz de Damocles es, además de una incógnita fascinante, un fastidio para todos los astrónomos que queremos cielos nocturnos sin interferencias lumínicas, obviamente. De todas formas ahora mismo no hay astrónomo en el planeta que no lo haya observado con sus instrumentos.

El profesor ríe satisfecho. Iba a seguir hablando del VLT, pero yo misma, al igual que el resto de los lectores de esta revista no podemos eludir el asunto de la Luz de Damocles.

—Ha dicho que efectivamente no hay astrónomo que se precie que no esté observando este misterioso haz de luz que no se sabe de dónde viene y a dónde va. ¿Esto es realmente así?

—Sí, así es. Sabemos aún muy poco del origen de este haz de energía. Nunca se

había observado nada parecido y su movimiento relativo respecto a nuestro sistema solar nos ha dejado estupefactos a todos. Pero estoy seguro que con el tiempo acabaremos descubriendo su misterio.

—¿Es cierto entonces que la Tierra va a pasar peligrosamente cerca del haz de energía? Como sabrá, hay varios astrónomos que han pronosticado esa eventualidad.

El profesor levanta la mano pidiendo paciencia.

—Me temo que aún es demasiado pronto para aventurar un hecho como ese. La técnica del paralaje estelar necesita que la Tierra avance en su órbita para establecer la posición precisa del haz de luz. Desde luego sería un hecho extraordinario y fortuito que la órbita terrestre cruzara con ese haz de energía. Las posibilidades deben ser ridículamente bajas.

—¿Podría explicarnos que es exactamente el paralaje estelar?

—Es una técnica que sirve para determinar la ubicación exacta de un astro respecto a nosotros. Se basa en observar un astro, o un punto luminoso del firmamento, en diferentes momentos del tiempo. La Tierra en su órbita alrededor del sol cambia de posición relativa respecto a lo que se observa, y al verlo desde distintos ángulos, somos capaces de determinar su situación relativa. Con tan poco tiempo transcurrido desde su aparición es imposible determinar la ubicación exacta del haz de luz, al menos con la precisión que se nos exige...

—Pero... y aquellos que están lanzando mensajes alarmistas de una posible colisión...

—Me temo que mucha gente tiene ansias de lograr titulares en los medios de comunicación. A veces la ciencia no está exenta de contar con amantes del sensacionalismo. Pero le puedo asegurar que las probabilidades de un evento tal resultan ínfimas. Todo lo más que puede suceder es que dentro de unos meses la Tierra se acerque al fenómeno y contemos con una Luz de Damocles aún más clara y visible en nuestros cielos. Eso siempre que antes no haya desaparecido de la misma forma fulgurante en la que la vimos aparecer.

—Entonces profesor Lange, ¿hasta qué punto es posible verificar a fecha de hoy la posición exacta de la Luz de Damocles?

—Bueno, la posición exacta aún se está estableciendo, si bien parece seguro que se encuentra en el interior de la órbita de Júpiter. Es lo único que me atrevería a decir con rotundidad.

(...).

Capítulo 20

Me siento preocupada. Me desconcierta la facilidad con la que me he desmoronado, y lo que es peor, lo vulnerable que me he sentido y que me ha permitido hablar con franqueza con Megan, mostrando mi debilidad... ¡He olvidado que ella es también sospechosa!

Nunca me había sentido así... pero por otro lado tengo la imperiosa necesidad de desahogarme, y no, no me sirve, por causas obvias, hablar con mi madre. Está todo hablado con ella y mi hermana. No, necesito compartir lo que me está ocurriendo aquí y ahora y eso es algo que me está vedado por completo con personas fuera de la base. Lo único que puedo hacer es mostrar mayor entereza la próxima vez que sienta todo ese dolor.

Pero lo que me ocupa ahora es la revisión del videoblog del doctor Finch. Nuevas piezas que añadir al puzle.

He visionado interminables horas de vídeo, la mayor parte de las cuales son parafernalia científica, en la que inserta divagaciones, gráficos, medidas, y disertaciones que no entiendo ni me preocupa entender. Sin embargo en una de las grabaciones se produce un cambio inesperado en su actitud. Deja de hablar de ciencia y empieza a comentar furibundo una contrariedad que ha sufrido. Bueno, creo que me voy a limitar a transcribir el texto del videoblog. Es de hace aproximadamente un mes, un par de semanas antes de su asesinato. El doctor muestra una expresión cansada y tarda en hablar. Está en su camarote, con un jersey de cuello alto y mira a la cámara a través de sus gafas de montura metálica, solemnemente. Diría que está conteniendo la ira... o la frustración. Sus sienes parecen enrojecidas y es fácil adivinar que algo ha sucedido.

—Los detectores han dejado de registrar neutrinos de alta energía, súbitamente, sin previo aviso. El ratio de detecciones por hora ha caído a cero de improviso. Resulta absolutamente incomprensible... y francamente, me siento decepcionado. No encuentro explicación. He hablado con cada uno de los capullos que tengo bajo mi mando y todos niegan haber manipulado los equipos o haber alterado el software, pero lo cierto es que... la única explicación que encuentro es que alguno de ellos haya metido la pata, o se trate de una labor deliberada de sabotaje. Es tanta casualidad. Justo cuando acabo de comunicar a la Casa Blanca que tal vez podría determinar el grado de peligrosidad que entraña para la Tierra la Luz de Damocles... sucede esto. El IceCube es el instrumento que me estaba permitiendo conjeturar la verdadera naturaleza del fenómeno, ¡y cuando los datos parecían corroborar la teoría, sabotean las mediciones! —El doctor Finch descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa, tan inesperadamente que di un respingo en mi silla—. Quizás resulte prematuro ahora formular mi hipótesis... —El doctor suelta aquí varios improperios y blasfemias. Sus mejillas se quedan rojas como la grana. Después de respirar fatigosamente va recuperando la compostura. Mira hacia otro lado, parece que se ha

olvidado que la cámara le está grabando. Este tipo de situaciones es muy habitual en el doctor, y más de una vez ha dejado la webcam grabando y al cabo de un tiempo, a veces horas, retoma el hilo de lo que decía. Sin embargo ahora, después de varios minutos en silencio, se vuelve hacia la cámara. Su mirada sigue siendo obstinada—. Sospecho que existe un saboteador, sí. Me ha costado decir esto... pero es algo que al principio me negaba a creer, ahora ya no estoy tan seguro de que no sea así. Diego... sí, ese hispano me dijo algo de que había un intruso en la base, o que lo sospechaba al menos. Hace unos días han abandonado la estación la mayoría de sus operarios. Pobrecitos... tienen miedo y quieren irse a casa con sus mamás, como si estar aquí o allá fuera a cambiar en algo lo que tenga que suceder. —El profesor ríe con sarcasmo y vuelve a soltar varios epítetos destinados a los que se han ido—. La base ha quedado con menos efectivos que nunca antes. Dos operarios para funciones de mantenimiento, mi equipo de ineptos del IceCube... ah, y esa chica que me cae fatal, Megan. ¡Por Dios! No hay nada que odie tanto como esas personas que se las dan de ser empáticas, modosas, pero capaces de soltarte la lengua y hacer que cantes toda tu vida y milagros. Una mierda le voy a contar a esa chiquilla lo que yo pienso, hago... o sufro.

El doctor volvió a sustraerse en sus pensamientos. Mantenía la mirada fija en la colcha de su cama, pero estaba claro que su mente estaba a años luz de allí, a saber divagando en qué ideas.

—Sí, es posible que el saboteador no sea nadie de mi equipo... tiene que ser alguien de fuera. Eso explicaría la sensación que he experimentado en ocasiones de percibir a alguien rondando y que no podía ser ninguno de los que permanecemos aquí. Lo que no sé es si cuenta con ayuda de alguien de dentro. ¿Qué puede perseguir un saboteador? ¿Y de quién obedece órdenes? ¿De una potencia extranjera? Parece absurdo... pero está claro que saber cuál es el origen y la naturaleza de la Luz de Damocles puede ser crucial a la hora de tomar determinadas decisiones e incluso... Pero... no estoy pensando con claridad. Lo primero que debo hacer es confirmar la presencia del intruso. Después ya se verá lo que se hace. Pero juro que he de ver el IceCube operativo de nuevo.

De improviso la mirada del profesor vuelve a fijarse intensamente en el objetivo de la cámara.

—Sí, nadie me arrebatará justo ahora la gloria de este descubrimiento. Nadie.

Capítulo 21

Después de ver el videoblog quise hablar con Thomas y le he llamado. Viene para la oficina que utilizo de cuartel general, un despacho agradable cerca de una de las entradas de la base, en el extremo opuesto a la denominada «lata de cerveza», que está junto al comedor. Es una zona poco transitada y tranquila... aunque siendo tan pocos en la estación, realmente cualquier despacho reúne estas características.

Respecto a Thomas es necesario que me aclare unas cuantas cosas. Me doy cuenta de que el epicentro de toda la historia se desplaza hacia la investigación que se desarrolla en el IceCube, así que, mal que me pese, resulta imprescindible comprender mejor la naturaleza de su investigación. Estoy repasando todo lo que tengo hasta ahora y cada vez que pienso que mañana mismo deberé tener una nueva charla con Reynold... ¡qué horror! No me apetece nada dar cuenta de todas estas conjeturas. Ojalá pudiera puentearlo. Lo peor es que no tengo siquiera un sospechoso claro y aún sigo negándome a dar el nombre de Thomas como presunto culpable. Sé por experiencia lo difícil que resulta apartar el foco de atención de un primer objetivo, por muy claras que resulten después las evidencias de que es inocente. Y no me fío nada de Reynold. Filtraríala noticia a todos cuantos considerase que le vendría bien hacer un favor... y eso incluye a medios de comunicación. Estaría juzgado y condenado sin ni siquiera haber tenido un juicio justo. Sí, es una sanguijuela sin escrúpulos. Ya lo he dicho. Espero no arrepentirme por poner este juicio de valor.

* * *

Thomas ha estado conmigo.

Realmente no sé lo que me pasa, cómo puedo perder los papeles de esta manera. Carezco del más mínimo equilibrio emocional. Sí, es atractivo, me gusta... tiene muchas cosas interesantes, pero... no me reconozco a mí misma. Estoy completamente desorientada y debería tener la cabeza tan fría como la temperatura antártica, menos cincuenta grados centígrados bajo cero. Pero no, la verdad es que tengo la cabeza en estado de ebullición.

Iré por partes.

Thomas se presentó a la media hora de requerirle. Estaba en el observatorio, en el IceCube. No es mucha la distancia a recorrer, pero hay que comprender el proceso que implica pertrecharse de la indumentaria para atravesar el medio kilómetro de hielo que nos separa, aún yendo en motonieve. El protocolo de vestirse y desvestirse es laborioso. No es como ponerse una blusa y un suéter y salir a la calle a dar un paseo.

—Thomas, necesito que me expliques con más detalle lo que investiga el

IceCube. —Le propuse según llegó a mi despacho. Lo cierto es que la espera me había logrado impacientar.

Se sentó entonces en un sillón confortable, frente a mi mesa de escritorio. Se había preparado un sándwich que masticaba con energía y acompañaba el pequeño ágape con un tazón de leche humeante.

—Creí que no te interesaba adentrarte tanto en la jerga científica —me repuso no exento de ironía. Al parecer le hacía gracia el evidenciar que las circunstancias me empujaban a un terreno al que resultaba notable mi antipatía.

Asentí con fastidio y él amplió su sonrisa.

—El IceCube tiene dos objetivos primordiales, Lucille. Por un lado puede ser un instrumento que verifique alguna de las conjeturas que vaticina la Teoría de las cuerdas. Por otro lado también servirá para determinar con mayor definición el origen de los brotes de rayos gamma de alta energía.

Le miré de hito en hito.

—Eso ya me lo habías dicho antes. ¿Cuál crees que es más importante? ¿Cuál implica mayor gloria o reconocimiento?

Chasqueó los labios y después tomó un largo sorbo del tazón. Me miró con sus ojos claros, inmutable.

—Para el origen de los rayos gamma, aún siendo interesante, ya contamos con teorías y algunas certezas que este experimento ayudará a confirmar. Sin embargo, muchos especulan que tal vez la Luz de Damocles pudiera estar vinculado a algún evento generador de rayos gamma absolutamente inusual. Si se encontrara una relación está claro que sería la bomba.

—Explícame eso mejor.

—Veamos. Como sabes, la vida de las estrellas es finita, y en función de su masa, su muerte es relativamente plácida o explosiva. —Le miré con cara de pocos amigos, pero él continuó con su explicación—. No me extenderé, te lo prometo. Las estrellas como el sol terminarán como nebulosas planetarias. Es cuando llega un punto en que la gravedad no es capaz de contener la fuerza de la fusión del núcleo de la estrella. Esta se va inflando hasta convertirse en una gigante roja que finalmente se desvanece como una pompa.

—Interesante.

—Las estrellas diez veces más masivas que el sol sin embargo tienen un final más exuberante. Explotan. La gravedad vence a la fusión, y cuando la estrella agota su combustible la gravedad comprime tanto la estrella que sus átomos del núcleo se apilan en una fracción de segundo como si se tratara de un muelle formidable... que finalmente estalla. Tenemos una supernova.

—Interesante —repetí por segunda vez, pero esta vez con fastidio.

—Y por último estrellas cien veces más masivas que el sol. Cuando se agota la fusión la gravedad crea directamente un agujero negro en el corazón de la estrella. Este intenta engullir toda la masa de la estrella, y el vórtice que se genera es de una

potencia tal, que lo que no cabe en el cuello de botella que se forma es expulsado casi a la velocidad de la luz. La estrella revienta. Es una hipernova. Se genera una cantidad de luz y energía brutal. Los rayos gamma están ligados a esos haces de energía que brotan del agujero negro.

—Y... ¿esos haces podrían ser la Luz de Damocles?

—Algunos piensan que sí, aunque sería de una forma y condición muy diferentes de los observados hasta ahora.

Me quedé pensativa. No había olvidado que había otra elucubración asociada al IceCube. Le animé a que retomará el hilo.

—Sí. Es sin duda con la Teoría de las cuerdas con el que el experimento del IceCube, caso de confirmarse, se cubriría de gloria y pasaría a los libros de historia.

—A su director, querrás decir.

Me miró intrigado.

—Quiero decir que quién se cubrirá de gloria será el director del experimento. Ahora, si no me equivoco, esa persona serías tú, ¿no es así?

Movió la cabeza con abatimiento.

—Ya te dije que no persigo ningún género de gloria.

—Sí, pero no puedes obviar lo evidente. Te sitúas en la escena del crimen, tienes un buen móvil, y tú mismo aseguras que crees que pudiste ser tú mismo. La verdad, no me lo estás poniendo nada fácil. Si fuera Agatha Christie ahora mismo serías el principal candidato a reo carcelario, el marido que cobra el seguro por la muerte de su esposa. Un caso claro. —Concluí con enfado.

Me miró intrigado y sonrió, feliz.

—Me parece increíble lo que estoy viendo... pero a pesar de todas las evidencias que acabas de enumerar... me crees inocente.

No supe qué responder a eso y callé. Él se levantó y se acercó hacia mí, escrutándome y hablando como en susurros; «no puedo creer lo que ven mis ojos» musitó.

Cuando estuvo junto a mi silla se inclinó y ante mi sorpresa besó mis labios. No supe qué hacer ni cómo reaccionar, y el beso se prolongó, cálido, hasta que finalmente se retiró hacia atrás. Parecía absolutamente complacido.

—Me alegro de que yo te guste. Lo cierto es que tú también me gustas a mí.

Dicho esto regresó a su sillón y dio un mordisco a su sándwich. Por mi parte creo que estaba completamente sonrojada. Fue él el que retomó el hilo de la conversación, por cierto, como si nada hubiera pasado y por fortuna para mí, porque mi voz se me habría quebrado caso de haber tenido que decir algo. Mientras escuchaba el discurso sereno de Thomas aún no había decidido si mostrarme disgustada o enfadada por lo ocurrido. La conversación acabó por hacerme olvidar este dilema.

—Uno de los hallazgos que esperamos tener en el IceCube es una repentina lluvia de partículas como consecuencia de la evaporación de un microagujero negro. La teoría de las cuerdas predice la existencia de un determinado tipo de neutrinos de alta

energía, que al colisionar con la materia, hecho este siempre altamente improbable, produciría un microagujero que al evaporarse instantáneamente descargaría una llamativa explosión de partículas. Si fuéramos testigos de algo así estaríamos viendo la evidencia de la existencia de múltiples dimensiones.

—¿Múltiples dimensiones? ¿Qué quieres decir exactamente con eso y qué tiene que ver con la teoría de las cuerdas?

—Muy sencillo. Es una de las predicciones de dicha teoría, la existencia de once dimensiones en nuestro universo. Si comprobamos que existen más de las cuatro dimensiones conocidas estamos obteniendo la primera prueba empírica de una predicción de esa teoría. Es una consecuencia del modelo matemático que soporta dicha teoría, once dimensiones, de las cuales solo conocemos o experimentamos cuatro.

—¿Y qué pasa con el resto? ¿Dónde están?

—Comprimidas a un nivel indistinguible para nosotros, Lucille. Están ahí, pero de una manera que escapa a nuestra comprensión. Lo importante de la teoría de las cuerdas es que resolvería la incompatibilidad aparente entre la relatividad y la mecánica cuántica. Sería toda una revolución de la física.

—Entiendo.

Tardé unos segundos en formular la siguiente pregunta.

—¿Y sabes si el doctor Finch descubrió esa repentina lluvia de partículas?

Negó con la cabeza.

—Por lo que sé el doctor Finch alteró el funcionamiento de los sensores y aumentó significativamente la detección de neutrinos de alta energía, pero que yo sepa nunca descubrió la evidencia derivada de una reacción de colisión en las condiciones que predice la teoría de las cuerdas. Después la detección de partículas se redujo hasta volver a la normalidad y el doctor se derrumbó primero... y después se encolerizó.

—Sin embargo, hay un hecho que me ha intrigado descubrir. El incremento de detecciones de neutrinos de alta energía coincidió con la aparición en el cielo de la Luz de Damocles...

Parecía una coincidencia obvia, pero la reacción de Thomas me sorprendió. Hubo algo en su expresión que cambió levemente. Dejó de masticar durante una fracción de segundo, como si hubiera oído algo que no esperaba oír.

—Así es... me sorprendes. Es una coincidencia llamativa y has sido observadora al darte cuenta de ello tan rápidamente. Al doctor Finch creo que le llevó más tiempo que tú darte cuenta de dicha coincidencia... él la había asociado a su nueva configuración de los sensores.

—¿Y qué puedes añadir al respecto?

Se limpió la comisura de los labios con los dedos. Acababa de terminar su sándwich y parecía pensar bien lo que me iba a decir.

—Poco puedo añadir a eso, Lucille. El doctor era exasperadamente reservado

respecto a todos los datos del experimento. Quería el control exclusivo. Podía haber disputado con él ese acaparamiento de información, pero sinceramente, no tenía interés en iniciar una guerra académica, y menos con un individuo tan exasperante como él. Estoy de vuelta de muchas cosas, Lucille. —Sonrió un tanto tristemente.

—Sin embargo al final, por lo que cuentas, el conflicto resultó inevitable, ¿no?
Asintió lúgubre.

—Así fue...

—¿Cuáles son los detalles de ese conflicto, Thomas? Necesito que me lo aclares hasta el último punto. ¿Qué quería hacer con los láseres exactamente?

Thomas movió la cabeza, negando.

—Lucille, creo que el doctor perdió la cabeza. Cuando el experimento dejó de funcionar como esperaba se obsesionó con la existencia de un intruso... un saboteador. Creo que intentaba tenderle una trampa.

—¿Una trampa con unos láseres capaces de cortar hielo como si fuera mantequilla? ¿No había otra forma, otro método? ¿Los láseres no son peligrosos?

—Sí, bastante. Por eso llegado a ese punto dije basta y me planté. Una cuestión es que quiera manejar un experimento de millones de dólares como si fuera su juguete particular. Otra bien distinta ponernos a todos en peligro creando no sé qué tipo de trampas con un instrumento que puede matar...

—Como así fue finalmente —sentenció yo, seria.

—Como así fue finalmente —repitió el lúgubremente.

Nos quedamos un rato en silencio sin comentar nada más. Había algo que había dicho que me rondaba la cabeza, pero no había detenido la conversación en el punto que me habría interesado y ahora un detalle importante parecía que se escapaba entre los dedos. Cuando dejé de permanecer abstraída, me di cuenta de que Thomas ya se había retirado.

Capítulo 22

No he podido pegar ojo. Sopla en el exterior una intensa ventisca. Al parecer la Antártida es el continente más ventoso del planeta y no me extraña. He estado contadas veces en el exterior y poco me apetece repetir la experiencia, pero no había visto hasta ahora lo que al parecer es habitual por aquí, un viento intenso, tan fuerte que parece que la mismísima estructura del complejo se mueve. A pesar de todo el aislamiento, siento la vibración de las embestidas como si fuera el mar cargando contra el espigón de un puerto.

Pero si no he dormido no ha sido por la tormenta del exterior.

He tenido a Thomas presente toda la noche. Lo que sucedió ayer tarde es algo que no consigo pasar página. Es como si me hubiera atragantado con el hueso de una aceituna y estuviera a punto de asfixiarme. ¿Cómo ha podido ser tan increíblemente osado de besarme de esa manera? Pero lo que me resulta aún más inquietante es que no se lo impidiera. Incluso aduciendo que me tomó desprevenida, podía haber interrumpido su acción, empujarle, gritar o darle una bofetada... pero no, esperé como una colegiala al final, y para colmo no dije nada. No me reconozco. Si mis compañeros de comisaría me vieran así no se lo creerían. Yo, que ponía a todo el mundo firme si alguien hacía simplemente un comentario o una insinuación picante... y soy incapaz de refrenar al que parece ser principal sospechoso de un crimen. Me pregunto si no estoy perdiendo la objetividad en este tema, si no es evidente que es Thomas el autor del asesinato, pero que inducida por él, por la debilidad que siento hacia él ahora que soy tan vulnerable, sólo veo lo que quiero ver, y esto es a Thomas libre de toda culpa.

Gran parte de la noche la pasé con esas consideraciones. Pero no fueron las únicas. El beso también sirvió para darme cuenta de que mi corazón sigue perteneciendo aún a Adrian, por más que me pese. No pude evitar pensar en él gran parte de las horas de sueño.

Creo que intenté hacer una comparación, por supuesto de algo incomparable. Me refiero a cómo se inició mi relación con Adrian, y establecer algún paralelismo, si lo hubiera, a la que parece pretender Thomas... y a la que por supuesto, he de poner fin de inmediato.

Pero, sí, es cierto. No he podido evitar entretenerme en la comparación y eso me ha llevado a recordar cómo conocí a Adrian. Al menos es una parte de mi pasado que miro con simpatía y cariño.

* * *

Estamos en agosto, en el parque Millenium de Chicago, un atardecer plácido, sin viento y con el cielo limpio de nubes. Me encuentro en el Cloud Gate, una escultura

voluptuosa y de brillo metálico, como una enorme gota de mercurio que refleja todo como un espejo y que es popularmente conocida como *the bean*, la alubia, por su forma. Es una cita a ciegas.

En estos días se celebra el festival de música clásica de Chicago y los alrededores de la escultura hierven de gente. Las explanadas del parque están abarrotadas y uno de los numerosos conciertos está a punto de empezar. El trasiego de público alrededor de la escultura es enorme. Yo busco a un chico con una gorra de béisbol roja. Al fin lo localizo. Es él.

Nos hemos conocido en internet, en una web de relaciones de pareja que nos asegura que somos compatibles al noventa por ciento. Hemos chateado y nos hemos leído mucho en las tres últimas semanas para finalmente habernos decidido los dos a quedar y conocernos en vivo. Cualquiera que me conozca dirá que no es propio de mí, y es cierto. Ha sido Susan la que me ha liado con estas cosas. Dice que siempre estoy metida en mi trabajo y en mi carrera de inspectora. Soy la más joven en el cuerpo en lograr ese título. Competir con compañeros más veteranos y mantener un nivel intachable me exige tiempo, con lo que se resiente mi vida personal. Así que cuando me he dado cuenta, ella ya lo había organizado todo. Mi perfil estaba configurado y recibía numerosas solicitudes.

Stephan es su nombre del chat. No sabría reconocerlo, no hemos puesto nuestras fotografías, pero tengo una idea aproximada de cómo es él.

Y allí aparece. Lleva efectivamente una gorra roja, como habíamos convenido, y tiene aire despistado, pero es guapo y resulta interesante. No parece nada nervioso, todo lo contrario, seguro de sí, como si fuera un plan al que está habituado y del que piensa disfrutar desde el primer minuto, no como yo, que me siento como un flan. Cargo una mochila negra, pequeña, a la espalda. Lo previsto es hacer un pequeño picnic escuchando un concierto de Mendelssohn, así que agito la mochila para que me vea, pero él, aunque me ve entre la gente, no se da por aludido. Tan tranquilo que me resulta asombrosa su calma. Me acerco sonriente y me encaro con él.

—Caramba, parece que estás la mar de tranquilo.

Él me sonríe espléndidamente. Resulta encantador.

—Sí, habitualmente suelo estar tranquilo... salvo cuando tengo lío en el trabajo.

Me responde con amabilidad, aunque noto en su cara una leve desconfianza. Quizás sea demasiado atrevida, no la típica chica recatada que tal vez esperaba encontrar. Me pregunto si mi aspecto le esté decepcionando. Yo sería la primera sorprendida. Siempre los hombres me habían catalogado como una mujer atractiva y aunque esté mal que lo diga, no tengo ninguna duda al respecto. Estoy en forma y mis rasgos delicados hacen de mí una mujer guapa. No tengo reparo en decir esto porque no soy vanidosa, así que me sorprende la sangre fría de Stephan, que parece que va a seguir de largo, como si yo no le conviniera o no fuera lo suficientemente atractiva o interesante para él.

—¿Eh? No me dirás que he preparado esta comida para nada, ¿verdad? —Le

increpo.

—Espero que no —me responde con aprensión.

—Pues te aseguro que me he tomado mi trabajo para que ahora desaparezcas como si nada.

—No pensaba desaparecer como si nada... —me dijo lentamente mientras deshacía el paso que estaba a punto de dar para alejarse de mí. Volvía a sonreír, divertido.

—Eso quiero creer —le espeto yo—. Pareces muy seguro de ti mismo. ¿Sueles comportarte así con las mujeres, dándoles a entender que vas sobrado?

Me encanta Stephen. Tiene una sonrisa simpática, pero parece un tanto desconcertado, indeciso. No parece mal tipo y sus ojos brillan divertidos, como si fuera un juego cuyas reglas está descubriendo sobre la marcha. Por mi parte es la primera vez que me cito con alguien de esa manera... y me digo a mí misma que también va a ser la última, termine como termine.

—¿Sueles hacer esto a menudo? —Me pregunta.

—No por supuesto que no. Es la primera vez, la verdad.

—Y... ¿cómo es que... te has decidido hoy?

—Bueno, algún día tenía que ser, la verdad. Mi trabajo no me deja mucho tiempo para relacionarme. —Ya se lo había contado por el chat, pero parecía un tanto despistado. Los nervios, pensé—. Soy policía.

Asintió.

—Me resultas fascinante.

—Gracias —respondo.

—Así que... vienes aquí, donde hay un montón de gente... y te presentas ante mí...

—Por supuesto. Llevas una gorra roja. En cuanto la vi me dije, «este tiene que ser» —le sonrío, pero aunque me parece encantador, también empiezo a pensar que se comporta como un cretino.

—Ah, claro... «este tiene que ser»... «la gorra roja» —repito como fascinado mientras se lleva una mano a la gorra, como para verificar que existe, que la lleva puesta.

Me mira pensativo, pero ya estoy cansada de tanta presentación. Le agarro del brazo y tiro de él. Habíamos quedado para un picnic en el parque. Música clásica del festival como melodía de fondo y la *skyline* de la ciudad de escenario, y la verdad es que me sentía un tanto impaciente. La puesta de sol llegaba a su momento álgido y en mi *timing* ese momento requería disponer ya de un brindis con vino tinto.

La verdad que salvo esa presentación un tanto fría, la noche resultó sensacional. Ambos sentimos que fue un flechazo.

Mi desconcierto llegó al día siguiente cuando recibí un correo del verdadero Stephan quejándose de que había ido al lugar convenido a la hora de la cita pero que no había aparecido. Se sentía dolido.

Capítulo 23

Hoy he descubierto algo curioso. Revisando grabaciones de seguridad he encontrado un extraño patrón en una de las cámaras. Se trata de la que cubre la sala del generador eléctrico. Es un amplio almacén subterráneo, construido justo bajo la base, al que se accede por la «lata de cerveza». Un motor alimentado por gasoil, creo, alimenta un generador eléctrico. Una pequeña chimenea exhala los vapores de la combustión. Hay un ruido horrible y la temperatura es algo más elevada que los menos treinta grados centígrados habituales en los compartimentos excavados en el hielo. Allí se acumula también el combustible que alimenta el generador. Una serie de gruesos cables llevan la electricidad a la estación y observatorios cercanos, incluido el IceCube. Jonas me la mostró el primer día de estancia aquí y no le presté excesiva atención. Es una de las escasas zonas de la base cubierta con videovigilancia debido a que se trata de una instalación sensible. El sistema de calefacción depende de que la central funcione sin incidencias.

Bien, he descubierto una serie de secuencias que están borrosas, exactamente de la misma manera que la cámara que cubría la escena del crimen. Han sido saboteadas. Es curioso porque no se trata de un simple borrado. Muestran una interferencia, como si se hubiera colocado algún género de dispositivo electrónico que interrumpiera el suministro de vídeo. Claro está, que aquí, rodeado de científicos expertos, cualquiera sabría exactamente cómo obrar una interrupción similar. Sin embargo me ha llamado poderosamente la atención ese hecho. Y no sucede siempre. A menudo la cámara se activa cuando Bob o Diego acceden a la central a revisar los niveles de combustible o verificar el arranque del grupo electrógeno de emergencia, regularmente cada uno o dos días. Con frecuencia las horas de las interrupciones son intempestivas, de madrugada, aunque también hay otras que suceden a media mañana, en horarios más normales. No puedo evitar pensar que tal vez se trate de la presencia de nuestro intruso. Debe saber qué estancias cuentan con cámaras y antes de acceder a las mismas toma precauciones para que no pueda ser visto. En ese caso mi esperanza de descubrirlo a través de este sistema se desvanece.

Sí, pienso en un intruso porque, de lo contrario, ¿qué sentido tendría para un residente borrarse de las grabaciones de una forma sistemática? Pero también me pregunto, ¿qué hace un intruso en la central de energía? Hoy mismo pienso inspeccionar el lugar sin falta.

* * *

Esta mañana también he dado una vuelta por la base. Quería curiosear y también revolver un poco entre las pertenencias de los residentes mientras cada cual está liado con sus faenas. Es curioso porque siendo tan pocos en la base nuestras habitaciones

no pueden estar más desperdigadas. Como decía inicialmente en mi diario, la base son como dos quillas de barco unidas y suspendidas en el aire por fuertes pilares de metal, y adosados a uno de los laterales de esta doble quilla, se acoplan cuatro módulos complementarios. Los dormitorios se encuentran en dichos módulos, pero existiendo cuatro de dichos módulos con dos plantas cada una, se da la circunstancia de que ningún residente tiene un vecino cercano. La intimidad es casi absoluta, tanto, que da miedo.

Ninguna habitación está cerrada con llave, lo cual es una suerte. La de Thomas fue la primera que encontré, justo debajo de mi módulo. No es excesivamente ordenado, que se diga, pero una inspección superficial no me ha permitido hallar nada sospechoso. Lo cierto es que tampoco sé lo que busco. Revolví en sus ropas, cajones y escritorio, sin ningún resultado.

La de Soren resultó ser una estancia de un orden exquisito. La cama estaba hecha impecablemente, la ropa pendía de las perchas como acabada de planchar y su escritorio lucía immaculado, con un portátil en su centro, cerrado e impoluto. Los cajones del escritorio eran otro ejemplo de orden exquisito. No me extrañó, por lo poco que conocía.

Jonas sin embargo parecía vivir en una leonera. A saber cuándo había sido la última vez que había cambiado las sábanas. La ropa estaba tirada por el suelo, incluso el portátil. Se ve que lo usaba tumbado en la cama y cuando terminaba lo dejaba en mitad del estrecho pasillo de la habitación. Encontré marihuana en su escritorio. Tampoco me extrañó demasiado, aunque no recordaba haber visto ningún síntoma de su consumo en él. He tomado nota para estar atenta.

Las habitaciones de Diego y Bob estaban cerca la una de la otra, en el mismo pasillo de la planta baja de uno de los módulos de dormitorios. Nada que mencionar en especial de ninguno de los dos, salvo que Bob tenía sobre su escritorio un corcho salpicado de fotografías familiares. No sabía que tuviera familia, por lo que resultaba extraño que eligiera permanecer en la base en los meses más duros del año, para colmo alejado de su mujer y dos pequeñas rubitas que parecían estar alegres en todos y cada uno de sus retratos.

A Megan la encontré tumbada en su cama. La puerta del dormitorio abierta. Afortunadamente no entré sin llamar. Habría resultado desagradable.

Le pregunté cómo se encontraba. Daba la impresión que estaba enferma, o tal vez cansada.

Me miró y sonrió levemente.

—Hoy no me encuentro demasiado bien. He estado trabajando un poco, pero he venido a descansar un rato. La verdad, tampoco tengo tanto que hacer. Me apetecía más charlar con alguien, me alegro que hayas aparecido por aquí.

La habitación estaba tan ordenada o más que la de Soren. Ni siquiera había ningún efecto personal a la vista. Era la máxima discreción. «Poco femenina», pensé recordando mi propio camarote, con ropa dispersa aquí y allá.

—¿Cuánto tiempo llevas en la base? —pregunté por iniciar un tema de conversación mientras me tomaba la libertad de sentarme en la silla del pequeño escritorio.

—Más tiempo del que me gustaría. Esto se me ha hecho más grande de lo que pensaba. Venirse a un lugar así puede tener un aire de romántica aventura... pero una vez te das cuenta que salir a pasear al exterior es una temeridad y que todo se reduce a unos pocos pasillos y a una convivencia exigua con unos compañeros científicos, muy brillantes en su campo, pero con los que tienes pocos elementos en común... Creo que al venir aquí esperaba encontrar algo distinto.

Asentí. En gran medida sentía empatía por Megan. Mi situación era muy parecida, salvo que las condiciones de mi estancia divergían profundamente. En mi caso no se trataba de «compañeros científicos» sino de sospechosos de un crimen.

Megan pareció darse cuenta de mis cábalas y me sonrió. Me dio la impresión de que iba a tomarme la mano, como para consolarme pero hizo una mueca, como si sufriera una migraña, y optó por mantenerse tumbada en la cama.

—Te comprendo perfectamente, Lucille. Tiene que ser una situación muy dura la tuya. Estás lejos de los tuyos... además de encontrarte sola ante el peligro. Me imagino que estarás tanteándonos a todos. Cualquiera puede ser un asesino... eso es cierto.

Asentí de nuevo.

—De todas formas no debes descartar hasta la hipótesis más inverosímil. No quiero que esto sirva para descartarme pero... existen otras posibilidades, ¿no crees?

—¿Un accidente? Podría estar de acuerdo si no fuera por una serie de circunstancias sospechosas, como por ejemplo el hecho de que la videocámara que grababa la estancia donde se produjo la tragedia estuvo sabotada, y la grabación esté estropeada.

Megan levantó la mano para que me detuviera.

—Por supuesto que no quiero meterme en tu investigación, ni tienes que justificarme nada, por favor. Simplemente creo que... a veces la realidad es mucho más compleja de lo que creemos. Siempre queremos simplificarlo todo y comprender las cosas con un razonamiento sencillo. Me temo que somos mucho más complicados que un simple teorema.

Hizo una pausa y ambas nos quedamos en silencio. Por la ventana una tímida claridad de mediodía permitía ver la nevada arrastrada por el viento. Según me había comentado Diego esta misma mañana, el sol apenas despuntaba en el horizonte por última vez.

—Estuve pensando en lo que me contaste el otro día. La distancia que ha surgido entre tú y tu hermana... pero después me di cuenta de que una simple disputa fraternal no es causa suficiente...

—¿Causa suficiente?

—Sí, para haberte alejado de tu entorno y tu familia. Tengo la impresión de que

algo te atormentaba y elegiste este destino. De todos es sabido que aquí nadie se vendría *motu proprio*, salvo una fuerte motivación, en la mayoría de los casos científica, o incluso impulsada por un romanticismo novelesco. Pero justo ahora, cuando nadie quiere permanecer alejado de sus seres queridos, ni siquiera los más enrabiados científicos, por el temor auspiciado por la Luz de Damocles, tú lo dejas todo atrás y te aventuras a meterte en una jaula en mitad del hielo, y además aceptas encerrarte con un asesino. Creo que se debe tener o una ambición desmedida para algo así..., o un afán de destierro más que notable. Y presiento que te encuadras en este último término.

Megan me sorprendía. Tendría que buscar en su currículum si tenía la licenciatura de psicología.

—Tal vez sea un poco de cada cosa —respondí con la boca seca.

—Me lo figuraba. —Respondió mientras cerraba los ojos y se quedaba callada. Por un momento pensé que se había quedado dormida, así que después de un rato de silencio me dispuse a abandonar la habitación cerrando la puerta sigilosamente tras de mí para no despertarla.

—El sufrimiento nos hermana a todos —dijo con serenidad. Después abrió los ojos y me miró con dulzura—. A menudo pensamos, estamos convencido de ello, que nuestro sufrimiento no tiene parangón, es inigualable, y una especie de Injusticia Universal se ha cebado con nosotros... pero el sufrimiento es inherente a la consciencia, al pensamiento, a la inteligencia. Es la trampa que estaba oculta en la manzana de Eva.

—Una consideración metafísica muy interesante.

—Si el sufrimiento te ha traído hasta aquí... deberías darte cuenta de que no es algo que se resuelva por una cuestión tan simple como estar en un sitio o en otro, como ya has debido constatar.

La miré seria, y ella, al darse cuenta de que sus palabras habían dado en la diana, rio levemente.

—Lucille, tengo más años que tú. He meditado lo suficiente sobre las cosas de la vida para darme cuenta de eso. Por supuesto que podría sacar otros temas de conversación, como por ejemplo, si determinado color de uñas no te resulta fascinante, o la ropa de determinada franquicia comercial es lo «más»... pero me he dado cuenta de que el tiempo de vida es finito, mi estancia aquí limitada, y tal vez, hablar de cuestiones superficiales sea una pérdida absoluta de tiempo, cuando hay otras cuestiones verdaderamente importantes, ¿no crees?

Asentí, esta vez más relajada.

—Si no te importa Lucille, ahora me gustaría descansar un rato... Si me dispensas.

Esa fue mi conversación con Megan. Como siempre, electrizante, una verdadera terapia de choque. Era como si hubiera abierto mi corazón y lo hubiera diseccionado delante de mí, mostrándome los coágulos que había que extirpar. Pasó un buen rato

hasta que me di cuenta de que ya no me encontraba tan mal como antes.

Capítulo 24

He estado a punto de morir. Aún siento las secuelas en mi carne.

Todo ha sido extraordinariamente rápido y precipitado. Pero debo ir por partes.

Esta mañana seguí la rutina de trabajo de mis últimos días. Repasando testimonios, buscando inconsistencias, he dibujado un diagrama del día fatídico en el que he vuelto a trazar los horarios de cada uno de los residentes así como de sus movimientos. A cada cual le he asignado un color y he dibujado sus trayectos de un lado a otro de la base. He marcado con fluorescente hora y minuto en los que una cámara captó a cada uno de ellos cuando pasaba por accesos o estancias con videovigilancia. No existen incoherencias. Pero también es cierto que las coartadas, salvo para Diego y Bob, son cuestionables. Tanto Jonas, como Soren, Thomas y Megan, se hallaban solos en sus respectivas oficinas en las horas críticas. Ninguno de ellos se vio entre sí. Thomas sigue encabezando el ranking de sospechosos ya que asegura que vio a Amadeus poco antes de su muerte. Eso sí, no recuerda exactamente lo sucedido. Tuvo un enfrentamiento con él y en ese punto existe una laguna en su memoria.

Necesito más datos, pero no sé de dónde obtenerlos. Sé que existe una tensión latente entre ellos, pero nadie ha soltado prenda. Me siento como un felino al acecho, esperando que uno de ellos cometa un error; o bien se delate o bien denuncie al autor.

Hay un detonante que puedo emplear para precipitar los acontecimientos, y es descartar públicamente a Thomas. Tal vez eso añada presión al resto. Es muy posible que el autor se sienta confiado al ver que ahora mismo cuento con un cabeza de turco, pero si el cadalso se queda vacío todos volverán a sentir sobre sus cogotes el aliento de la justicia.

Sí, todos estos son los pensamientos que acumulo del último par de días. Eso, y que he dado largas a Reynold varias veces para mantener una videoconferencia o dar cuenta de mis avances. Mi ausencia de respuestas y dilaciones está empezando a mosquearle. Su tono melifluo ha dado pie a mensajes antipáticos y exigentes. No es propio de él, pero que se joda. No está aquí. Él jamás se mancharía las manos en un trabajo de campo. Habría detenido a Thomas el primer día y habría dado el caso por concluido. Después, de regreso a su madriguera, habría olisqueado las palmas de la mano de su amo buscando un azucarillo y se habría dado por satisfecho. Con un ascenso le bastaba.

Pero lo importante no es todo esto. He estado a punto de morir.

Al mediodía, antes de comer, decidí hacer deporte. Es una rutina que no he mencionado hasta la fecha, pero que no he perdido costumbre de hacer. El gimnasio es más que aceptable, y suelo hacer ejercicios aeróbicos, especialmente la cinta de correr. Hoy estuve cuarenta minutos a quince kilómetros por hora. Creo que la temperatura baja y la tensión que acumulo me han hecho volar. Podría haber seguido corriendo.

Cuando terminé me dirigí hacia mi habitación. Allí empezaron los problemas.

Alguien había entrado en mi cuarto. La puerta estaba abierta. Me preocupé inmediatamente por la información que guardo. Comprobé mi *pendrive*, no me fío de los archivos en la nube, escondido con un adhesivo bajo el tablero de la mesa seguía como siempre. Cuando me volví alguien salió corriendo de la habitación colindante. Oí sus pisadas. Lo comprendí entonces. Cuando yo me estaba aproximando al pasillo de acceso que conduce a mi cuarto, el ladrón se ocultó en una habitación vecina. Esperó a que yo me introdujera en mi cuarto para huir.

Salí corriendo en pos de él. Aún iba con ropa de deporte y me sentí como un tigre tras su presa.

Era extraordinariamente rápido. Cuando salí del pasillo al corredor central de la base no vi a nadie, pero al mirar con atención a una de las puertas de vaivén que comunican los módulos principales, observé que acaba de cerrarse. Por allí huía el fugitivo. Corrí con todas mis fuerzas y casi derribé la puerta cuando me golpeé contra ella. La luz del pasillo, que cobraba fuerza gradualmente, se había encendido mediante un mecanismo de activación por movimiento. Al final del corredor, la puerta de acceso al exterior a punto de cerrarse, dejó ver una sombra fugaz por una fracción de segundo.

Corrí de nuevo como alma que lleva el diablo. El corredor vibró con mis largas zancadas. Atravesé como una exhalación las dos puertas de la antecámara y salí al exterior. El frío exterior me recibió como si me hubieran flagelado con mil látigos afilados como el cristal. Pero sentía el calor dentro de mí, y una rabia inusitada me dominaba. Era como si tuviera al alcance de mi mano la solución del crimen. Todo se concentraba en saber quién y por qué me estaba espiando. Era como el hilo del cual tiraría de la madeja hasta desbaratarla.

Una débil luz iluminaba las escaleras metálicas que descendían hasta el suelo. Oí pisadas abajo, en el nivel de superficie. Era algo absurdo, porque el viento soplaba con intensidad, arrastrando una nieve tan helada que se acumulaba sobre mi piel sin derretirse, que tal vez aquel sonido no fuera otra cosa sino producto de la sugestión.

Bajé las escaleras dando brincos. Quería ver quién era, aunque solo fuera verle.

Cuando llegué al nivel del suelo glaciario miré en todas direcciones. La trémula Luz de Damocles apenas bastaba para iluminar débilmente el entorno. Por si fuera poco, la nieve barría la llanura blanca con ráfagas que asemejaban multitudinarias bandadas de aves, disipando la escasa claridad y ofreciendo una visibilidad intermitente. Creo que ya no sentía nada, pero mi voluntad estaba convencida de ser capaz de doblegar aquella temperatura inhumana.

Vi algo, junto a uno de los pilares, y corrí en su dirección. Creo que el frío afectaba ya a mi claridad de ideas. O tal vez fuera toda la frustración que acumulaba, la misma que me había empujado hasta la Antártida, la que ahora me arrastraba hacia delante. Una forma de no mirar atrás, de dejarlo todo olvidado, no importaba el pasado, solo lo que tenía delante de mí, aquel caso, aquella sombra indefinida que se

había contorneado junto aquel pilar metálico.

Cuando llegué a él ya no podía más.

Comprendí que mis músculos ya no respondían, no por cansancio, sino por pura insensibilidad. Mis manos eran incapaces de articular un solo dedo. Mi piel entera parecía a punto de congelarse...

Caí al suelo. Mi cabeza golpeó el duro metal y me quedé sobre la nieve, mirando el firmamento oscuro sobre el que el halo de la Luz de Damocles aparecía y desaparecía como un fantasma. Entonces una sombra se dibujo entre el cielo tormentoso y yo. Intenté extender mi mano pidiendo ayuda, pero fuera quien fuera, se retiró.

El intruso me iba a dejar morir, pensé. Fue una idea tonta, pero me sentí como una niña estúpida que se ha dejado derrotar con facilidad.

Lo siguiente que recuerdo es a Thomas envolviéndome con un abrigo de gore-tex y dándome ánimos.

Al parecer me llevaron a la enfermería y siguieron el protocolo de hipotermia. Me desnudaron y abrigaron con ropas secas y cálidas. Aplicaron compresas calientes en mis extremidades y en la cara. He quedado un tanto desfigurada pero Thomas me asegura que en unos días estaré tan guapa como siempre. Da igual. No me preocupa eso.

Mis dedos recobran la sensibilidad poco a poco. Habría resultado trágico perder alguno.

Cuando ya fue evidente que me iba a recuperar y estaba plenamente consciente, Thomas me soltó una buena regañina. No voy a transcribirla ahora. Es evidente que se preocupa por mí, y lo agradezco. Es un sentimiento confortable sentirse querida por alguien, y sí, creo que Thomas me tiene cariño... incluso no sé si está enamorado de mí. Al menos parece comportarse como si lo estuviera.

Después se sosegó y le expliqué lo que había sucedido.

—¿Dices que seguiste a alguien en la nieve?

—No estoy segura del todo, pero sí, vi a alguien ocultándose de mí y le perseguí.

—Tus sentidos te engañaron, Lucille. Allí no podía haber nadie

Le mire extrañada. Después de unos largos segundos terminó de explicarse.

—Sí, solo estaban tus huellas..., sólo tus huellas Lucille.

Capítulo 25

Extracto del Astrophysical Journal

Análisis espectroscópico diferenciado del haz de energía Luz de Damocles

Audley Tinker et al.

Detalles técnicos

La Luz de Damocles es un haz de energía que cruza el sistema solar. Desde la perspectiva terrestre se trata de un trazo longitudinal en la bóveda celeste con las siguientes características.

En el hemisferio norte el haz de energía es asintótica respecto a la estrella Schedar, gigante naranja, en la constelación Casiopea, ascensión recta 00h 40min 30,5 segundos.

En el hemisferio sur el haz de energía es asintótico respecto a la estrella Kappa Tucanae, estrella binaria, en la constelación Tucana, ascensión recta 01 hora, 15 minutos, 2 segundos.

Abstract

El presente estudio se ha planteado para dilucidar un análisis diferenciado de los diferentes componentes luminosos de la Luz de Damocles, a fin de no tratarlo como una única fuente de luz, sino como elementos superpuestos de naturalezas distintas.

Dicha suposición, la existencia de diferentes elementos en dicho haz de energía, consideramos que puede brindarnos información relevante respecto del fenómeno.

Para ello se han empleado técnicas de espectroscopia avanzada basadas en desarrollos habilitados en la sonda SOHO que han permitido efectuar las observaciones espectroscópicas deseadas.

Conclusión

El análisis diferenciado del espectro profundo del haz de energía revela en el infrarrojo una concentración energética que indica la existencia de elevadísimas temperaturas, de varios millones de grados. Sin embargo, en el centro del haz se ha detectado una anomalía sobresaliente. El foco central, del cual parece manar toda la fuente de calor, proviene de un haz de luz coherente, lo cual obliga a plantear un

enfoque completamente novedoso del problema que representa el fenómeno estudiado.

Análisis espectroscópico diferenciado del haz de energía Luz de Damocles

Audley Tinker et al.

(...).

Capítulo 26

Varios mensajes de correo electrónico de Reynold, redactados en un tono sumamente desagradable, me han llevado finalmente a mantener una conversación con él. La verdad, ya había demorado en exceso esta cuestión. Me gustaría detallar algunos avances en mi investigación de los últimos dos días pero considero que la conversación con mi supervisor es mucho más importante. Cosa curiosa, me ha facilitado información de primera mano. Puede decirse que es una primicia, pero no por mucho tiempo al parecer. Sin embargo, las implicaciones para el curso de mi investigación, y para el futuro del propio planeta y la humanidad entera, parece que ha tomado un carril inesperado.

El semblante de Reynold en la videoconferencia no era el de la sonrisa meliflua. Parecía que esta vez iba a hacer de poli malo castigando a una inspectora díscola que no sigue el protocolo de investigación debido. Para mí, puro teatro. Yo soy la mejor baza de ese trepa y sin mí no ocuparía ese mullido sillón ni tendría un teléfono con el que hablar con algún subalterno anónimo de la Casa Blanca, aunque para él esa esporádica conversación con la línea caliente del gobierno represente su particular sueño húmedo.

—¿Qué tal está mi joven recluta?

Sí, un saludo de conveniencia, pero a tenor de los vendajes que aún lucía en mi rostro debido a las quemaduras por el frío, se vio obligado a entretenerse en los formulismos sociales de rigor.

—Estoy bien Reynold, vete al grano —le espeté cansada de sus preguntas por mi estado y seguridad.

—Espero que lo que veo no sea fruto de una pelea, o que estés corriendo serio peligro a consecuencia de la investigación. —Pude notar como su grueso cuello tragaba saliva. Como buen abogado debería estar sopesando todo cuanto debía decir y ofrecer a fin de salvaguardar su gordo culo.

—Estoy bien Reynold. Esto es lo que pasa si se te ocurre darte un paseíto a la intemperie sin el abrigo adecuado.

—Bien... —asintió, aunque me miró con ojos calculadores. A saber qué pensaba—. ¿Cómo va la investigación agente? —Preguntó a continuación.

Le miré un rato en silencio. Me olía algo. Conozco a Reynold y tiene dos maneras de hacer preguntas. Cuando quiere averiguar algo, y cuando simplemente está cumpliendo un papel pero su mente está en otra cosa. Ahora me daba cuenta de que estaba preocupado por algo. Sudaba. Una patina de sudor cubría su frente y la corbata estaba ligeramente desanudada, un aspecto impropio de él. Algo sucedía. Parecía desencajado, como si acabara de salir de una reunión tumultuosa e interminable.

—Sin novedad, Reynold. Estoy apretando clavijas por aquí.

Tenía carnaza para Reynold, pero quería que primero apretara los dientes bien fuerte. Si le daba algo demasiado fácilmente me exigiría más.

Me miró desconfiado y mantuve el silencio, respirando con calma. Era Reynold el que siempre sentía la ansiedad cuando la conversación se anquilosaba y acababa hablando. Siempre podría caérsele alguna migaja de información.

—Esto es importante Lucille. —Reynold se inclinó hacia la cámara. Pude percibir por un momento las gotas de sudor sobre sus sienes. Después se retiró hacia atrás, mientras se arrellanaba en el sillón—. Esto es más gordo de lo que pensábamos todos. Al parecer el maldito doctor chiflado no lo era tanto.

—¿A qué te refieres, Reynold?

—¿Recuerdas el famoso memorándum que envió a la Casa Blanca? El buen doctor no hizo públicas sus conclusiones, sino que remitió el informe al despacho oval. Sin embargo, el acuse de recibo lo envió a diferentes *mass media* de la costa este. Quería que quedase constancia pública de que había hecho entrega del dossier a las más altas instancias. Ya sabes el pequeño alboroto que organizó. A nosotros nos pareció un disparate —«Nosotros», qué barbaridad, incluirse él entre los gerifaltes y asesores de la Casa Blanca—, así que el informe se quedó sobre la mesa y evitamos crear un revuelo innecesario con una conjetura disparatada y absurda. Y, curiosamente, antes de que el doctor volviera a decir esta boca es mía, justo cuando los medios de comunicación se volvían hacia él a fin de que revelara cuál era el descubrimiento que la Casa Blanca se negaba a hacer público... se muere.

—Es asesinado —corregí yo.

—Es asesinado, se muere... ¡da igual eso ahora! Bastantes problemas creó a la actual administración. Todavía hay muchos blogueros que especulan día y noche con que fue la CIA la que contuvo la filtración de una conspiración paranoide. —Reynold hizo una pausa y negó con la cabeza—. Bien, esta es la noticia. Lo que parecía imposible se ha tornado en plausible.

Enarqué una ceja. No entendía a qué se refería Reynold. ¿No podía ser más conciso y claro? Supongo que los abogados necesitan dar largos rodeos. ¿Para qué exponer en dos líneas algo que puede desarrollarse en diez folios?

—El doctor Finch había hecho una conjetura que no puedo revelar. Es secreto absoluto y... te puedo asegurar que mi cuello será rebanado si una palabra de más sale de mis labios. Lo que si te puedo anticipar es lo que van a saber los medios de comunicación, a más tardar en una semana.

—Desembucha por favor, estás logrando intranquilizarme.

—Se trata de un *paper*, ya sabes, una publicación en una revista de investigación especializada. Básicamente te comento que unos astrofísicos han analizado el espectro de la Luz de Damocles... de una forma distinta, no me preguntes detalles que no es mi fuerte. Los revisores han dado el visto bueno a la publicación... pero uno de ellos ha contactado con el gobierno para prevenirles de lo que se avecina.

—Dios mío Reynold, ¿podrás ir al grano algún día?

—Al parecer han descubierto algo que es conforme a la teoría del doctor Finch. No te puedo revelar lo que plantea esa teoría... es algo... aterrador. Lo que dice ese

paper, Lucille, es algo simple. La luz que conforma el sustrato básico del haz de energía al parecer es un tipo especial de luz, denominada luz coherente.

Le miré perpleja.

—Perdona —me dijo—. Comprendo que no sepas de qué va esto. A mí también me lo han tenido que explicar varias veces. Luz coherente es un tipo especial de luz... por ejemplo el láser es de este tipo de luz.

—¿Y qué tiene eso de especial? —pregunté intranquila.

—¿No lo comprendes? La luz coherente no es un tipo de luz natural.

Fruncí el ceño. Estaba empezando a comprender lo que significaba aquello, pero Reynold concluyó mis pensamientos con una voz que sonó aflautada.

—Significa que es artificial. Significa que alguien la está produciendo. ¡Alguien! ¿Comprendes? Y Lucille, la Luz de Damocles es un haz que desprende calor... varios millones de grados. No es precisamente un destello luminoso en plan saludo; «Hola, estamos aquí».

Me dejé caer sobre el respaldo del asiento. Me sentía trastocada. Aquella información cambiaba por completo el escenario del crimen. Así que el doctor Finch sabía eso... y también sabía algo más pero que Reynold no podía revelarme porque temía que le rebanaran su seboso cuello con un cuchillo carnicero.

Bien, había llegado el momento de mostrar mi mano. Obviamente mis cartas no eran tan buenas, pero había que concluir la partida.

—Reynold... ¿Recuerdas lo que me comentaste sobre la posibilidad de que existiera un intruso en la base? Creo que tenemos alguien aquí, entre nosotros —comenté después de medio minuto largo en el que ambos nos quedamos en silencio.

Reynold se mostró agitado. Se secó el sudor con un pañuelo de papel. Debía ser una primavera calurosa, allá por el hemisferio norte.

—¿Un... un intruso? —Su voz resultaba vacilante. Me resultó curioso que ahora se mostrara alarmado por esa posibilidad. En nuestra primera conversación por videoconferencia lo había comentado como un hecho verosímil. ¿Qué cambiaba ahora que esa posibilidad lo alteraba tanto?

—Sí, Reynold, una persona que no debería estar aquí. Un polizone, un espía, un saboteador... no tengo ni idea. He revisado todos los camarotes de la base y cada una de las dependencias... y no he encontrado ningún indicio. Suena un poco paranoide, pero tanto el doctor Finch en su día, como ya sabes, así como Diego, uno de los trabajadores de la base, cree que tenemos alguien más abordo.

—Oh, Dios mío, así que todo se va confirmando.

—¿Puede que sea el asesino? —pregunté por los dos—. No lo sé, pero desde luego va a pasar a ser el principal candidato.

Reynold pareció agitarse en su sillón. Estaba extraordinariamente nervioso. No podía estar preocupado por mí. Su capacidad empática raya en el cero absoluto. No. El se preocupaba por sí mismo, bien que lo conozco. Pero... ¿por qué preocuparse por un intruso que está a varios miles de kilómetros de distancia?

—Informaré a mis superiores... ¿Pero estás segura de que...?

—No estoy segura de nada. Pero... ¿ves estos vendajes? Casi me congeló por perseguir hasta el exterior al sospechoso... aunque no estoy seguro de haberlo visto nítidamente.

—Por Dios Lucille, ¡si viste algo o no! ¡No parece que resulte tan difícil! — Reynold nervioso recriminándome y perdiendo los papeles. Pocas veces lo había visto así.

—Es lo que hay. Me gustaría estar más segura. Se había colado en mi dormitorio, lo pesqué huyendo del módulo pero sólo vi puertas que se cerraban, una sombra en las escaleras del exterior apenas iluminadas... en fin, sin mi capa voladora no soy capaz de viajar más rápido que la luz.

Reynold se rindió.

—Está bien, Lucille. Avísame cuando tengas algo. Informaré de esto.

Y cortó abruptamente. Reynold estaba hecho polvo. Creo que en cierto sentido me alegraba de verlo tan sufriente, él, que siempre disfrutaba de mangonear la información y tirar de los hilos en su provecho, parecía que esta vez se había hecho un nudo en el gaznate y le costaba respirar.

Capítulo 27

Estoy intranquila. He estado dedicando horas a revisar el diario del doctor Finch, que estudio en escrupuloso orden cronológico, porque de lo contrario sus reflexiones y estados de ánimo me resultarían desconcertantes e inconexas. La mayoría de los vídeos contienen discursos ininteligibles sobre cuestiones que no comprendo en absoluto, elucubraciones sobre el sentido de lo que aconteció en el IceCube cuando introdujo los cambios. Disertaciones sobre la teoría de las cuerdas, materia oscura... y no sé qué más entelequias. A veces muestra en una pizarra de cristal diagramas de Feynman en los que me pierdo. Desgraciadamente debo, y quiero, escucharlo todo hasta la última sílaba. Sus discursos cambian de forma imprevista y abordan de pronto cuestiones relativas al funcionamiento diario de la base. No es extraño que se refiera a sus compañeros de trabajo despectivamente, «el tonto», refiriéndose a Jonas o «el autista», cuando alude a Soren. A Thomas a veces lo llama «el perdonavidas»... en fin, todo un caballero este Amadeus.

Sin embargo, cuando ya no podía más y estaba a punto de abandonar la sesión, un vídeo ha cambiado completamente de tercio. El doctor estaba visiblemente nervioso. Era evidente que había llegado a una conclusión, una epifanía, como decía él al principio... Pero creo que voy a intentar transcribir palabra por palabra lo que ha dicho. He visionado este capítulo varias veces. Tengo la impresión que esconde algo que se me escapa.

—He tenido una epifanía... —decía el doctor. Su rostro enardecido y su mirada furibunda, fuera de sí, denotaba algo extraordinario. Lleva un jersey grueso de lana de cuello alto, la barba pulcra y afeitada, como si hubiera esmerado su aspecto para una anotación especial en su diario. En esta ocasión su nariz chata y su tez arrugada me han recordado a Nick Nolte—. No sé por dónde empezar... pero ahora lo he entendido todo... todo. ¡Es asombroso! ¡Inaudito! —Hace una pausa. Se levanta y desaparece del campo de visión. Regresa. Se ha servido una copa de whisky cuyo hielo tintinea contra el cristal—. Debo calmarme y presentar la información con coherencia... —se ríe—. Me tacharán de loco, por supuesto, pero eso no durará mucho. Tarde o temprano alguien comprobará mi hipótesis. Yo mismo me ocuparé de difundirla... pero quiero empezar con buen pie, desde arriba. Quiero llegar al mismísimo presidente. —Suspira y toma un trago. Se queda un rato mesándose la barba. Respira agitadamente. Su cabeza debe hervir con mil ideas—. Sí, debo llegar al presidente, pero además he de pasarle la pelota de tal manera que no pueda desentenderse de mí o dejarme al margen. Podría ser peligroso para mi carrera que después de semejante descubrimiento alguien ocupara un lugar preeminente suplantándome. No, debo estar arriba siempre, figurar, ser públicamente reconocido... A la prensa le daré un memorándum... si esto se confirma... Sí, debo repasar todos los cálculos, pero... me resulta increíble que no me diera cuenta antes. Bien es cierto que soy el único que tiene acceso a la información... menos mal que

estos incompetentes que me rodean no saben nada... Habrían intentado robarme el descubrimiento. Ahora ya es mío. Pasaré a la historia.

Un nuevo trago de alcohol. Se recuesta contra el asiento. Suspira largamente y se le dibuja una sonrisa de profunda satisfacción en su rostro. Por un momento parece un ser completamente dichoso.

—Primero, la Casa Blanca. Después medios de comunicación, explicándoles que he pasado un memorándum completo al presidente acerca de la Luz de Damocles. Será colosal. —Asiente—. Lo negarán. No querrán que se haga público de entrada... después no les quedará más remedio. Dios mío... si tengo razón, esto será el fin. — Se ríe a carcajadas—. De todas formas da igual. Seré el profeta del apocalipsis.

Vacía la copa de un trago y vuelve a por más.

—Estoy rodeado de incompetentes. Si no fuera por mí este experimento jamás habría logrado lo que ha conseguido. Alteré los sensores. Tuve una inspiración colosal. Y estos cretinos serían capaces de echar todo por tierra. Seguramente su miedo les impediría comprender en dónde están y cómo aprovecharse de este mérito. —De pronto su semblante se altera—. Tenemos un intruso. Lo he hablado con Diego y el también está convencido. Thomas me ha mirado como si estuviera loco y Soren... Soren está completamente chiflado. Se ha puesto a discutir conmigo... diciendo que eso era un disparate. Yo sé lo que me digo. Bob calla y Megan... hablar con ella es como... en fin, ella no cuenta para nada, por supuesto, pero es que no la soporto. ¿Qué se cree? ¿Una psicoanalista? ¿Por qué tengo que contarle yo nada de mi vida? —Mueve la cabeza, asqueado—. Menudo hatajo de incompetentes. Les digo que tenemos a alguien aquí y no me creen..., pero estoy completamente seguro. No, no tengo pruebas materiales, pero sí he visto a alguien escabulléndose hacia el exterior... de madrugada. Localicé a cada uno de los residentes en sus habitaciones, o bien durmiendo, a Jonas en la sala de cine viendo... en fin, y a Megan leyendo en la biblioteca. Todos los residentes localizados en la estación... y alguien ha salido al exterior. Esto es, el que salió al exterior no puede ser ninguno de nosotros, es imposible.

De nuevo hace una pausa en la que sorbe un largo trago de whisky. Su semblante se relaja con el alcohol. Retoma el discurso menos acalorado, aunque al poco retoma su tono vehemente.

—He logrado este descubrimiento yo sólo y no pienso compartir la gloria con ninguno de ellos. Nadie me ayudó en mi trabajo. Se limitaron a hacer lo que les decía. Como sea un saboteador ¡lo mataré! —Finalizó con furia repentina—. ¿Qué puede hacer aquí un intruso? No tiene sentido alguno. Tarde o temprano será descubierto. Si es un espía... pero nadie puede sospechar nada de lo que he descubierto. No lo he comentado con nadie, ni siquiera lo he dicho en este videoblog. —Sonrió, como con alivio—. Es terrible. Ojalá estuviera equivocado... pero no. Estoy seguro de que todo es como digo y eso significa algo... increíble.

El doctor Finch acaba haciendo una larga pausa mientras apura su segunda copa

en pausados tragos.

—Sí... antes de dar el primer paso volveré a repasar los cálculos, las conjeturas... la teoría de cuerdas... todo debe ser repasado por las implicaciones que se derivan, sí, debo estar absolutamente seguro... más aún de lo que ya lo estoy.

Capítulo 28

Es posible que la sucesión de errores que estoy cometiendo me pase factura al final. ¿Es un error haberme acostado con Thomas? No parece justo que me refiera al vínculo que ha nacido entre él y yo como un error, pero en cuanto pienso en mi papel profesional por el que estoy aquí, sí que lo parece.

Ah, siento que estoy partida por la mitad, irremisiblemente dividida. Sencillamente, no puedo obviar mi vida personal. Me siento sola, abatida, triste, necesitada de afecto... necesito un hombro sobre el que apoyarme, alguien a quien abrazar, poder sentir que mi vida descansa y hay alguien tras de mí. Pensé que venir a la Antártida iba a servir para centrarme absolutamente en mi trabajo, pero no lo puedo lograr las veinticuatro horas al día los siete días de la semana, y menos en un lugar como este, una pequeña prisión en medio de la nada helada.

No, no puedo ser tan fría como quisiera. No puedo poner mi corazón en modo «apagado», me gustaría, pero no puedo. Sí... es lamentable, estoy justificándome.

Para mí era obvio que Thomas estaba enamorándose de mí. Su preocupación en el incidente de la hipotermia que casi me cuesta la vida mostró sus cartas. No sólo me salvó la vida, sino que estuvo pendiente de mí absolutamente durante la convalecencia. Después de aquello me sentí más femenina que nunca. Es como si hubiera olvidado que llevo placa y me hubiera convertido en una niña desvalida. Sólo le faltaba traerme, junto con el desayuno de cada mañana, un ramo de rosas.

Y él me atrae, para qué negarlo. Tal vez al principio era capaz de disimularlo pero... hay que ponerse al borde de la muerte para verlo todo de otra manera. Me ha sucedido. El enfado que mantenía con el mundo y la vida se ha diluido, o al menos no lo siento con la virulencia de hace un mes. Me siento diferente.

No sé si estoy enamorada de Thomas. Es difícil de saber. Confío en él pero... noto dentro de mí una reserva insalvable. Guardo mis secretos o digo las verdades a medias. Además, el clima de misterio de este lugar también empaña nuestra relación. ¿Qué sabe realmente que no me ha contado? Presiento una red de mentiras que envenena las relaciones entre todos los residentes. ¿Me dirá ahora algo que hasta la fecha había callado? Aguardo expectante que se sincere conmigo... pero de momento no ha dado trazas de ello.

* * *

—Háblame de tu hermana —me dijo un día mientras me observaba, tumbado en mi cama y yo revisaba pensativa el expediente de Soren, en busca de una pista o un indicio de algo.

—¿Susan? Hay poco que contar...

—Estás enfadada con ella, por algo será. —Hasta la fecha no había dado cuenta

de mis motivos, pero en ese raro momento de calma interior, en el que no sentía la rabia dentro de mí, decidí sincerarme, al menos en parte. Pensé que si no confiaba en él al menos en eso nada tendría sentido.

—Susan me traicionó, Thomas —le dije—. Se lio con mi novio.

Me miró sorprendido, exigiendo más explicaciones. Cabeceé. No me quedaba más remedio que extenderme.

—Adrian y yo nos llevábamos genial. Tuvimos un noviazgo largo y decidimos compartir casa. Nos iba fenomenal. Mi carrera policial era meteórica y él estaba empezando a llevar las riendas del negocio familiar, y aunque tenía problemas, estaba muy ilusionado. Es curioso cuando en una relación empiezan a darse cosas por supuestas... y todo puede torcerse.

—¿A qué te refieres?

—Sí, al hecho de que confías tanto en que lo que estás construyendo, que es tan sólido como el granito, que... si te alejas o lo descuidas, estás convencida en que esa roca inamovible se encontrará allí siempre que la necesites. Así lo sentí yo. Me centré mucho en mi trabajo... me absorbió por completo, mi mente y mis fuerzas... cuando me di cuenta... había surgido algo entre Adrian y Susan.

Podría extenderme más, pero ya había sido demasiado para mis fuerzas. Concluí.

—El colofón de esta historia es que mi enfado se extendió a mi madre, que intentó mediar entre las dos y aplacar mi enfado, cuando siempre pensé que debía haberse puesto de mi parte... haber reprendido a Susan... fui yo la víctima de aquella mala acción. —La verdad es que la historia se la conté a Thomas desapasionadamente. Parecía que la hipotermia había congelado el dolor que hasta la fecha tanto daño hacía en mi interior. Me asombré de que este se hubiera apagado tanto—. Sí, también estoy enfadado con ella.

Thomas me tomó la mano y la besó. No sé si musitó algo del estilo «lo siento», pero me miró con cariño.

Quise cambiar de tema. Le inquirí por lo que pensaba que iba a suceder con la Luz de Damocles, pero Thomas no se desvió de la conversación.

—Siempre hay razones para tener esperanza, Lucille —me dijo tranquilizador—. Creo que todas las personas atravesamos esa fase. Primero somos ingenuos ante la vida, pero después vienen los terremotos que nos convierten en personas adultas y nos damos cuenta que esto va en serio. Entonces nos protegemos... y nos estropeamos. Cuando más duros nos creemos que somos, más débiles somos realmente.

—Y eso lo dice un tipo que ha escalado no sé cuántos ocho miles... —le dije con sorna, y él sonrió con paciencia.

—Es verdad, es la pura verdad... es algo de lo cual me he dado cuenta aquí, en este mundo helado. ¿Sabes? Hace años comprendí que algo me sucedía, era incapaz de sentir amor dentro de mí. Pensé que la razón era que no había conocido a la mujer que despertara ese sentimiento. Aquí comprendí que el problema no era de ellas...

sino mío.

Fruncí el ceño.

—Tú has tenido muchas conversaciones con Megan, ¿no es así?

Sonrió.

—*Touché.*

—Tenemos a una filósofa entre nosotros... o tal vez a una psicóloga... eso me recuerda...

Entonces sucedió algo extraño. Quise echar un vistazo al expediente de Megan. Rápidamente recorrí el directorio donde tenía toda la documentación proporcionada por Reynold. Era inaudito. No aparecía. Sentí una leve inquietud. No era posible. Repasé las carpetas una a una y efectivamente, faltaba la de ella. Hice memoria. La única vez en la que había estudiado con anterioridad los expedientes había sido en mi viaje en avión por medio mundo, pero no les había prestado atención.

Entonces comprendí. El intruso, al que casi había sorprendido en mi habitación, lo había eliminado... a conciencia. Es como si nunca hubiera existido, por más que intenté usar herramientas de recuperación.

Pero... ¿por qué el de Megan precisamente?

Thomas me miró extrañado, porque notaba por mi semblante mi preocupación, pero decidí no contarle nada. Me tranquilicé. Es absurdo, pensé, puedo pedir copia. Entonces volví a prestar atención a Thomas que seguía pendiente de mis pensamientos.

¿Qué hago con él? Es unos diez años mayor que yo, no es una diferencia insalvable... pero, ¿me habría enamorado de él si lo hubiera conocido en otro sitio, sin esta presión, sin esta convivencia forzada con tan reducido número de personas? Es difícil de saber. Hace un rato se ha ido, comprendiendo que el trabajo me reclamaba, y ahora escribo lo que siento.

Tal vez la Luz de Damocles está operando otro cambio en mí. Creo que siento algo de miedo... y el mayor de los miedos es al de la soledad. Ignoro qué va a suceder, prefiero no consultar las noticias porque la gente dice verdaderas barbaridades, la mayoría de las cuáles increíbles, pero es cierto que el miedo se palpa en sus palabras, en los sentimientos que traslucen. La inquietud se extiende por el mundo y me ha alcanzado. Sí... eso también influye. No quiero estar sola, no... justo ahora no.

Capítulo 29

Editorial de *The Times*

Pende sobre la Humanidad entera una verdadera Espada de Damocles, cuya incierta intención atemoriza a todos, incluido el que escribe estas líneas.

La noticia que determina la Luz de Damocles como un «fenómeno de origen artificial», acaecida recientemente, ha conmocionado al mundo entero. Son tantas las implicaciones de una frase tan sencilla que la población mundial ha sido presa de un sinfín de conjeturas y posibilidades que la han llenado de temor. Algunas de estas hipótesis son razonables, otras disparatadas, muchas resultan tan terribles como inimaginables hace solo unos días.

Ya nos lo advertía Stephen Hawking hace un tiempo, y de nuevo ha vuelto a insistir en la misma idea, hace menos de veinticuatro horas, en una seguidísima entrevista difundida por la BBC. Atraer la atención de inteligencias mucho más desarrolladas que nuestra civilización no tiene por qué ser necesariamente algo bueno. Todo lo contrario. Alrededor de estas tesis se ha agrupado un buen número de intelectuales y científicos que temen que el potente haz de energía no sea sino un medio de intimidación, e incluso de destrucción. El por qué de ese afán destructor escapa a nuestra comprensión, pero es fácil encontrar en todo tipo de artículos que se vierten en la prensa mundial, opiniones para todos los gustos. Todos ellos, en suma, vienen a argumentar que la Luz de Damocles no es sino un plan de esterilización de planetas que alberguen a posibles civilizaciones galácticas rivales en el futuro.

Por supuesto también existen corrientes de opinión más optimistas, los que aseguran que la Luz de Damocles no es sino una señal, bien una advertencia, bien un simple «no estáis solos», que no tiene por qué indicar una intención nefasta para nuestro planeta. Esta línea insiste en la idea de que, si hubieran querido destruirnos, ya lo habrían hecho. Es este pensamiento el que nos sirve a muchos de consuelo, aunque cuando miramos al cielo y observamos esa línea de luz que arde a millones de grados de temperatura, no se puede sino tragar saliva y seguir adelante con la vida con la mayor normalidad posible.

Por último existe una última corriente de opinión, quizás los que menos defensores contiene, agrupados en torno a tesis *anti-antropogénicas*, es decir, el origen de este rayo de energía nada tiene que ver con la humanidad. Se trata de un fenómeno artificial, sí, pero quien lo ha provocado no tiene ni siquiera conocimiento de nuestra existencia. El rayo atraviesa el sistema solar simplemente porque se encontraba en su camino, es decir, se trata de un hecho absolutamente fortuito. Es la tendencia del hombre a pensar que es el centro del Universo lo que nos lleva a querer vincular la Luz de Damocles con nosotros, buscando argumentos milenaristas. Tal vez tengan razón. Ojalá.

Capítulo 30

A media mañana solicité a Soren que acudiera a mi despacho, la oficina pequeña que estoy utilizando como centro de trabajo. Tenía mucho interés en hablar con él. Después de tanto tiempo de observación y análisis ha llegado el momento de mover ficha. Es necesario hacer algo para que la investigación avance, y estoy dispuesta a ello. Vamos a arrojar una piedra al charco a ver qué pasa. Y Soren es la ficha que he elegido mover.

Mientras esperaba observé a través de la ventana, contra un cielo negro y despejado, como refulgía la Luz de Damocles, más inquietante que nunca. La luz había crecido. Ya había leído al respecto, pero hasta la fecha no me había fijado. La órbita de la Tierra se acercaba hacia el haz de energía y era previsible que su aspecto variase, abarcando una franja luminosa cada vez más gruesa en el cielo. Tal vez los horarios y el hecho de haber soportado un tiempo horrible, me habían impedido observar el cielo antártico. Pero esa mañana oscura ha escampado, y la visibilidad era completa. Después de muchos días sin ver el haz, su nítida visión, más clara y de mayor tamaño, impresionaba. Sí, la luz rojiza rielaba sobre el hielo como el cauce de un río sangriento. Y también era más ancha que la última vez que la había visto. Constituía una impresión desagradable, como el que descubre que de improviso, un pequeño lunar que tenía en alguna parte del cuerpo, ha multiplicado su tamaño incomprensiblemente. Pensé en cuánta gente estaría angustiada en todo el mundo ante esa visión antinatural. Deseé ser capaz de quitarme esa imagen de la mente, olvidarme de ella y del miedo que despertaba en mi interior.

Cuando Soren llegó no mostraba aspecto de estar nervioso, aunque yo me mostré seca con él. También se quedó mirando la luz roja durante un rato. Al igual que yo, llevaba tiempo sin observarlo, y su repentino redescubrimiento lo cautivó.

—¿Qué necesitas Lucille? —Me preguntó finalmente cuando se volvió hacia mí.

—Siéntate. Quería hablar contigo acerca de la investigación criminal que estoy realizando.

Fui un tanto brusca. La jugada que quería desarrollar lo requería.

Soren me miró intrigado con sus ojos pálidos, de un color indefinible. Su piel era de un blancor extraordinario y el cabello, de un rubio muy claro, hacían pensar en él casi como en un albino.

—Como sabes estoy analizando los vídeos del doctor Finch. En ellos se te menciona con frecuencia con claras referencias al hecho de ser negativo en la investigación... Incluso te considera directamente un saboteador. No se fiaba de ti en absoluto.

No eran palabras exactas del doctor. Lo cierto era que en las últimas visualizaciones el carácter paranoide del doctor se había acentuado. Insultaba y desconfiaba de cada uno de los residentes. Sólo confiaba en él mismo y en sus propias fuerzas. Sin embargo, era con Soren con quien más se ensañaba. Su aspecto

enclenque y enfermizo me hacía pensar en él como la pieza más frágil de todo el tablero.

—Sí, el doctor estaba convencido de que estaba saboteándole su trabajo —repitió él en voz baja.

—¿Qué puedes decir en tu defensa?

Soren dudó un segundo.

—Jamás hice otra cosa que no fuera cumplir sus órdenes...

—Lo preguntaré de otra manera. ¿Hiciste, o dejaste de hacer algo, que pudiera explicar por qué el experimento que desarrollaba el doctor Finch se viniera abajo?

—No, por supuesto que no —aseguró tajante.

Soren parecía molesto por esa acusación.

—¿Y respecto a los láseres?

—¿Los láseres? —Preguntó extrañado.

—Ciertos compañeros tuyos apuntan a que te opusiste visceralmente a esa trampa que pretendía tender el doctor al intruso que había detectado en la base...

—¿Intruso? —Diría que sonrió con sorna—. Sí, claro que me opuse. Tal vez eso le enfadó de verdad. Siempre había seguido sus indicaciones al pie de la letra. Interpretó mi docilidad como una obediencia ciega... como si fuera un borrego. Cuando de pronto descubrió que tanto yo como Thomas nos oponíamos a su plan, montó en cólera...

—¿Y por qué se opuso a esa trampa? ¿No era razonable intentar apresar a quien estuviera oculto en la estación? Tal vez un saboteador del experimento, Soren.

Se quedó en silencio un momento. Después preguntó con cautela, como tanteando con el pie una placa de hielo flotante, de la cual se ignora si va a soportar nuestro peso o no.

—Usted... no ha visto cómo operan esos láseres cortando hielo, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Bien, pues ya ve cómo troceó al doctor Finch. Era un instrumento demasiado peligroso para acorralar a una persona. Si lo del intruso fuera cierto, que lo dudo, habría habido otros métodos para detectarlo, ¿no cree? Por ejemplo, inspeccionar sistemáticamente cada una de las habitaciones de la estación y proceder igualmente con los túneles hasta descartar su existencia. Usar los láseres no era un intento de atrapar a nadie, sino un homicidio... caso de que tal intruso existiera.

Enarqué las cejas sorprendida por el alegato de Soren. Había olvidado su habitual circunspección y diría incluso que había hablado con vehemencia.

—Desde luego la muerte de Finch acredita que se trataba de un arma potencial.

—Sí, un percance fatal. Esa era la razón por la que nos opusimos Thomas y yo. Bob se negaba por otras razones, pero los tres coincidíamos en que era una temeridad.

—Efectivamente, si se quiere atrapar a un polizonte se pueden utilizar otras técnicas. En un sitio como este se puede registrar sistemáticamente la estación, hasta

descartar la presencia de alguien ajeno al personal oficial. Parece un procedimiento sencillo y nada arriesgado ¿Por qué no se emprendió la búsqueda de esa manera? ¿Cuál era la razón del doctor para no proceder con... el más elemental sentido común, Soren?

Tuve la impresión de que había acorralado a Soren con las cuerdas que él mismo me había proporcionado. Permaneció callado. Al final se encogió de hombros. De nuevo había topado con un secreto.

—Más vale que seas sincero conmigo —amenacé—. Espero que después no tengas que vértelas con la justicia por obstrucción a la ley. Si sabes algo debes decírmelo. De lo contrario, cuando todo se sepa, podrías recibir acusación por encubrimiento o complicidad en el crimen del doctor. —Mientras hablaba me había puesto en pie y rodeé el escritorio, para aproximarme a Soren.

—No estoy ocultando nada. Es más, creo que le he revelado información de la cual usted carecía.

—¿Qué hace alguien como tú en un lugar como este? He estudiado tu expediente. Es brillante... pero no aguantaste mucho tiempo en ningún sitio. Abandonaste hasta tres universidades. Al parecer no lograbas compaginar bien la enseñanza y la investigación. ¿No tenías madera para eso, verdad?

Observé que se ruborizaba ligeramente. Había dado en la diana.

—Así que no logras que la gente te respete... —proseguí—, y buscando algo de aislamiento y paz te enrolaste en una aventura antártica. Debiste pensar que aquí no tendrías que soportar a una panda de alumnos descerebrados ni tendrías que competir contra nadie. Un sitio tranquilo y apartado. Podrías centrarte en tu ciencia sin interferencias personales, ¿no es así? Y ¡vaya! —exclamé mientras miraba la pantalla del portátil donde tenía desplegado su currículum—, resulta que te topas con un jefe que es un cascarrabias y... un cabrón. Y para colmo estás encerrado con él en esta especie de manicomio sin salida, aguantando día y noche su cólera y su dictadura.

Soren me miraba callado, con la boca prieta. Estaba hurgando en una herida dolorosa.

—¿Fue eso lo que te hizo estallar? —pregunté bruscamente.

El aire parecía electrificado en el despacho. Por un momento, sólo por un momento, tuve la impresión de que iba a cantar, que iba a confesar todo... pero después, poco a poco, su mirada se fue serenando.

—Pretende hacerme daño con sus acusaciones. Ha observado mi personalidad y cree que ya me conoce, cree que ya sabe cómo me comporto... y lanza un anzuelo para ver qué saca. —Suspiró, pero aún la cólera no había remitido—. Me imagino que usted es como los demás. No le importa nada ni nadie, ¿no es así? Sólo su carrera profesional y su éxito... si debe arrollar a cuantos están a su lado, poco importa. La verdad... ese concepto prescindible...

Se levantó de la silla y se dirigió al ventanal.

—¿Sabe lo que pienso? —preguntó mientras miraba la Luz de Damocles—. Creo

que el género humano está contaminado por una semilla maligna, que nos envilece a todos. El mal prevalece en el hombre. De hecho por eso vine aquí. Pensé, que habiendo menos personas, el mal sería menor... y me equivoqué. Todos, incluida usted, estamos contaminados —sentenció—. Es algo que nos impregna, afecta también a todo lo que vemos y tocamos... todo sobre lo que pensamos e imaginamos queda corrompido por esa especie de viscosidad perversa que es... nuestra misma esencia.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Sentí en sus palabras una acusación, como si conociera mi vida y me juzgase. Ahora comprendo que realmente era un dardo que habría acertado a cualquiera. Sí, todos tenemos una raíz maligna en nuestro corazón que no podemos desarraigar del todo y que intentamos ocultar, hacer que los demás ignoren. Secretos oscuros.

—Esto es todo de momento, Soren. Seguiremos hablando. Puedes irte.

* * *

Aquí debo hacer una puntualización. No estoy anotándolo todo con la constancia debida. Se me hace complicado. Paso tiempo con Thomas, estoy centrada en el trabajo, hago deporte... o al menos lo intento, una vez al día... y mientras no aparezca nada relevante he tomado la decisión de no escribir por escribir. He decidido emprender este nuevo giro en mi investigación y por eso he tomado una decisión drástica. Quiero saber qué sucede aquí, y si he de adoptar medidas para ello, lo haré.

Con esa determinación he instalado una serie de micros en los despachos de los residentes. No está bien, lo sé. La información que obtenga no servirá como prueba en ningún juicio, pero tampoco tengo intención de hacerla pública. Simplemente debo saber dónde está la verdad para poder desenterrarla.

La pasada noche instalé cuatro micros, justo los que traje. Uno en cada una de las oficinas de los residentes. Jonas, Soren, Megan... y también Thomas, al menos en las que he observado que pasan más tiempo cuando permanecen en la estación. Quiero saber qué hablan entre ellos. No contaba yo con que mi estrategia se basara en el espionaje, pero no era algo que tuviera descartado de entrada, y como estoy llegando a un callejón sin salida decidí utilizar mi as en la manga.

Por todo ello, concluyo ya; mi conversación con Soren tenía un claro propósito, alterarlo. Según Soren abandonó mi despacho fue a su oficina, a continuar con su trabajo. No podía verlo, pero la señal de audio llegaba clara a mi portátil. Me puse unos auriculares inalámbricos y mientras paseaba por mi cubil escuchaba con nitidez como se abría la puerta del despacho de Soren y se cerraba. Y como le había convocado por el *walki talki* todos en la base estarían al tanto de la entrevista. Si tenía algún cómplice no tardaría en dejarse caer para ver cómo había ido todo.

Y no me equivoqué en mi pronóstico. De pronto pude oír nítidamente la voz de Soren.

—Ah, ¿estabas ahí? No te había visto...

Esperaba una respuesta. Sin embargo está no llegó a mis oídos. De nuevo la voz de Soren.

—Nada en especial. Está dando palos de ciego. No puede ni sospechar lo que está sucediendo aquí. No es una amenaza para ti... ni para nadie.

Nuevo silencio.

—Sí, ya lo sabías..., yo también lo sé.

Un silencio prologando. Estaba empezando a impacientarme. ¿El equipo no era bueno? Se suponía que aunque estuviera hablando en voz muy baja o incluso desde un extremo de la habitación, algo debería captar. Había aumentado el volumen del audio inútilmente. Tal vez si después aplicaba algún género de ampliación a la grabación podría percibir las respuestas que ahora me resultaban imposibles de captar.

—Me siento bien. Sabes que estoy bien. No hace falta que ni me lo preguntes. — Soren se ríe—. Confío en ti.

De nuevo una pausa... que se prolongaba. De pronto me di cuenta de que las últimas palabras de Soren habían sido como una despedida. Comprendí que si quería saber quién había estado hablando con él debía correr en dirección a su despacho. Tenía el presentimiento de que la grabación no me iba a permitir averiguar eso.

El despacho de Soren estaba en el otro extremo del largo pasillo que unía los dos módulos del complejo. Una puerta doble se interponía en mi campo de visión. Corrí hacia ella a toda velocidad y casi la golpeé con furia para que se abriera. No había nadie en el pasillo. Me acerqué al despacho de Soren. Una claraboya rectangular permitía ver el interior del despacho. Allí estaba él, de espaldas a mí, trabajando frente a su monitor. A mi alrededor, en el pasillo, todo era silencio.

Sí, he repasado las grabaciones una y otra vez... Aparte de la voz de Soren, no se oye nada, absolutamente nada.

Capítulo 31

Estoy convencida de ello. En las grabaciones de vídeo se esconde la clave de lo que ha sucedido en la estación... de lo que ha sucedido y de lo que sucede. Pero revisar todas las grabaciones es una tarea laboriosa, en primer lugar porque no tengo ni idea de lo que estoy buscando, y en segundo lugar, las horas críticas del crimen del suceso ya las he revisado una y mil veces sin lograr nada. He ido desandando el camino, observando el comportamiento de los residentes tanto en días previos a la muerte del doctor Finch como en días posteriores, sin encontrar una pauta distinta o un comportamiento extraño. Además, las grabaciones están en lugares muy particulares, puntos críticos como accesos, sala de vehículos, depósitos de combustible y alimentos, central de energía, los túneles... y ninguna en las instalaciones de trabajo. Soren y Megan no aparecen nunca porque nunca pasan por esos puntos críticos. Jonas y Thomas sólo cuando abandonan la estación camino del observatorio del IceCube. Finch también seguía esa rutina. Sólo Bob y Diego aparecían con mucha frecuencia porque a menudo su trabajo los llevaba a las estancias críticas. Reparaciones, labores de mantenimiento, abastecimiento, etc. Ya había aprendido a reconocer sus siluetas, alta la de Bob que se movía de forma desgarrada, y la más compacta de Diego, ancha y siempre de avanzar decidido.

Cuento esto porque he pasado toda la mañana encerrada en el pequeño cuarto de los servidores que guardan los vídeos. He repasado aleatoriamente las grabaciones, pensando que cambiando de método podría tal vez descubrir algo nuevo. Me sucedió algo curioso y sumamente desagradable. Sucumbí al sueño.

Es muy curioso, porque no tengo la impresión de haberme quedado completamente dormida. Mi mente estaba lúcida en todo momento, pero sin embargo me sentía embotada, amodorrada por la confortable temperatura de la habitación, más elevada que el resto de la estación debido al calor que generan los procesadores informáticos. No pude evitar que se me cerraran los párpados una y otra vez.

Entonces reviví con toda intensidad los capítulos más crueles de mi pasado reciente con una nitidez sorprendente, tanto, que me siento como si acabara de suceder otra vez. Ignoraba que nuestra memoria era capaz de provocar algo así. Ha resultado muy duro... la verdad. Cuando ya pensaba que todo empezaba a quedar atrás, en gran medida gracias a la compañía de Thomas, descubro que el dolor permanece... y que basta un estúpido ensueño para que el regrese, intenso, con toda su insidiosa crueldad.

Recordé mi primera mención especial en el departamento cuando resolví un crimen con apariencia de suicidio. El Departamento de Policía de Chicago se había desentendido oficialmente porque las apariencias eran claras, pero pese a ello no hice yo lo mismo, y aún contando con la manifiesta reprobación de Reynold que recriminaba mi tesón, logré aclarar el asunto. Fue mi primer triunfo claro. Mi supervisor reculaba y donde había dicho una cosa, ahora decía la contraria con una

habilidad política que me dejó con la boca abierta. Siendo tan joven es fácil de comprender que me sintiera como la reina de la comisaría 15 de Chicago. Por si fuera poco, un inesperado artículo en prensa me dio una notoriedad increíble. Varios casos en los que participé sucesivamente acreditaron que no había sido una casualidad. Mi carrera para lograr la placa de inspectora de policía iba viento en popa... no así mi vida personal.

Adrian y yo vivíamos juntos por entonces. Se había producido un cambio notable en la relación. Antes era él el que llevaba el peso del trabajo. Tras el infarto sufrido por su padre se había hecho cargo del negocio familiar, una mediana empresa de carpintería que proveía a muchas contratas de construcción. Su repentino incremento de responsabilidad lo había encumbrado a mis ojos. Parecía que la notoriedad de la relación caía de su lado. Yo era la novata en el cuerpo todavía y la que parecía destinada a tener un sueldo menor. Y de improviso, mi profesión, que no parecía destinada a ningún género de gloria, eclipsó por completo su trabajo. Lo que parecía iba a ser una ocupación con un horario fijo y unos turnos variables pero bien delimitados, derivó en un auténtico *sin vivir*. Nunca estaba en casa. Cuando me despedía a la mañana no sabía si nos veríamos para almorzar, o directamente para cenar... o ni siquiera eso.

Y las cosas a Adrian empezaron a torcerse. Su padre falleció. Recuerdo su cara consternada en el entierro. Apenas pude estar junto a él. Mi trabajo estaba en un punto crítico, no podía dejarlo ni un segundo. Varios compañeros tenían la mismas aspiraciones que yo para lograr la ansiada plaza, y rabiaban y despotricaban contra mí. Solo podía derrotarlos en un campo de batalla, en el de los éxitos, en el que los argumentos resultan incontestables. Y no soy de dejar las cosas a medias.

Cuando llegó la crisis económica nuestras vidas parecían divergir clamorosamente. Adrian estaba hundido. Yo intentaba animarle, pero él me recriminaba, con su silencio triste, mis ausencias. Apenas estábamos juntos. Creo que a veces, de madrugada, cuando no podía dormir, acuciado por los problemas, me intentaba explicar la delicada situación por la que atravesaba su empresa. Yo le prometía que le facilitaría dinero si lo necesitaba. Me hablaba de que tal o cual empresa, cliente de toda la vida, había quebrado. Incluso carpinterías rivales lo estaban pasando realmente mal y alguna que otra ya estaba echando el cierre. Me contaba sus planes y sus medidas de contingencia; tantos despidos, reducciones de jornada, rebajas de sueldos... peleas con los bancos... Aquello me aburría y a menudo me quedaba dormida sobre su pecho mientras él seguía hablando.

Encontré una solución casi a la desesperada. Notaba como Adrian se hundía en la amargura mientras veía que la empresa familiar se disolvía entre sus dedos sin que pudiera hacer nada por impedirlo. Acudí a Susan. Ella era creativa de una agencia de publicidad, en plan *freelance*. Gozaba de excelente reputación y había trabajado para varias agencias... y además disponía de mucho tiempo libre, realmente, el que ella quisiera. El salario no era su preocupación, sobre todo anhelaba encontrar «su sitio»,

como decía muy a menudo a sus amigas, echándose a reír de su propia ambigüedad. Cuando le propuse que echara un cabo a Adrian le pareció un plan interesante. La empresa estaba al borde de la quiebra y era necesario reinventarse. Por si fuera poco Adrian desconfiaba del criterio de Susan. La veía como una simple publicista, pero poco a poco su ingenio y sus propuestas fueron mostrando un poco de luz sobre un futuro que siempre había sido negro. Adrian dejó de convertirse en un fardo con el que cargaba, llevaba una temporada larga de un humor pésimo y de semblante cariacontecido, y lo volví a ver sonreír. Me sentía agobiada por el peso que recaía sobre mí. Acababa de ser nombrada inspectora pero ni Adrian ni Susan acudieron a mi investidura. Coincidió con una entrevista importante con una firma de comidas rápidas que iba a remodelar toda la línea de negocio que abarcaba una docena de locales. Lograron un contrato que despejaba el futuro de la empresa de Adrian por muchos años.

Sí, fue un día alegre para ambos, pero por motivos muy distintos y... ahora lo comprendo mejor que nunca, nuestras vidas habían empezado a seguir derroteros completamente divergentes. Había creído, como una completa ingenua, que un poco más adelante, siempre un poco más adelante, lograríamos recuperar el control de nuestras vidas y volver a constituir un proyecto común.

Capítulo 32

Desperté sobresaltada. Realmente no estoy convencida de que fuera un sueño todo cuanto había pasado por mi mente. La sensación era de somnolencia pero tenía clara consciencia de lo que había soñado, o más precisamente dicho, recordado. Sí, verdaderamente había recordado como una película los sucesos que me había llevado hasta la Antártida... bien es cierto que obvié el final. Había sucedido algo que me había espabilado y sacudido el sopor bruscamente. En mi entresueño, veladamente, observé por el rabillo del ojo en uno de los monitores, que mostraba imágenes en directo, sucedía algo. Una simple interferencia.

Pero una luz roja se encendió en mi cerebro y al instante la adrenalina disparó las palpitations de mi corazón. Era una interferencia exactamente igual a la que se observaban en algunas grabaciones de la estación en el momento crítico de la muerte de Amadeus Finch.

Se trataba de una de las cámaras de los subterráneos de la estación. Rápidamente tomé el plano plastificado en el que se indicaba la situación de la cámara. Unos segundos después la interferencia desaparecía, pero otra cámara colindante, situada una cincuentena de metros alejada de la primera, sufría esa misma interferencia. Moví el dedo sobre el plano. Estaba siguiendo al agente que causaba las interferencias, alguien, que por la razón que fuera, no quería ser visto. ¿El intruso?

No podía quedarme quieta y esperar a ver qué sucedía... pero echar a correr y perder la visibilidad que me daban las cámaras se me antojaba una decisión arriesgada. Quería saber a dónde se dirigía. Por otro lado, tarde o temprano escaparía a la escasa red de videovigilancia de la estación, y entonces... ¿qué?

Me puse en pie, tensa, como un corredor de relevos que espera que le cedan el testigo. Quería saber a dónde iba el señuelo para lanzarme en su persecución.

Un momento después tenía la respuesta. La cámara de la central de energía se volvía negra y una serie de ondas longitudinales caían verticalmente por la pantalla, borrando toda nitidez de la misma.

Eché a correr. Busqué el primer tramo de escaleras que descendía hacia los subterráneos helados. Estaba pobremente abrigada, pero no tan poco como la otra vez. Era tanto lo que estaba en juego... Me juré, mientras corría vertiginosamente saltando escalones de tres en tres, que pasara lo que pasara, viera lo que viera, regresaría rápidamente al calor de la estación.

Al llegar a las instalaciones subterráneas fue como meterme en un congelador. Las corrientes del aire del exterior me herían como si fueran espadas atravesándome la piel. Al menos, bajo tierra, no producían tanto dolor como la ocasión anterior. Corrí desesperadamente hacia la central y un minuto después entraba precipitadamente en su interior. Allí la temperatura era soportable. Me sentí aliviada. La combustión mantenía el aire cálido. Respiré profundamente y observé la maquinaria.

La sala era grande, pero la podía inspeccionar con calma. No tenía mi arma reglamentaria encima. No había habido tiempo y no la llevo conmigo habitualmente. No esperaba encontrarme con una emergencia de ese tipo y me maldije por estúpida. ¿Quién estaba allí conmigo? ¿El intruso? ¿El asesino? Quizás ambos fueran la misma persona.

Caminé con precaución, aunque el estruendo del motor ahogaba todo sonido. Tendría que gritar para hacerme oír si tuviera un compañero cerca.

Se trataba de una sala sin salida. La única puerta de acceso se hallaba a mis espaldas. Moví un bidón y dejé la salida entorpecida. No quería que se me escabullera con facilidad.

Ante mí partían tres pasillos en perpendicular, que llegaban hasta el fondo de la cámara. A ambos lados de cada pasillo la maquinaria y la instalación hacía casi imposible ver más allá. Si tomaba uno de aquellos caminos... podría escabullírseme mi extraño fugitivo. Oteé cada uno de los corredores. Estaban mal iluminados y no se veía a nadie. Es posible que estuviera escondido al fondo, donde mi vista no alcanzaba a escrutar. También era posible que no me hubiera oído. Avancé por el pasillo central. Desde allí podía mirar, cuando la maquinaria y armarios eléctricos me lo permitían, en dirección a los pasillos colindantes. Había que arriesgarse.

Avancé con suma precaución. Tal vez debería haber echado a correr... era un mar de dudas. Caminé lentamente durante un minuto interminable. Llegué al fondo de la habitación. Nadie. Revisé más apresuradamente los otros pasillos, di vueltas a la estancia en una y otra dirección. Vacía. El bidón seguía en su sitio.

Antes de que yo llegara, fuera quien fuera el que había estado allí, se me había escabullido. Recuerdo que di una vuelta más, desanimada a la vez que derrengada. La tensión había sido tan intensa que las piernas me temblaban. Me senté en el suelo, derrengada, con la presión sanguínea baja y un sudor frío en mis sienes.

Entonces lo vi.

No era la primera vez que inspeccionaba la sala. Tras el descubrimiento de las grabaciones saboteadas había revisado la sala varias veces. Comprendí entonces que había estado pendiente de la maquinaria, cableados, paneles de mando... cualquier utensilio o instrumento que pudiera ser objeto de un sabotaje o un uso inapropiado. Lo que no se me había ocurrido buscar aparecía ahora ante mí casualmente.

Eran unas marcas apenas visibles en una pared de hormigón que se hallaba en penumbras. Me acerqué y pasé las yemas de los dedos sobre ellas. Parecía como si un taladro hubiera dibujado un caprichoso dibujo sobre el cemento. Además, estaba quemado. Mis manos se quedaron manchadas de ceniza gris. Enseguida comprendí que significaban aquellos surcos. Inspeccioné el suelo. Sabía lo que tenía que hacer. Fui en busca de mi equipo y regresé al poco rato bien pertrechada para soportar el frío.

Apliqué el spray de luminol sobre el suelo y rápidamente aparecieron ante mí trazas azules que mostraban presumibles manchas de sangre. Tomé rápidamente

muestras. Estando en una zona de maquinaria podrían existir sustancias que reaccionaran igualmente. Pero las marcas en la pared me hicieron pensar en el láser, y las manchas en el suelo parecían corroborar una hipótesis cada vez más robusta. Era allí, en esa oscura esquina de la central de energía de la estación Amundsen-Scott donde habían asesinado al doctor Finch.

Capítulo 33

Enfurecí. Comprendí lo que había sucedido y me di cuenta de que necesariamente, si no toda la base, al menos una persona debía estar al tanto de ese hecho. ¿Por qué me lo había ocultado? ¿Eran los demás cómplices? Sin duda Thomas tendría mucho que decir y fue al primero al que busqué.

Lo encontré en su dormitorio, tumbado. Parecía enfermo. Observé una caja de cartón pequeña abierta sobre su mesa. La recordé. El día que había llegado uno de los tripulantes del Hércules se la lanzó.

—Así que eres un mentiroso... entre otras cosas. —Le recriminé casi a gritos. Mi malhumor era considerable—. Bien... ya no sé si eres culpable o no, pero te aseguro que esto no se quedará así.

Se incorporó lentamente de la cama. Parecía que sufría migraña. Me alegré de que pudiera incomodarlo aún más.

—¿De qué hablas?

—El doctor Finch no fue asesinado en los túneles... y lo sabías. Al menos, si es cierto lo que me decías, él no te golpeó en la antesala de los túneles donde me habías dicho, sino en la central de energía. Era allí, en una esquina de ese recinto, donde el doctor Finch había montado sus láseres y donde, por la razón que fuera, fue asesinado.

Hice una pausa antes de gritar mi siguiente pregunta.

—¿Fuiste tú, malnacido, el que se cargó al doctor? —Creo que llené mi boca de insultos que escupía sobre él con furia. Me faltó poco para golpearlo con un puñetazo, pero tenía realmente mala cara. Nunca lo había visto así, y su mal aspecto sirvió para atemperar mi cólera.

—No..., Lucille, yo ya te lo dije... creo que fui yo... ¿qué más da dónde fuera? Fui el primero en confesar... no me quisiste creer, ¿qué quieres que le haga?

Aquella cara de niño inválido me enfureció de nuevo. Es verdad. Él se había confesado culpable... era yo la que había decidido no creerle.

—¿Por qué mentir sobre el lugar de la pelea y sobre el lugar del crimen? ¿No te das cuenta de que las grabaciones fueron manipuladas? Alguien más estaba allí, y ese alguien si no era el asesino, debía ser el cómplice. Tú dices que no recuerdas... pero ¿alteraste tú las grabaciones? ¿Te molestaste en borrarlas?

—No, Lucille..., no sabía nada de esas grabaciones... que hubieran sido destruidas...

—La videocámara de la central de energía habría servido al menos para saber quién demonios estaba en esa sala, y falta la sección en la hora crítica. Vuelvo a preguntar... ¿por qué mentiste en la localización de la pelea? ¿Por qué, Thomas, por qué?

Thomas me miró con cara cansada y después bajó la cabeza. Quedó en silencio.

—¿No ves que quiero descubrir la verdad? De esa manera no te podré liberar del

peso de la ley. Si informara de ello a mis superiores darían el caso por cerrado de inmediato. Están deseando aplacar a los medios de comunicación y de que la polémica y las teorías conspirativas cesen cuanto antes.

—¿Y quién te ha dicho que me tienes que liberar de nada? Lucille, estaba realmente enfadado con el profesor... recuerdo que me provocó... tal vez la ira me cegara. El hecho de que no recuerde exactamente lo que sucediera no quiere decir no fuera yo, cuestión que tú parece que olvidas.

Negué con la cabeza. Aquello era el mundo al revés. El policía evitando que el principal sospechoso resultara incriminado. Rabié. Pensé qué podría replicar el argumento de Thomas, pero mi tensión nerviosa estaba disparada. Hice lo único que podía hacer con dignidad, salir dando un fuerte portazo.

Corrí por el pasillo principal y me metí en la biblioteca, un recinto pequeño, enmoquetado, revestido de estanterías abarrotadas de libros. Me arrojé sobre un mullido sillón y me eché a llorar.

Sí, me sentía confusa y derrotada. No quería incriminar a Thomas porque... era algo así como mi salvavidas en aquel lugar, el hombre sobre el que descansaba de mis dolores y soledades. Lejos quedaban amistades y familia... especialmente eso último, mi familia. Me sentía huérfana y me había arrojado justamente a los brazos del hombre que no debía. Mi desconsuelo era total.

Poco a poco las ideas fueron aclarándose y mi sentimiento de culpa menguando. Opté por tener algo de compasión por mí misma viendo que el castigarme aún más solo iba a servir para convertirme en una mocosa ignorante que no sabía cuál sería el siguiente paso a dar. No, era mejor aprovechar mi ira.

Llamé a Diego por el *walki talki*, y le cité allí mismo. Él siempre había sospechado la presencia del intruso y al parecer el doctor había confiado en su criterio. A ver qué me contaba.

Apareció al cabo de un cuarto de hora. Aún vestía el pesado abrigo de gore-tex, que se fue quitando con la parsimonia que requiere tanto abrigo; guantes, gorros...

—¿Qué sucede señorita? —me preguntó una vez se sentó frente a mí.

—Diego... cuéntame de qué va todo esto. Háblame del intruso.

Me miró pensativo. Difícil saber lo que pensaba.

—¡Háblame del intruso o juro que acabarás entre rejas por obstrucción a la justicia! —El grito y mi semblante, que debió de enrojecer como la grana, conmocionaron al trabajador. Por primera vez vi en su rostro un atisbo de nerviosismo. Al fin parecía que tenía un abrelatas para reventar aquellas mentes llenas de secretos.

—Yo fui el que se lo comentó al doctor Finch en primer término. —Inició su relato de forma vacilante, pero progresivamente su discurso adquirió el tono de una narración consistente—. Como le había comentado anteriormente, he sido marinero de mercante durante muchos años y he lidiado con muchos polizones. Son auténticos genios, se hacen invisibles. Se juegan mucho en esos viajes, tanto que no podemos ni

imaginar lo que están dispuestos a pasar. Se esconden en escondrijos diminutos en condiciones de humedad, temperatura, ruido, que volverían loco a una persona normal. Se mueven con sigilo, duermen de día y si necesitan víveres o agua salen lo imprescindible, una vez se aseguran que están completamente a salvo... Pero...

Hizo una pausa. Le requerí a que prosiguiera con la mirada.

—Pero es inevitable que acaben dejando algún rastro. Cosas que faltan o algo movido de su sitio. Con los años aprendí a reconocer su presencia, aunque nunca me molesté en delatarlos salvo cuando se convertía en una cuestión grave o de seguridad. —Suspiró—. Había visto al doctor Finch realmente entusiasmado con su experimento. Sé que había introducido modificaciones en los sensores. Jonas me suele contar a veces de qué va lo que hacen. Estaba claro que estaba contentísimo... pero de repente todo su éxito se terminó y se le veía preocupado. No entendía a qué se debía que su experimento se fuera a pique. Entonces me pareció que lo legítimo era contárselo.

—¿Contarle el qué? —Mi voz había enronquecido. Los gritos y la furia hacían sonar mi voz grave. No la reconocí, como si realmente yo fuera un espectador en mi propio cuerpo.

—Que hay alguien más aquí, entre nosotros. Es algo que ya había comentado a Thomas, Soren o Bob. No parecían creerme... o al menos no mostraban el más mínimo interés en ello. Pero de repente el doctor Finch creyó en mí. Fue realmente extraordinario... le cambió la cara. Parecía como si ese polizone que teníamos a bordo explicara por qué su experimento había fracasado. Ignoro por qué, pero él estaba convencido que estaba saboteando sus ensayos.

—Y... ¿cómo estabas tan convencido de que tenemos un intruso en la base?

—Porque... a veces lo siento. Sé distinguir cuando un quejido de la estructura es por el hielo glaciado bajo nuestros pies que se desliza, o una persona que se mueve lentamente por las planchas de los pasillos que no quiere hacerse notar. Me recuerda mucho a los barcos. Alguna vez he visto una sombra escabulléndose... —Asentí. Me recordaba a la impresión que tuve cuando perseguí a alguien hasta el exterior y estuvo a punto de costarme la vida.

—¿Por qué alguien se iba a colar en una base antártica para sabotear un experimento? El doctor ya había encontrado la explicación a la Luz de Damocles...

—No, señorita, eso no es así exactamente. —Diego me interrumpió alzando la mano—. El doctor encontró la explicación a la Luz mucho más tarde. Primero quiso capturar al intruso y dispuso varias trampas. Yo le ayudé a ello.

—¿Qué sucedió?

Diego meneó la cabeza antes de hablar.

—Es muy listo. Ni asomo de dejarse atrapar. En la cocina, en la despensa... en sitios donde pensábamos que tendría necesidad de pasar... pero nada.

Me quedé mirándolo. Diego prosiguió.

—El doctor Finch era una persona muy desagradable. Los fracasos en los intentos

de capturar al intruso... el hecho de que el experimento no estuviera saliendo como esperaba... contribuían a que resultara realmente insoportable. Las pagaba especialmente con la gente de su equipo, Jonas... y sobre todo Soren... el más débil, claro. Con Thomas no se atrevía... hay algo en ese hombre... Pero bueno. Un día de repente parecía que se había vuelto loco. Estaba trastornado. Decía que lo había entendido todo. No sé muy bien por qué, pero se empeñó en capturarlo con el láser. Había estudiado los equipos y estaba convencido de que servirían para su propósito. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Fue entonces cuando tuvo una reunión, solo con sus colaboradores. Cuando expresó su intención de usar los láseres todo el mundo se opuso, así que tuvo que reunirse con ellos para explicar sus motivos...

—¿A ti y a Bob y a Megan os excluyó de la reunión?

—Exacto. No éramos equipo científico y no íbamos a comprender sus motivos, así que nos dejó al margen.

—¿Qué sucedió?

—Lo ignoro por completo pero... lo único que sé es que acabaron a grito limpio. Finch y Jonas por un lado, Soren y Thomas por otro. Estuvieron días sin hablarse... de hecho, hasta la muerte del doctor Finch.

—Y aún así el doctor intentó llevar a cabo su trampa... ¿por qué en la central de energía?

Diego me miró extrañado. Era obvio que no sabía nada de eso. Recordé que había estado toda la mañana fuera en compañía de Bob. Seguramente ni habían prestado atención a unas marcas casi indistinguibles en una pared al fondo de la sala del generador. Asentí pensativa. Por fin había encontrado una veta.

Ahora, después de haber redactado todo cuanto me ha contado, me voy a tumbar un buen rato a masticar toda esta información. La perspectiva de los hechos ha cambiado, ya lo creo que sí.

Capítulo 34

Mi madre me había solicitado una videoconferencia insistentemente durante los últimos días, cuestión que había postergado lo máximo posible, hasta el punto de que ya me parecía incorrecto demorarlo más. Era un encuentro que no deseaba. Sabía perfectamente lo que pretendía y era algo a lo cual yo no estaba en absoluto dispuesta, al menos de momento. No sé cómo seré dentro de cinco años, pero ahora hay temas de los que prefiero no hablar.

—Hola Lucille. Se te ve agotada. ¿Seguro que estás bien?

La imagen de la webcam no es precisamente ideal para realzar el aspecto personal. Pero no tenía ganas de enzarzarme en una discusión sobre mi aspecto o la calidad del vídeo. Tampoco ella tenía un aspecto muy brillante, pero obvié entrar en recriminaciones. Lo cierto es que esta noche, después de todo lo acontecido durante el día, incluido el descubrimiento del lugar del crimen y la pelea con Thomas o el interrogatorio a Diego, me encuentro en un estado irritable, nada idóneo para una apacible conversación familiar. Además... no me gusta que me presionen.

—¿Qué tal estás cariño?

Era necesario que me explicitara un poco. Mi madre no se iba a conformar con un convencional «muy bien, gracias».

—Estoy bien aquí. Apenas salgo al exterior, hay unas temperaturas de ultracongelación ahí fuera. Sin embargo, todo es muy tranquilo y confortable dentro. Me encuentro bien.

—Pero se te nota preocupada, te conozco bien hija.

Asentí.

—Es el trabajo mamá...

—Creo que te están explotando. Estar día y noche en un destino como ese...

Mi madre iniciaba una cantinela que ya conocía.

—Me pagan bien y además, fui yo la que elegí este destino. Sabes bien que me apetecía cambiar de aires.

—Sí, cariño, pero... ¿tanto?

Un largo e incómodo silencio. Mi madre decidió cambiar de tema. Observaba mi terco silencio que mantenía con aire fastidiado. Estaba cumpliendo con una obligación que me resultaba incómoda y se notaba. De hecho me apetecía que se notara.

—Hija mía..., ¿estás preocupada?

—¿Por qué iba a estarlo? Sé cuidar de mí misma.

—Lo sé, Lucille, lo sé. Siempre fuiste una chica dura. Cuando entraste en el cuerpo de policía... me preocupé un poco al principio, pero después se hizo evidente que se te da bien tu trabajo... Yo me refería a la Luz. Cada día más cerca..., no sé... Es algo que me da muy mala espina. ¿Sabes? Los amigos de tu padre se temen lo peor. Todos están muy asustados.

Sentí pena por mi madre. Ni siquiera estaba allí, junto a ellos, para darles ánimos.

—Ya verás como al final no es nada importante.

—Cada día que pasa el haz de luz parece más grande. Dicen que la Tierra va a pasar cerca del haz de luz... pero ¿tanto? Como sigamos acercándonos de esta manera nos va a achicharrar... —Mi madre intentaba hacer un chiste, pero su media sonrisa se deshizo casi al instante. Estaba al borde de las lágrimas—. Yo, Lucille, siento tanto todo lo que ha pasado... —prosiguió.

—¿Ya estamos, madre? —Sentí que mis ojos se humedecían. No soportaba verla sufrir.

—Si al menos... estuvieras aquí... o si al menos pudieras hablar con tu hermana, reconducir las cosas... hacer las paces...

—Es inútil. Todo está acabado con Susan.

Mi voz me resultó extraordinariamente dura, incluso para mí. Veía a mi madre destrozada pero algo dentro de mí me impulsaba a ser cruel. Era el dolor y el sufrimiento que arrastraba dentro de mí. Me espoleaba para ser cruel y esparcir ese dolor sobre mis seres queridos.

—Yo... —Mi madre se deshizo en lágrimas. No pudo seguir y se levantó de la silla. Había alguien más a su lado. Vi como unos brazos se extendían hacia ella y la abrazaba.

Aguardé unos segundos. Alguien se sentaba en su sitio. Comprendí al instante, cuando vi el pelo lacio y rubio, que se trataba de mi hermana Susan. Miró a la cámara, extraordinariamente seria.

—¿Qué tal te va todo Lucille? —preguntó.

—Bien, me defiendo muy bien aquí.

—Decían que ese tal doctor Finch podría ser alguien importante... aunque la Casa Blanca lo niega.

—Sí, seguramente tengan razón. —Respondía lacónica. No podría ser de otro modo.

—¿Qué tal con la gente de la base?

Le miré en silencio. Notaba la cólera dentro de mí, que crecía como una ola incontenible.

—¿Qué tal con Adrian, Susan? ¿Os va bien a los dos?

—Lucille... siento de veras que todo acabara así.

—Bueno, para vosotros no acabó... más bien empezó. ¿Sabes? Ya te lo he dicho mil veces. Que mi hombre me engañara, vale, pero que mi hermana me traicionase... es algo duro de entender.

—Te apartaste de él, Lucille. —La voz de Susan parecía flaquear en tanto que la mía bullía repleta de furia.

—¿Me aparté... o tú te entrometiste?

—Adrian sentía que lo habías abandonado... te iba a dejar. Simplemente aguardaba a reponerse de la muerte de su padre y de la quiebra de la empresa...

—Bueno... para ambas cosas encontré un buen remedio, ¿no es así?

Sentía que mis palabras se clavaban en ella como dardos.

—Lo que no entiendo es cómo mamá y papá en vez de alejarse de ti, traidora, te siguen queriendo... y en cambio a mí, me piden que tenga paciencia y comprensión. Me parece que todo es aborrecible... ¿Por qué crees que elegí este destino? ¿Aunque fuera peligroso, aunque fuera un destino que nadie quisiera? ¿Por qué?...

Lo había conseguido. Dos gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de mi hermana.

—Porque ya todo me da igual, Susan, todo me da igual —concluí con desprecio.

Sí, ya todo me da igual.

Yo también lloraba cuando interrumpí la conexión bruscamente.

Capítulo 35

Ha sido una jornada horrible.

Empezaré por el principio.

Llevo la *glock* encima todo el día. No es algo relevante pero sí sirve para mostrar mi estado de ánimo, desconfiada de todos, y en tensión, como si supiera que en cualquier momento puede sobrevenir una crisis. Después del incidente de la central de energía no quiero volverme a encontrar en una situación comprometida indefensa. No he logrado nada nuevo en los dos últimos días. Sigo revisando notas y vídeos del doctor Finch. Me estoy informando de todo cuanto tiene que ver con la investigación que se desarrollaba en el IceCube, pero me parece que estoy perdiendo el tiempo.

Un hecho curioso. Reynold parece haber desaparecido de mi vida. Me había alegrado por ello, pero lo que habría de suceder esta mañana me ha hecho comprender su cambio de actitud. Antes eran habituales sus peticiones de información y la solicitud de videoconferencias, que yo no me esforzaba demasiado en satisfacer, la verdad, pero hoy he entendido la causa.

¿Qué ha sucedido? A media mañana Bob nos llamó a todos por el *walki talki*. No especificó el motivo, pero unos cuantos acudimos a la sala de cine, donde nos había convocado. La televisión estaba encendida y todos permanecían en pie, excepto el propio Bob, que estaba sentado en el sillón. Salvo por la voz del comentarista, el silencio era absoluto.

Era un aviso informativo. La noticia parece ser que había sacudido al mundo. Daba igual la cadena que se pusiera, Bob hizo un repaso de varios canales, todos mostraban gráficos similares, contaban con expertos en el estudio, y todos los reporteros y entrevistadores mostraban un semblante tan preocupado como debería tener los propios televidentes. La noticia resultaba aterradora. La Tierra iba a interceptar el haz de energía en un plazo de algo más de un mes. Diversos estudios habían determinado la misma conclusión. Finalmente las autoridades mundiales se habían visto obligadas a dar a conocer la noticia, que ya no tenían forma de contener. El ánimo de la población se había dinamitado. Algunas cadenas mostraban el estado de las principales avenidas de diversas capitales del mundo, vacías, como un escenario de «El último hombre sobre la Tierra».

Soren miraba el televisor mientras negaba con la cabeza, como queriendo evitar creer lo que se decía. Thomas permanecía impertérrito, la mandíbula prieta, rígido. Jonas era el más nervioso de todos. Se movía inquieto de un lado de la sala al otro, como si estuviera en su mano poder hacer algo para evitarlo. Se encontraba fuera de sí.

Varios expertos opinaban sobre las consecuencias del impacto de semejante haz de energía sobre el planeta. Avisaban de un daño colosal, si bien no sería capaz de destruir el planeta por completo porque el tiempo de intersección sería rápido, allá donde golpeará el haz de energía la destrucción sería devastadora. Aún no se sabía

con precisión cuales serían las regiones afectadas. Se podía sentir como el mundo entero quedaba paralizado por una ola fría, paralizante, de miedo.

Bob fue el primero en abandonar la sala, los ojos inundados en lágrimas mientras murmuraba que quería hablar con sus hijas y su mujer. Mientras, el televisor seguía mostrando detalles de cómo se había concluido, mediante paralaje estelar, la posición exacta del haz de luz. No era casualidad que la Luz de Damocles figurase día tras día abarcando un espacio mayor del horizonte. Es que vamos a caer sobre un haz de energía que arde a millones de grados de temperatura. Ya lo han dicho algunos científicos. No hay medio de sobrevivir a eso.

Así que eso debía ser lo que Reynold había intentado evitar decirme. Con razón estaba nervioso y preocupado. Lo sabía, pero no podía filtrar la noticia. Aún así... seguía habiendo algo que no comprendía de su actitud.

Me pregunté durante un segundo dónde estarían Diego y Megan... Fue el último intento que tuve por mantener la cabeza fría, pero no pude evitar que mi alma se viniese a los pies. Me desmoronaba. Recordé a mi familia, mis padres, mi hermana, y la agria relación que se había instalado entre nosotros. Deseé ser capaz de borrar ese rencor que anidaba en mi corazón, pero sentí ganas de vomitar. Era superior a mi fuerzas, no sabía cómo... Odiaba a mi hermana por lo que me había hecho y no soportaba el intento de conciliación de mi madre justificando o minusvalorando lo que para mí era gravísimo.

Cuando abandoné mi ensimismamiento caí en la cuenta de que quedábamos solos en la sala Jonas y yo. Me había sentado y ya no prestaba atención a nada de lo que se decía en la televisión. Me di cuenta entonces de que Jonas me estaba hablando, llevaba un tiempo así, pero me encontraba tan abstraída y conmocionada que le obligué a que se repitiera.

—Tienes que obligar a Soren y Thomas a que hablen. Ellos pueden parar esto... lo sé.

—¿Perdona? ¿Ellos pueden parar esto? ¿Estás loco? Estamos hablando de una haz de energía colosal cuyo origen está a años luz de nosotros... —Jonas estaba afectado por la noticia, había perdido el juicio.

—Ellos saben algo... al menos Thomas, estoy seguro.

—¿Qué es lo que saben, Jonas? ¿No crees que tú también deberías decirme lo que me ocultas?

Jonas me miró de hito en hito, tenso.

—No puedo, Lucille, no puedo porque yo no lo sé.

Sentí la ira creciendo dentro de mí.

—¿A quién proteges, Jonas?

—Lucille, yo soy de los buenos. ¿No lo entiendes? Es a la Casa Blanca a la que protejo. Decidí apoyar al doctor Finch... pero nunca soltó prenda. No sabía lo que había descubierto... ni me lo contó. Sin embargo...

Quería revelarme algo. Le apreté el brazo con fuerza.

—Sin embargo, cuando propuso detener al fugitivo de la base utilizando los láseres Thomas y Soren se opusieron con vehemencia. No entendía su postura, fue entonces cuando comprendí que estaban hablando de algo diferente... yo no sabía cómo, pero habían descubierto un hecho sorprendente que tenía que ver con la Luz de Damocles, y ante eso sus opiniones habían divergido... frontalmente. Soren no soportaba a Finch, así que para su sorpresa, se mostró de acuerdo con Thomas.

Miré a sus ojos oscuros, fijos en mí, como si pudiera extraer la información que me ocultaba por la pura rabia que me dominaba.

—Después el doctor Finch quiso tender su trampa al fugitivo por su cuenta. Ya sabes cómo acabó eso.

Me quedé en silencio, valorando todo lo que me decía. Es verdad que no tenía sentimientos muy claros hacia Thomas, pero sentía una inclinación hacia él, un afecto. No soportaba que me estuviera engañando desde el primer día. No parecía propio de él. No podía haberme equivocado tanto... otra vez.

—Thomas debería contarte todo lo que sabe. —De repente cambió de tercio—. Él y Finch lo sabían todo. Finch murió... solo queda Thomas al tanto del secreto del descubrimiento del doctor... ¿Por qué no te lo cuenta todo? Al fin y al cabo va a morir.

Me eché para atrás. Jonas comprendió qué sucedía.

—Ah... ¿no sabías lo de Thomas? —Bufó. Acababa de comprender que había metido la pata. Su semblante mostró solemnidad cuando prosiguió, mientras miraba a un punto indeterminado y lejano, mucho más allá de la pantalla del televisor—. Es un cáncer terminal... muy agresivo.

Jonas se levantó y se alejó de mí. Murmuró una frase final de despedida.

—Sí, creo que le queda poco tiempo.

Capítulo 36

—¿Se trata de un ataque Reynold?

Miraba fijamente a mi supervisor, que esquivaba las respuestas en ambigüedades y eufemismos.

—Compréndelo Lucille. No puedo revelar secretos de Estado.

Me sentía enferma. Conocía bien a Reynold Abbott y sé lo que le encantaba figurar como una persona informada, con acceso a secretos y personas influyentes. Seguramente era su medio por el cual inflaba su maltrecha autoestima. Ya era así cuando trabajaba en la sede de la policía de Chicago. Ahora que tenía hilo directo con la Casa Blanca su papel de «hombre con información privilegiada» le podía. Tal vez no supiera nada de nada, pero... había algo en su nerviosismo, en su mal disimulada sonrisa forzada, que me incitaba a pensar que ocultaba un secreto incómodo.

Intuyo que probablemente se trate de lo que el doctor Finch había revelado en su informe remitido al gobierno. No sabría decir si Reynold está completamente al tanto de ese informe, pero me figuro que sí. Ahora, cuando la noticia de la colisión con la Luz de Damocles era pública, cuando se sabía a qué nos enfrentábamos, Reynold podría haberme reconocido que sí, que uno y uno son dos. Tenemos un haz de energía de origen desconocido, pero que todo indica que es de origen artificial, es decir, generado por una inteligencia. Y por otro lado ese poderoso haz va a golpear la Tierra devastándola. Se trata de un ataque que producirá una mortandad importante y una destrucción incalculable. ¿No debía ser ese el secreto revelado por Finch? ¿Había algo más?

Sí. Reynold sigue ocultando algo. Y no es que tenga la impresión o el presentimiento. Es que estoy completamente convencida de ello. Su torpeza ha sido mayúscula. Si quería mentirme podía haber reconocido que, en efecto, la información que manejaban en secreto era la de un ataque alienígena con la Luz de Damocles. Y no lo ha hecho. Ha seguido actuando como un político incompetente al que han pillado en una mentira. Muy nervioso, cariacontecido. Mantuvimos una conversación de besugos, en las que le insistí de mil maneras distintas para que me revelara la verdad y de mil maneras distintas él se negó a colaborar. Estaba convencida que esa información ayudaría a desvelar todo lo que había sucedido en la estación y que había culminado con el asesinato del doctor. Finalmente le insulté de varias maneras distintas. Le atacé por el hecho de ser un funcionario sin capacidad de tomar decisiones, sin resolución, cobarde... Pero era como intentar mover una mole de granito de varias toneladas de peso. Reynold sería todo lo incompetente que yo quisiera, pero si había logrado trepar a lo más alto era por su férrea capacidad de guardar un secreto cuando le convenía, y de usarlo en su favor cuando llegaba la oportunidad de hacerlo. Era completamente insensible a mis insultos.

Finalmente me rendí. Opté por cambiar de tema.

—Hay algo que no te había contado, Reynold, aunque... —Vi que se inclinaba

hacia delante, ávido de obtener una primicia, un trofeo que ofrecer a sus superiores —, se trata de un asunto absolutamente menor. —Se me quedó mirando contrariado—. He perdido el expediente de una de las personas de la base. Es increíble. No sé cómo ha sucedido. Habrá sido un sector defectuoso en la memoria del pendrive... — Intenté que mi voz no traicionara el interés que tenía en esa información.

—A ver dime el nombre. Tomo nota y te lo reenvío.

—Megan Dawson.

Reynold tomó nota del nombre con velocidad. Mientras lo hacía me hizo una pregunta.

—¿Qué hay del intruso, Lucille? —Preguntó sin levantar la vista siquiera. Parecía que estaba pendiente de una *tablet* en la que disponía de información que se actualizaba. Podría ser cotizaciones de valores de bolsa o informes secretos que la Casa Blanca le facilitaba. En cualquier caso parecía más interesado en ello que en mí.

—¿Por qué tanto interés por el intruso? —pregunté con el ánimo agresivo y tono irónico.

—Bueno, si el doctor Finch estaba en lo cierto en relación a la Luz de Damocles, cabe esperar que tal vez su «intruso» no fuera algo tan descabellado como pudiera pensarse.

—Ya no te veo tan inquisitivo como semanas atrás... ¿qué ha sucedido Reynold? Al principio no cesabas de llamarme y de preguntarme por cómo iba la investigación... y ¿ahora? A duras penas me atiendes. Me he pasado toda la tarde intentando dar contigo... ¿Qué sucede?

Yo misma empecé a darme cuenta de todo mientras observaba el semblante inmóvil de Reynold, que no decía palabra.

—Claro... el doctor Finch ha dejado de ser portada de noticias. Desde que se supo que el haz de energía era de origen artificial la gente dejó de interesarse por el misterioso asesinato del que proclamaba haber descubierto del secreto de la Luz de Damocles... porque ya no es un secreto...

Reynold me miraba con fijeza.

—Pero claro... los medios de comunicación no saben lo que sé yo.

—...¿y qué sabes tú, pequeña? —Los ojos de Reynold parecían haberse empequeñecido hasta reducirse a dos diminutas pupilas titilantes.

—Sé que el doctor Finch había descubierto algo incluso más terrible de lo que los medios están anunciando.

Reynold bufó. Él mismo se había encerrado en su trampa. Se revolvió en su asiento.

Seguí con mi ataque.

—Sé que tenéis un colaborador aquí, que seguramente informe a otro enlace de la Casa Blanca... —Reynold se sentía cada vez más incómodo—. Lo cierto es que aún no tengo claro si es la propia Casa Blanca la que desea encubrir el asesinato del doctor Finch porque... tal vez fuera el gobierno el que quisiera verlo muerto.

—Tonterías. —Después de pensarlo un instante pasó al ataque—. Mira pequeña. Espero que no se te ocurra meterme en un lío... porque entonces la que vas a estar realmente en apuros vas a ser tú. No lo olvides. Yo soy tu cordón umbilical con tu trabajo, tu puesto de inspectora en Chicago... y en general, con tu vida fuera de ese cubito de hielo en el que estás ahora. Un informe negativo mío, Lucille, y no te admitirán ni como vigilante de parking en Florida, ¿entiendes?

Sus ojos destilaban furia. Sí, un animal acorralado.

Me reí. No, no tenía miedo... al menos a Reynold desde luego que no.

Capítulo 37

Me siento confundida... y atemorizada. Tal vez sea por eso, que a pesar de que cuando tengo la cabeza fría y pienso que no debía involucrarme sentimentalmente, que debo apartarme de Thomas y observar los hechos que apuntan a él como uno de los principales sospechosos, después caigo rendida en sus brazos, como si fuera otra persona completamente diferente que no tiene ni una sola idea clara. Thomas es granítico, incapaz de expresar un sentimiento, aunque su trato, sus caricias, su misma mirada me bastan para sentirme segura.

Comprendo lo que me pasa. Tengo miedo.

Sí, tengo miedo por lo que puede pasar en siete semanas. Nos aproximamos a la Luz de Damocles. Será la cara y la cruz para muchos. No habrá posibilidad de saber exactamente cuáles serán las regiones afectadas. Cada día salen estudios distintos que indican un hemisferio u otro, un continente o sus antípodas. Si aquí me siento asustada, me imagino cómo será en las grandes ciudades. He dejado de seguir las noticias, no las soporto. Parece que el mundo se ha detenido y la apatía ha alcanzado a todos. Es como si el rayo nos hubiera golpeado ya. La muerte ralentizada cruelmente.

Así que me siento sola y tengo miedo. No siempre, no todo el tiempo, pero es que basta un solo segundo en el que flaqueo y todo se desmorona. Thomas es la única persona en la que confío... Lo necesito desesperadamente. Le he reprochado todo, le he gritado, le abrazado, le he besado. Me siento rota.

Hemos hecho el amor. Ha sido un acto de desesperación.

Su vida se le escapa entre las manos. Lo tiene asumido. Pensé al principio que se había rendido, una especie de derrota, pero no es así. Mira a la muerte de cara... y la ha aceptado. Casi podría decirse que ha aprendido a liberarse. Mientras yacíamos en la cama me ha explicado cosas... que no puedo comprender del todo porque no he sufrido lo que él. Los dolores son terribles y acude a la morfina buscando alivio. Dice que todo es cuestión de entrega... y aceptación. El dolor... o mejor dicho, el sufrimiento, es la resistencia a los hechos que no podemos cambiar. Si no hay resistencia, no hay sufrimiento. Tal vez tenga razón... pero no alcanzo a entender. Miro mi dolor particular... y soy incapaz de aceptar nada, la rabia me ahoga.

Y sufro, sí. Una parte de mi requiere a mi familia. Necesitaría hablar con ellos, sentir su cariño, abrazarlos, consolar y ser consolada... y otra parte de mí se subleva con fuerza ante esa idea. Abrazada a Thomas siento ese pulso dentro de mí, despedazándome, como un dragón feroz dentro de mí hundiéndose sus zarpas en mi carne, desgarrando el alma.

—¿Fue por eso por lo que quedaste inconsciente en la disputa con el doctor Finch?

Cuando me asfixio con pensamientos que me inquietan huyo hacia el trabajo. Thomas asintió. Me corroboró que a veces sufría desvanecimientos.

—Me lo tenías que haber contado antes —le increpé suavemente.

—¿Qué habría cambiado eso? —Preguntó a su vez.

—Cambia que te hace parecer más inocente.

—Tú has querido convencerte de que lo soy desde el principio.

—Creo que estás intentando proteger a alguien... y creo que sé a quién.

Me miró, pero le obligué a callar. Cada vez era más nítido el crimen... pero sí, todavía había muchos flecos para redactar el informe... si es que esa tarea tenía ya algún sentido.

—Cuéntame el descubrimiento del doctor Finch. Creo que hay algo más de lo que dicen los medios.

—Ahora sí que reconozco que me has sorprendido de veras.

—Hay gente que piensa que tú lo sabes.

—Sí, Jonas lo cree... —murmuró para sí.

Después hizo una larga pausa. Me quedé mirando el leve resplandor rojizo que se colaba por los resquicios de la persiana de lona que cerraba la ventana de la habitación. Me sentí inquieta, pero Thomas retomó el hilo de la conversación antes de que la Luz de Damocles volviera a hundir mi ánimo.

—El doctor Finch sufría un grave problema de egocentrismo. Estaba tan absorto en sus cálculos y en sus historias que olvidó que, en una de sus rabietas, cuando no entendía lo que había pasado con su experimento, me pasó la información del primer evento en el que los sensores detectaron una lluvia de neutrinos de alta energía. Quería que repasara sus modificaciones. Estaba convencido de que todo estaba mal hecho.

—El doctor creía que las detecciones que había realizado el IceCube tenían relación con la aparición de la Luz de Damocles. Después se quedó perplejo cuando la detección cayó en picado. Pensaba en un saboteador... Pero, ¿descubriste algo al ver los datos?

—Sí, caí en la cuenta de un hecho curioso y de hecho, cuando se lo comuniqué al doctor, se quedó perplejo. Durante unos días parecía abstraído... y después volvió a mostrarse desconfiado de cada uno de nosotros. Ya para entonces había elucubrado qué era la Luz de Damocles.

—¿Qué fue lo que le detectaste?

—Bien... era un detalle relevante. Como bien dices, existe una relación entre la aparición de la Luz de Damocles y el pico de neutrinos, si bien no es la relación causal que él estaba dando por sentada. El orden de sucesos no era como el doctor Finch había supuesto. Estaba tan convencido de que la lluvia de neutrinos acompañaba a la Luz de Damocles que ni siquiera se molestó en verificarlo. Yo en cambio sí lo hice. El evento de los neutrinos antecedió a la aparición de la Luz, no en mucho tiempo, pero en física, un segundo puede cambiar por completo la interpretación de un suceso. Puede ser tan drástico como para decir que lo que interpretabas como consecuencia de un evento no era tal, sino la causa.

—Es decir..., la Luz de Damocles apareció después...

—...de la detección de neutrinos. Exacto. Lo que se pensaba que era la causa más bien pudo ser una consecuencia del hecho de que el experimento fuera un éxito.

Me quedé callada sopesando esa información. Tenía más peso de lo que pudiera parecer.

—¿Y no te reveló lo que él dedujo a raíz de esa información?

Thomas se rio.

—El doctor Finch no compartiría con nadie ni un sorbo de agua. Por supuesto que no. Sin embargo temía que yo llegara a la misma conclusión que él. Tal vez por eso me trataba con más deferencia... o con más temor, y Jonas interpretó esa relación como que compartíamos su secreto, pero te aseguro que no era así.

Nos quedamos abrazados un rato más en silencio. No podía meterme en la piel de un astrofísico, un genio, que había descubierto algo que podría ser incluso más terrible que la Luz de Damocles barriendo con su fuego infernal la superficie de nuestro planeta.

Capítulo 38

He tenido un golpe de suerte. Pensaba que ya había visionado todos los videoblog del doctor Finch, pero como soy metódica se me ocurrió que tal vez hubiera tomado una salvaguarda a partir del momento en el que empezó a sospechar que existía un intruso en la base, y ¡eureka! El doctor Finch había sido precavido. Había alterado las extensiones de los archivos de vídeo y las había cambiado de ubicación en el disco duro, en una carpeta del sistema absolutamente intrascendente. Hice una búsqueda general de archivos y los ordene por fechas. Aparecieron archivos de gran tamaño con extensiones que el ordenador no reconocía. Las renombré como archivos de vídeo, y aquí estoy de nuevo, estudiando largas horas de vídeo de Amadeus Finch. Ha sido toda una inyección de adrenalina.

En el primero de tres de los largos archivos de vídeo que he visionado el doctor Finch parecía absolutamente colérico. No paraba de insultar a Thomas. Me costó tiempo darme cuenta de que se refería a él.

—Ese auténtico canalla... me ha arrebatado la información... él dice que yo se la facilité... ¡Mentiroso! Debería denunciarle, robo de información... —El doctor gritaba, exasperado. La grabación se había efectuado en el IceCube, en su despacho, pero el científico aún permanecía enfundado en su abrigo de gore-tex. Su semblante, apenas visible entre el grueso cuello del abrigo y el gorro polar, parecía enrojecido por la ira. Sacudía la cabeza, los brazos, en aspavientos iracundos. No me habría gustado conocer a semejante personaje. Aún desconociendo con certeza la causa de su enojo, empecé a barruntar con acierto por dónde iban los tiros. Coincidió con el testimonio de Thomas, para mi alivio.

Prosiguió con su diatriba, pero más calmado.

—Ese inepto... ha estudiado los datos de mis observaciones y... el muy cretino ha sido tan estúpido que se ha dado cuenta de algo que increíblemente se me pasó por alto. ¡Dios mío! Espero no tener que compartir mi gloria con semejante chiquilicuatre... Años trabajando en esto y un advenedizo de última hora tiene la fortuna de dar con un diamante, un dato infinitamente más relevante de lo que parece. —Sacudió la cabeza, negando—. Debo ser absolutamente precavido. No puede ni debe sospechar que su hallazgo fortuito tiene trascendencia alguna. Lo ignoraré... sí... voy a evitarlo al máximo posible. Me apoyaré en Jonas y Soren. Son trabajadores..., buenas mulas de carga con nada de materia gris. —El doctor sonrió, con alivio. Después se quedó largo rato pensativo, mirando la cámara, para después levantarse y desaparecer de escena. Se oía como manipulaba la terminal de un ordenador cercano. Los chasquidos de un teclado junto con el crujido de una silla de ruedas al moverse era cuanto podía oírse de vez en cuando. Ocasionalmente el doctor parecía canturrear algo. Nunca lo había visto con ese estado de ánimo.

Ya había sucedido antes. El doctor dejaba la cámara grabando, y después, inesperadamente, regresaba a ella, la mayoría de las veces para soltar una larga

digresión científica que me aburría hasta el infinito. Pero no quería obviar ni un solo segundo de aquellos testimonios postreros.

Inesperadamente reaparece en la pantalla. Parecía más sosegado. Yo diría que casi feliz.

—Sí, el cronograma es importantísimo. Estaba tan convencido que la lluvia de neutrinos había aparecido como consecuencia de la Luz de Damocles que ni siquiera me detuve a considerar que podría ser de otra manera... ¡Quién iba a imaginarlo! — Exclamó eufórico—. Claro que esto abre una serie de posibilidades absolutamente fantásticas. Es decir... ¿Qué es lo que hice yo para...? No, no puede ser. Los sensores no son más que eso, sensores, no podrían generar nada... eso es absolutamente desproporcionado y absurdo. Lo que está claro es que los sensores modificados fueron capaces de percibir una presencia de neutrinos de alta energía... que era justamente lo que estaba buscando. Después de una reacción fulgurante... sucede la Luz de Damocles... es una consecuencia de ¿mi éxito?

El doctor Finch sacudió la cabeza negando.

—Vamos a ordenar ideas. Los sensores detectaron una lluvia de partículas fruto de la colisión de los neutrinos, algo que predecía la teoría de cuerdas... Esa lluvia debido a la colisión de neutrinos de alta energía con mis placas modificadas verifica la existencia de dimensiones adicionales, es consistente con la teoría... Claro que es posible que... de igual manera que aquí, en nuestro... universo... se produjo un relampagueo de nanopartículas, otro tanto pudo suceder en otras dimensiones que no percibimos.

El doctor quedaba abstraído de nuevo, como si su busto fuera de mármol. Podía observar el brillo de sus ojos trasluciendo un pensamiento frenético, mientras su pecho mostraba una respiración agitada. ¿Qué pasaba por la cabeza del Amadeus Finch en ese momento?

Desapareció de la pantalla. Se hacía de noche, la grabación, de varias horas, concluía por fin sin que el doctor hubiera hecho la anhelada revelación que esperaba.

* * *

En el siguiente vídeo el doctor se encontraba en su despacho de la base. Abrigado con un suéter de lana de un rojo llamativo. Su rostro enrojecido y el pelo aún húmedo me hicieron pensar que acababa de salir de la sauna.

—No sé aún cómo no he atado cabos antes —comentó con voz sosegada—. Ahora comprendo que todo está relacionado... increíble y terriblemente relacionado. Diego me lo había dicho y después empecé a pensar que tal vez fuera el polizonte, como dice él, el que me ha estado saboteando las observaciones. Los sensores están estropeados. No sé si ha sido debido a la sobrecarga o porque alguien deliberadamente los alteró... y esto mismo encaja con las implicaciones sorprendentes que había colegido. Resulta tan pavoroso que me niego a pronunciar lo

que pienso en voz alta...

Amadeus Finch se quedó mirando la pantalla en silencio.

—Corremos un grave peligro. Es algo inimaginable... pero concuerda. Debemos... debemos atrapar al intruso. Él tiene la clave de todo esto. Si lo detenemos podremos saber en qué va a terminar todo, empezando por la Luz de Damocles y... Cada vez que pienso que puedo haber sido yo el que ha iniciado todo esto... —El doctor Finch suspiró—. No, me niego a creer que no se pueda actuar y hacer algo. Debemos detener al intruso antes de que sea demasiado tarde. Él nos dirá cómo detener la Luz.

El doctor echó un vistazo a un bloc de notas. Se ve que había estado pensando en los pasos a seguir y de alguna manera había urdido un plan.

—Necesito la ayuda de los demás. No quiero dar demasiado protagonismo a Thomas, podría empezar a creerse alguien y no quiero tener problemas después. Yo soy el director del IceCube, a fin de cuentas. Me he asegurado que Jonas me secunde. Le he prometido un puesto fijo en mi departamento de Berkeley y el muy arribista ha aceptado sin vacilar. Con Soren no tendré problema alguno. Ese individuo pusilánime hará cuanto le diga. Un alfeñique escandinavo sin personalidad. Bien. Utilizaremos los láseres. ¿Dónde? Bueno, va a ser sencillo de determinar. El muy inútil de Diego se ha pasado horas vigilando la base a través de las videocámaras y no ha caído en un hecho sorprendente; ocasionalmente se produce un apagón sucesivo de las cámaras que conducen a la central de energía. Le envié a comprobarlo cuando se produjo uno de esos fallos... y el muy torpe me asegura que allí no había nadie... que es un defecto del sistema. —El doctor Finch se rio con varias sonoras carcajadas—. Ha sido providencial todo, desde luego. Sí, por supuesto que la trampa la habilitaremos allí. Me reuniré con los tres del equipo y les diré lo que vamos a hacer, aunque no les puedo revelar todo. Si el plan sale adelante seré un auténtico héroe mundial... la pervivencia de la humanidad depende de ello. Eso sí, comunicaré a la Casa Blanca en un memorando todo lo que está en juego. A la prensa... a la prensa les daré a entender que he trasmitido un secreto de importancia mundial al Presidente, de esa manera evitaré que puedan intentar acaparar el protagonismo en exclusiva cuando todo salga a la luz. Mi plan sigue en pie. Sí, vamos allá.

* * *

El último vídeo cambiaba de tercio completamente. De nuevo reaparecía un doctor Finch completamente furibundo. Hablaba de manera ininteligible mientras andaba de un lado para otro de su despacho. Sus puños estaban prietos y parecían golpear el aire con cada final de frase.

—¡Malditos sean! ¡Malditos sean! —repetía una y otra vez en una sucesión interminable de improperios cada cual más soez que el anterior. Finalmente hizo un esfuerzo por tranquilizarse y se sentó frente a la videocámara.

—Ese asqueroso y maldito Soren... ¡se ha negado! Voy a pedir inmediatamente su destitución, su cese... me da igual, quiero que se lo lleven de aquí en el próximo avión... y si no hay ninguno hasta el final del invierno me da igual, lo mando a McMurdo en una motonieve... ¡no lo quiero aquí! ¡No lo quiero aquí!

Por varios minutos siguió insultando concienzudamente al joven científico. Estaba verdaderamente alarmada al ver el estado de ánimo del doctor. Resultaba evidente que en los últimos días de vida su estado de agitación le había hecho perder su equilibrio emocional. Seguramente estaba sometido a una gran tensión. Había dicho que la humanidad entera dependía de su plan, pero sin embargo era incapaz de compartir el secreto que había descubierto. Su megalomanía resultaba fatal, para él y por lo que se veía, podría resultar igualmente crítica para todos nosotros.

Finalmente se tranquilizó, al menos en sus ademanes.

—Thomas... Thomas Prescott... No sé si tú sabes algo pero... como hayas deducido lo que yo por tu cuenta juro que... No entiendo su negativa. Es absurda... es ridícula... sólo la entiendo si él ya sospecha algo pero... entonces... ¿por qué se niega a colaborar? ¿Es que ignora lo que está en juego? —El doctor bufó—. Parece que lo hace adrede... ¿Cómo se puede ser tan cínico? Es muy triste que vaya a morir... pero cualquiera diría que quiere llevarse con él a media humanidad.

Amadeus Finch apretó los dientes. Su semblante mostraba determinación.

—Sí, lo voy a detener. Tal vez ese incompetente de Jonas me ayude y seamos capaces de tender la trampa sin ayuda de los demás. Sé cómo ponerlo de mi lado. Cuando lo tengamos cautivo veremos si somos capaces de cambiar las tornas, ya lo creo que sí.

Capítulo 39

Nada crece aquí. Miro por la ventana este paisaje de hielo rojo, hoy tranquilo, como si fuera el mismísimo infierno que ha parado por unas horas su maquinaria demencial, y percibo que reina una calma extraña, que me transporta a un mundo distinto, de pesadilla, antinatural. La Luz de Damocles corta el cielo en dos mitades exactas mientras escribo estas líneas. Hoy parece más adecuado que nunca el nombre con el que se bautizó. En verdad, una espada de agonía y muerte se cierne sobre el mundo entero.

Sobre el hielo glaciario veo deslizarse la motonieve de Thomas. Regresa del IceCube. La visión de movimiento, de un hombre atravesando este paisaje peligroso y hostil, me produce una extraña evocación, como si fuera un colono de un mundo remoto que la humanidad empieza a explorar. Lejos de todos y de todo.

Hoy me siento especialmente nostálgica, vulnerable.

No puedo evitar pensar en Susan. Es como si hablara con ella..., y también con Adrian. Es como si necesitara desahogarme y les gritara, ¿qué habéis hecho? Sí, oigo sus explicaciones y sus excusas y me parecen vacías, son contestaciones huecas que amparan una réplica mía aún más convincente, más dura. Mis reproches se suceden uno tras otro en una conversación imaginaria a la que no puedo poner fin.

Siento ese diálogo en mi cabeza y no puedo quitármelo de encima.

Llevaba varios días escudándome en el trabajo, pero ya está resuelto. La venda ha caído de mis ojos, tal vez solo necesite acumular pruebas, pero al menos, ya sé lo que busco. Bien una prueba, o tal vez pueda lograr una confesión del autor del crimen. Es posible, no lo descarto. A veces el móvil, cuando se considera que se ha obrado correctamente, hace que el criminal confiese buscando el reconocimiento y la comprensión. Es la necesidad de justificarse. He visto crímenes horribles y al autor permanecer impasible, creyendo sinceramente que ha hecho lo correcto, que lo suyo estaba justificado. Sí, estoy en un compás de espera... aunque no sé ya lo que espero.

Hoy he perdido el tiempo. Después de tantos días de tensión siento que estoy desgastada por dentro. Necesito hablar con mi familia, que mi orgullo claudique, pasar página... pero cada vez que quiero rendirme el demonio que llevo en mí resucita con toda su fuerza, con todos sus argumentos. Resulta agotador.

Acabo de hablar con Megan de todo esto.

Quería compartir con alguien, abrir mis entrañas... pero no con Thomas. Ya tiene bastante con lo suyo y no quiero sobrecargarle con mis preocupaciones, a todas luces pueriles, si lo comparo con su sufrimiento. Megan, por otro lado, siempre parece dispuesta a hablar de cualquier tema, mientras no sea superficial —cuando en ocasiones le he planteado asuntos intrascendentes me ha mirado sin decir palabra, mostrándome que esas cuestiones no le interesan en absoluto—, y creo que era justo lo que necesitaba desde hacía tiempo.

—¿Cómo descubriste que tu hermana te engañaba con tu novio?

Cuando comprendió que tenía ganas de desahogarme disparó a bocajarro. Ya le había indicado de anteriores conversaciones el origen de mi conflicto familiar. Había sido muy superficialmente, pero cuando a la hora del café coincidí con ella en uno de los laboratorios, no tardamos mucho en desviar la conversación hacia donde la habíamos dejado la vez anterior, ocasión en la que yo no había deseado proseguir con el tema.

—Los descubrí besándose en el taller de Adrian. Había ido a darle una sorpresa... y resulta que la sorpresa me la llevé yo —confesé con una inexplicable vergüenza.

—Me dijiste que en los últimos tiempos habías estado muy centrada en tu trabajo.

—Sí, me estaba sacrificando mucho para consolidar mi posición. Es muy duro ascender tan joven. Demasiada responsabilidad y... no quería defraudar a nadie. Estaba al cien por cien en ello. Se trataba de una oportunidad irrepetible.

Megan me miró de una forma que me recordó a mi madre cuando me pillaba en una falta, la cabeza inclinada hacia delante y sus ojos grises asomándose a través del flequillo, como si acabara de oír una sorprendente incoherencia.

No dijo nada.

—Sí, lo sé, no me estaba portando bien con él. Había fallecido su padre y el negocio se le iba de las manos. Es que... resultaba un lastre, siempre triste... siempre preocupado. Le costaba alegrarse con mis éxitos.

La mirada de Megan persistía.

—¿Tan mal hice que me merecía que mi hermana me traicionara?

—Casi la empujaste a ello, si lo piensas bien. Ella era una persona alegre y hermosa, por lo que me has contado, y le encomendaste que rescatara a un náufrago que sentía que el mundo lo iba a sepultar como una ola gigantesca. Ah... no me mires así. Yo te cuento una impresión que tengo cuando escucho tu historia. Es fácil echar la culpa a los demás de todo, obviando la propia responsabilidad. Seguro que tú misma has conocido historias, narradas por amistades, en las que, aunque la versión de tu amistad dirige las culpas hacia el otro, tú interpretas que no puede ser así, porque tal vez conoces a la otra parte... y comprendes que las culpas a menudo son compartidas. Digo a menudo, no siempre. Tal vez podría equivocarme...

Asentí. Megan diplomática, suavizaba claramente lo que pensaba. Sus palabras, de hecho, me habían herido. Por supuesto que tenía algo de culpa, pero Adrian debía haber sido valiente, mostrarme sus sentimientos, explicarme lo que ocupaba su corazón.

—Pero Adrian... —comencé.

—Adrian se mostraba como se sentía. Eras tú la que no querías interpretar esos sentimientos, Lucille. Estaba triste y para ti era un lastre... una persona negativa cuando tú estabas en plena efervescencia. Tranquilízate, querida —me dijo con compasión cuando observó que mis ojos se humedecían—. La vida es así, un aprendizaje que nos conduce a la madurez, y comprendemos que nada gira alrededor nuestro, sino que es una ilusión. El caos gobierna todo cuanto nos rodea y... si a lo

largo de los años aprendemos poco a poco, y evitamos que los golpes nos endurezcan el corazón y nos destruyan, podremos decir que ya hemos logrado mucho.

Me limpié los ojos con una servilleta. No sabía por qué, pero las palabras de Megan me habían serenado.

—Las personas vivimos impelidas a buscar la felicidad en todo lo que hacemos... pero la definición de felicidad es algo que nunca acabamos de comprender. Es tal vez una proporción demasiado difícil de conformar adecuadamente, cuando nos centramos demasiado en un aspecto, el fiel de la báscula deja de marcar el punto de equilibrio y se pierde la armonía.

Asentí hecha polvo.

—Seguramente pretendemos algo infantil, lograr que todo a nuestro alrededor goce de una armonía paradisíaca e ideal... y somos incapaces de asumir, por inmadurez, que la vida no va a ser nunca exactamente como queremos.

Suspiré.

—Me he centrado tanto en el trabajo que ahora me siento asfixiada. Parece que todo va a acabar Megan... y yo aquí, lejos de todo el mundo..., siento que he fracasado en la vida, la he perdido miserablemente... Miro hacia atrás y me parece que todo ha sido una sucesión completa de errores, hasta de las cosas que yo creía que había hecho bien.

Megan sonrió ampliamente, como si hubiera dicho algo realmente divertido.

—Siempre hay motivo para la esperanza y posibilidad de recomenzar desde cero. No lo olvides. El dolor y el sufrimiento forman parte de la vida, del ser conscientes. Nos resistimos a lo que no podemos controlar, nos aferramos tanto a un deseo surrealista por el que deseamos que todo suceda conforme a una película ideal e imaginaria... y cuando constatamos que difiere de lo que nos toca vivir, llega el dolor... incluso peor, odiamos a los que consideramos culpables de provocar nuestro dolor... que a fin de cuentas, no es sino un comportamiento pueril, una profunda falta de madurez, Lucille.

La mirada de Megan estaba llena de compasión... hacia mí.

Así que estaba siendo infantil.

—No quiero decir que lo que hizo tu hermana estuviera bien, ni justifico a tu ex, ¿comprendes verdad? Eso es otra cuestión que incumbe a su conciencia. Yo hablo de ti. De tu interior. Y creo que hago bien al aconsejarte que debieras madurar... comprender y asumir lo que sucedió. Las personas no somos de metal, rígidas, conforme un molde moral que no podemos romper o rebasar.

—¿Aceptar?

—Aceptar, perdonar, olvidar... como prefieras decir... pero debes pasar página. El beneficio de eso es claro. Recuperarás tu corazón y tu vida. De lo contrario te ahogarás en tu dolor y este se extenderá a tu familia como un cáncer, durante años, separándoos y reproduciéndose de forma inacabable.

Me quedé un rato en silencio. Palpaba mi dolor, lo sentía dentro de mí,

revolviéndose en mis entrañas, como un ser vivo que se resiste a abandonar a su guarida. Formaba parte de mí misma. Era yo misma, mi forma de ser, mis convicciones sobre cómo vivir...

Renunciar a ese dolor es renunciar a cómo soy.

Creo que me quedé largo rato en silencio, tanto, que cuando salí de mi asfixiante abstracción Megan ya se había ido.

Capítulo 40

El supervisor está nervioso. Otra vez... ahora incluso más que antes. Hoy sí que me ha dicho algo, vaya que sí.

—¿Qué tal van las cosas por ahí? ¿Tienes algo nuevo de que informar? —Pregunta, inquieto, casi sin saludar. Ni rodeos ni circunloquios.

—Nada nuevo bajo el sol.

—Te conozco bien Lucille. No estarías tan tranquila si no tuvieras el asunto resuelto. ¿Por qué no redactas el informe y terminamos con todo esto?

Me quedé callada. Cualquier respuesta podría delatar el actual estado de cosas y no quería precipitaciones. ¿De qué sirve capturar al criminal sin pruebas? Yo no buscaba una foto de portada en periódicos de tirada nacional. Reynold sí.

—Bien... —dijo al fin contrariado. Tragó saliva. Se notaba que no era plato de su gusto, pero me resultaba obvio que algo tenía que decirme—. Escucha con atención esto que te digo. Es información relevante, Lucille, sólo para ti. Espero que pueda contar contigo.

—Desembucha jefe.

Reynold respiró pesadamente. Me parecía más grueso. Tal vez la tensión le estaba abriendo el apetito, suele pasar, y había engordado en las dos últimas semanas.

—Te vamos a sacar de allí.

Me eché hacia atrás en mi silla. ¿Qué era aquello? ¿Un castigo por ser incompetente y no haber resuelto oficialmente el caso?

Noté como la sangre afluía a mis sienes. Mi tensión sanguínea se elevaba y mi enfado crecía dentro de mí como una fiera salvaje que se siente amenazada.

—¿Qué demonios has dicho, Reynold? Supongo que bromeas. Tengo esto encaminado...

—No lo dudo... no lo dudo...

Reynold sudaba. El conoce mi carácter, poco dado a soltar un caso cuando lo tengo encaminado. A menudo me llamaba entre sus colegas su «perro de presa» por la tenacidad con la que llevo las investigaciones. Me conocía bien y sabía que me iba a revolver con todas mis fuerzas.

—Te voy a enviar un correo con emplazamiento. Coordenadas y horario GMT. Tienes que estar allí, Lucille, no es una cuestión mía, te lo aseguro. Sólo tú, insisto.

—No..., hasta que me des razones que me convenzan.

Reynold se echó pesadamente hacia atrás en su sillón. Un retrato del presidente lucía sobre su cabeza, en la pared del fondo. De haber estado de otro humor habría soltado una carcajada, pero no era momento de decir gracietas.

—Estás en peligro, Lucille. —Comentó finalmente. Su voz sonaba seca, pastosa. No se sentía cómodo con todo aquello. ¿Estaba realmente preocupado por mí, o por su gordo culo? Ya empezaba a tener dudas.

Sonreí. Así que era aquello. «Mi seguridad».

—Vamos a ver Reynold. Tengo la situación controlada. Soy cinturón negro de kárate, ¿recuerdas? Tengo mi *glock* aquí conmigo —puse el arma pesadamente sobre el pequeño escritorio produciendo un golpe seco y sonoro—, y si te tranquiliza, te comento que la llevo conmigo todo el día. Por otro lado, la gente aquí es muy normalita. No hay psicópatas ni mentes criminales excesivamente brillantes. Aquí todos son un poco friquis, todo lo más, pero nada como para ponerme «en peligro».

—Concluí con sorna las últimas palabras de mi breve alegato.

Reynold negó con la cabeza.

—No entiendes Lucille, tienes que salir de ahí cuanto antes.

Negué con la cabeza.

—Tú envía a tu equipo de extracción, pero no pienso dejar esta investigación a medias. Me gusta dejar las cosas atadas y bien atadas, y ahora mismo eso no es así. Hay tiempo por delante y estoy convencida que todo se aclarará. Si me voy todo quedará sin esclarecer, los testimonios y pruebas perderán su sentido. No lo pienso consentir...

—No lo entiendes Lucille —repitió Reynold levantando la voz e interrumpiendo mi alegato. Estaba realmente enfadado—. Se trata de la Luz de Damocles. —Suspiró. Lo había dicho.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa con la Luz?

De pronto una idea se abrió paso sobreponiéndose a todas las consideraciones que tenía en la punta de la lengua, obligándome a callarlas. Las elucubraciones sobre dónde impactaría el fatídico rayo se extendían por la red y en los medios de comunicación, de tal manera que parecían abarcarlo todo, ser el tema de conversación universal. Los rumores eran incesantes y yo hacía tiempo que había optado finalmente por desentenderme de aquel asunto. Había tantas versiones distintas, tantos cálculos concienzudos que se contradecían, que era mejor mirar para otro lado. De pronto sentí que Reynold tenía una información distinta, nueva, fiable. Una extraña sensación de inquietud se apoderó de mí.

—Hemos descubierto que la Luz de Damocles... tiene un vórtice. Lucille, siempre habíamos pensado que era un rayo que cruzaba el sistema solar, pero un grupo de astrofísicos ha descubierto que no es así. Hay un vórtice, hacia el cual nos dirigimos. Es un punto del cual parten dos rayos. La Luz de Damocles no es un haz de energía como pensábamos, sino dos, que parten de un punto central. Resulta tan indistinguible, que si no sabes a dónde dirigir el telescopio, no podrás detectarlo.

—¿Un vórtice? ¿Qué significa eso?

—No... no te lo puedo decir. —Otra vez el misterioso secreto de Finch se interponía entre ambos. Reynold estaba tan nervioso que no sabía mentir, había olvidado todo su arte. Escondía los secretos tras un burdo «no te lo puedo decir».

—No me moveré de aquí si no desembuchas.

Negó con la cabeza. Era peor que extraer una bala incrustada en un hueso.

Mi mirada se mantuvo firme. Transcurrieron los segundos.

—Está bien... está bien. Pero si revelas esto a alguien de la base te juro que te dejo allí mismo aunque me supliques que te extraiga.

—Bien, acepto eso.

—Lucille, el vórtice se dirige directamente hacia vosotros. Va a golpear el polo sur del planeta... justo la base dónde estás ahora mismo.

Me quedé helada. De pronto perdí la noción del tiempo. ¿Qué significaba exactamente aquello? Sí... es posible que tenga que salir de aquí, pero, ¿dejar a todos los demás a su suerte? No tiene sentido. No es justo, no es ético. Siento mis entrañas revueltas ante esa disyuntiva. Iba a protestar, a expresar mi malestar por esa forma de proceder. ¿Por qué yo sola? ¿Qué clase de misión de salvamento era esa? ¿Por qué sacrificar al resto? Era... repugnante.

—Una última cosa Lucille. Esta chica que me nombrabas el otro día, Megan Dawson... ¿Quién coño es?

Pero fui yo quien cortó la comunicación en ese momento. Me sentía demasiado confusa para seguir hablando. Odio esa situación, mostrarme débil o desorientada, especialmente cuando el que tengo en frente es Reynold Abbott.

Capítulo 41

Bob Wilkinson fue el primero en derrumbarse.

Ha sido esta mañana. Acudí a prepararme un café a media mañana a la cocina. Al principio no me di cuenta. Él estaba sentado frente al ventanal en esquina, observando la negrura del exterior. Todavía no había hecho acto de aparición la Luz de Damocles por ese lado de la base. Aun así se percibía el tinte rojo con el que se delineaban las siluetas del paisaje helado contra un horizonte borroso y etéreo.

Cuando terminé de preparar mi café y ya me iba, comprendí que Bob sollozaba. Sus hombros sufrían leves sacudidas y mantenía el rostro oculto entre las manos. Me acerqué a él, aunque sin ganas. Mi ánimo no era mucho mejor que el suyo.

—Necesito estar con mi familia... y nos han denegado el permiso para abandonar la base. No nos sacarán de aquí...

Sus ojos estaban rojos, irritados, seguramente por una noche en blanco, sufriendo.

Me quedé allí, en silencio, haciéndole compañía, planteándome a su vez una retahíla de cuestiones molestas e insidiosas.

No tenía claro del todo aún si iba a caer en la tentación de Reynold. ¿Abandonar a todos aquellos residentes a los que ya conocía tan bien? Era una verdadera traición. Mientras Bob se explayaba conmigo, narrándome su desgarramiento interior, sentía a su vez, dentro de mí, mi propio desgarrar. Por otro lado, permanecer lealmente junto a ellos también se antojaba un sacrificio innecesario. Pero allí, frente aquel hombre que parecía un niño asustado, se reforzó una decisión ya tomada. Ciertamente se trata de una decisión, infantil e ingenua, pero sí, llevo días madurándola. Haría lo posible por sacarlos de allí. Pero ¿qué puedo hacer yo realmente? ¿Cuál será mi instrumento de presión para cambiar unos criterios tan inhumanos cuyas razones últimas ignoro por completo? Llegado el momento la partida que venga a rescatarme a mí negará el acceso a cualquier otro. La directiva parece clara y el operativo que enviarán para esa misión a buen seguro que no será civil. No me imagino a unas monjas aceptando pasajeros extra.

Todavía quedan unos días para ese fatídico momento. Tengo en mi correo la localización del punto de extracción, una especie de tentación diabólica, a la que he sido incapaz de contestar negativamente... tampoco afirmativamente, es verdad. El tiempo transcurre y dudo de mis propias fuerzas. Comprendo que todas mis resoluciones de ahora mismo, mientras escribo estas líneas, de poco van a servir cuando llegue la hora. ¿Qué hacer?

Tal vez debería confiar en ellos, pero ¿qué podrían hacer? ¿Plantarse a la desesperada ante un pelotón bien armado que los rechazaría violentamente? Sigo sin entender por qué no quieren rescatar a nadie más de la base. ¿Están contaminados por algún virus infeccioso? En ese caso yo misma también lo estaría ¿Qué los convierte en apestados a los que no se puede rescatar? Quizás es que saben algo... pero... ¿qué? Es posible que sospechen que estaban al tanto del descubrimiento del doctor

Finch. Al fin y al cabo, son científicos como ellos. No quieren que existan testigos de un hecho que tal vez pueda resultar comprometedor, alguien que diga, «la Casa Blanca lo sabía». Si no hay ningún testigo válido, la versión oficial siempre puede ser que las palabras del buen doctor eran papel mojado.

Y, por supuesto, mi testimonio no cuenta. Soy una lega en la materia.

Soren se incorporó a nuestra melancólica compañía un rato más tarde. Empatizó mejor que yo con Bob y logró animarle un poco. Se quedaron solos charlando mientras yo me iba. No me sentía nada bien. Mi pequeño secreto me revolvía el estómago. Después, en mi habitación, no he podido evitar la tentación de echar un vistazo a los diarios digitales. Ha sido descorazonador. Parece que todo se hunde. Gran parte de la población vive paralizada por el miedo y los informativos, sin pretenderlo, acrecientan la ola de ansiedad. Es cierto que hay iniciativas públicas y privadas que sirven para crear un hálito de esperanza. Voluntarios y efectivos públicos se preparan para el desastre. Se preparan cortafuegos, se acumulan víveres, se acondicionan refugios, se llevan a cabo iniciativas de orden público... Pero a la vez que se incrementan los delitos contra la propiedad privada, se desata el acaparamiento y la inflación se dispara. Los mercados negros florecen y muchos países se han visto obligados a establecer precios oficiales a los productos básicos... pero lo único que han logrado con ello es que las estanterías de los supermercados queden vacías. Parece que en esa guerra entre la solidaridad y el egoísmo, es este último quien vence irremisiblemente.

Para colmo existen verdaderas oleadas de corrientes de opinión arrastradas por el pánico que arrasan internet. Es fácil sumergirse en diarios de segunda categoría, o blogs que a saber quién escribe, en los que los autores especulan con hipótesis inverosímiles. Una de las más terribles es la que pronostica que el rayo, la Luz de Damocles, no se limitará a intersecar la órbita de la Tierra provocando una catástrofe mundial, sino que se detendrá sobre nosotros, hasta que calcine la última hectárea de nuestro planeta, como si fuera un niño cruel quemando con la ayuda del sol y una lupa los insectos que encuentra a su paso hasta no dejar ninguno con vida.

Tal vez en mí misma acabe sucediendo de esa manera. Me pregunto, ahora, mientras escribo esto, si yo misma sucumbiré a mi propio egoísmo y... más adelante, si sobrevivo, cómo podré soportar un estigma semejante, el de haber dejado a mis compañeros abandonados a su suerte, aquí, ante un peligro mortal. Incluso sabiendo que uno de ellos es un asesino, mi conciencia me zahiere implacablemente.

Sé que existe un contrapeso a la tentación de huir, y no sólo es una pura cuestión de conciencia. Por un lado mi investigación está inconclusa. Abandonarla sin más, cobardemente, es algo mucho más difícil de asumir de lo que yo mismo creía. Soy demasiado testaruda. Creo que también influye en eso un pundonor profesional más arraigado de lo que esperaba. En cierto sentido es como una apuesta que he formalizado. En esta partida, la de mi vida profesional, he sacrificado tanto, que renunciar al éxito en este caso me parece una burla, como si después de haber

igualado la mano de un despiadado oponente, me negara a ver las cartas y abandonara estúpidamente ante un burdo farol.

Hay otro factor aún más inexplicable. Creo que dentro de mí algo rechaza el regreso, el reencuentro familiar, el buscar un perdón que no siento verdaderamente. No quiero pasar por ese trago, por hacer como si no hubiera pasado nada. Es una especie de rendición que no puedo tolerar. La conversación con Megan pesa sobre mí día y noche. No puedo quitármela de encima, pero no logro encajar las piezas del puzle, y el resultado de todo ello es que... no, no quiero regresar.

Capítulo 42

Lo sabía. Estaba segura de ello. Había una grabación más. Amadeus Finch no tenía a nadie con quien hablar. Su videoblog era el único medio por el que era capaz de exteriorizar, algo al menos, de la gran tensión que estaba viviendo. El desarrollo con éxito del experimento inicial, la debacle posterior cuando se dejaron de reflejar los impactos de los neutrinos, y todas sus sorprendentes conclusiones, si bien estas las mantuvo en secreto salvo para la Casa Blanca, hicieron de sus grabaciones un testimonio, ya no sólo de sus consideraciones científicas y su metodología de trabajo, como parecía haber sido su sentido inicial, sino también de todo cuanto había rodeado la existencia del malogrado doctor.

No había prestado suficiente atención a sus enseres personales y eso incluía su móvil. Por supuesto que lo había revisado concienzudamente en un inicio. Historiales de conversaciones, redes sociales, navegación... pero no se me había ocurrido que utilizara la cámara del móvil para sus grabaciones científicas cuando siempre había utilizado las cámaras de su portátil o de su ordenador personal. Fue precisamente la última de las grabaciones las que realizó con su teléfono particular, en concreto, la víspera de su asesinato.

Amadeus Finch estaba desquiciado. Estaba acostumbrada a su carácter temperamental, pero en esta última ocasión parecía particularmente enervado. Era su tono de voz, entre la euforia y la rabia, y su forma de expresarse y moverse, la que me inducían a pensar que era presa de un estado de agitación fuera de control, y eso a pesar que sólo ofrecía primeros planos de sí mismo. Se había grabado mientras hacía el recorrido a pie entre el IceCube y la base. Era el mediodía de un día despejado y sin viento. Podía oírse el crepitar del hielo bajo sus pesadas botas, y cuando no hablaba, casi a gritos, se oía su respirar entrecortado consecuencia del esfuerzo y de la vehemencia con la que se expresaba.

—Tenías mis dudas, me negaba a creerlo del todo, resulta increíble tanta irresponsabilidad, pero estoy rodeado de ineptos... o traidores, no sé cuál de las dos opciones es peor. ¡No quieren colaborar conmigo! Inaudito... —El doctor repetía varias veces esa palabra, como si no acabara de creerlo—. Me he reunido con los tres esta mañana de nuevo. Jonas era sabido que me iba a apoyar, no en vano lo tengo comprado con una plaza fija en la Universidad, pero... no me esperaba que Soren fuera a mantener una postura tan diametralmente opuesta a la mía. ¿Quién se cree que es ese mequetrefe? Me tutea... y después de todo lo que le he dicho, no se aviene a brindarme su ayuda. De Thomas... bueno, le falta poco para palmar, me da igual. —Amadeus Finch seguía avanzando pesadamente—. No sé si lo hacen por ingenuidad... porque son unos incautos, pero lo cierto es... que creo que saben algo, por eso sospecho que están traicionando no a su país, sino a la humanidad entera. Y lo malo es que necesito ayuda, colaboración... Menos mal que Diego tal vez se decante a ayudar. Jonas me ha prometido hablar con él. Bob es un inútil...

«Problemas de seguridad y que los láseres no están hechos para ser usados como planteo» —remedó con una voz burlona de pusilánime—. Pero ¿cómo se puede ser tan cretino para decirme a mí cómo sí o cómo no puedo disponer de esos instrumentos? Si supieran lo que está en juego. —De nuevo repetía la misma frase varias veces, como si se encontrara en un estado de shock en el que no acaba de asumir un suceso pasado.

—Y con Megan... esa mujer nunca está disponible y solo habla de lo que le interesa. Le he intentado explicar la importancia de todo esto y se limita a mirarme con una cara de pena que me hace pensar que es retrasada mental o algo así... Inepta, es una inepta. Si supieran. La Casa Blanca... La Casa Blanca ya lo sabe... Lo malo es que no me creerán... no me creerán hasta que aporte pruebas, y entonces, tal vez sea demasiado tarde. Ay, cómo eso sea así y no reaccionen a tiempo...

Fugazmente el doctor elevaba la cámara para grabar su rostro y podía verse la estructura del observatorio IceCube detrás de sus hombros, haciéndose paulatinamente más pequeña, pero en general las imágenes se movían mucho y resultaba mareante intentar comprender qué es lo que se enfocaba en cada momento. Desistí, me centré en el audio.

—Menos mal que voy a poner remedio a esta situación. Pienso atrapar a ese intruso, sea lo que sea y cueste lo que cueste. Me da igual que ellos se opongan, me basta con la ayuda de Jonas y Diego para mover la maquinaria. Ahora mismo nos pondremos a ello, es la hora ideal. He observado sus rutinas... Hoy será diferente. Cuando acuda a la central de energía se va a llevar una desagradable sorpresa. Ya sé cómo lo voy a hacer y cómo se va a activar la trampa. No tendrá escapatoria. A partir de ese momento las cosas serán muy distintas aquí... y en todo el mundo.

El doctor lució un segundo el atisbo de una sonrisa. Pareció por un momento satisfecho de su plan, aunque el semblante crispado regresó de inmediato.

—Hemos de atrapar a nuestro polizón. Él es la clave de todo... Él es la clave. Porque de lo contrario, todos estaremos perdidos. —De pronto una súbita idea ilumina su rostro—. ¡He de grabarlo todo! Si no... nadie me creerá... —terminó en un murmullo.

Capítulo 43

Esta mañana a primera hora fui a ver a Thomas. He pasado la noche en vela, viendo pasar ante mi todas las opciones, todas las posibilidades. Faltan veinticuatro horas para la extracción. Hay momentos en los que estoy decidida a irme y dejarlos a todos aquí tirados, pero la mayor parte del tiempo creo que seré firme con mi propósito principal. En cualquier caso, si he de actuar, no puedo perder ni un minuto más.

Por eso, cuando vi a Thomas, lo primero que hice fue darle una sonora bofetada. Después le besé. Con la bofetada me desahogaba por todas sus medias verdades y sus intentos por ocultarme los hechos, que cada vez resultan más nítidos para mí. Con el beso iba mi perdón, mi necesidad de él, mi miedo de afrontar todo esto sola. No sé si lo entendió o no. Simplemente lo aceptó.

Debe pensar que estoy chiflada.

—Thomas, he pensado largo tiempo sobre todo lo que ha sucedido aquí... Me gustaría presentarte mis conclusiones y mi plan de acción.

Me miró escéptico, pero aceptó tomarse un café conmigo en la biblioteca. Ninguno de nosotros tenía por costumbre acudir a leer allí, así que nos sentamos el uno frente al otro, esperando tener una conversación sin interrupciones.

—He ido considerando una a una todas las evidencias que he recogido, Thomas, y corrígeme si me equivoco, pero... finalmente he llegado a una conclusión verosímil... y sorprendente.

Asintió.

—En primer lugar tenemos el experimento del IceCube que el doctor Finch alteró con el fin de lograr su objetivo. Los sensores modificados fueron capaces de interactuar de manera masiva con los esquivos neutrinos de alta energía.

—Así es, prosigue —me consintió. Me miraba con una media sonrisa, como el maestro que observa a un alumno avezado destacar claramente del resto.

—Por lo que creo haber entendido, tanto por tus explicaciones, como por las largas conjeturas que exponía el doctor en sus vídeos, la reacción de los sensores frente a ese tipo de neutrinos acredita la existencia de dimensiones adicionales a las que experimentamos nosotros, ¿no es cierto? Y por otro lado sumamos a ese éxito científico, a ese descubrimiento, un hecho desconcertante, y es que antecedió a la aparición en el cielo de la Luz de Damocles. Tú mismo aportaste esa información al doctor Finch, que a su vez a él le sirvió para comprender la magnitud grandiosa de lo que estaba aconteciendo. No, no lo llega a revelar en su videoblog, era demasiado precavido para ello... si en algún momento llegó a plasmar sus elucubraciones en algún medio escrito o de otra índole lo ha borrado definitivamente, porque no he encontrado sus conclusiones reflejadas en ningún documento. La premisa de su descubrimiento era tan extraordinaria que sólo la reveló a la Casa Blanca. No se fiaba de nadie.

—La Casa Blanca no la ha hecho pública. Muchos especulan con que fue un farol y nunca llegó a decir realmente cuál era su teoría —repuso Thomas sosegado.

—Oh, sí, ya lo creo que lo hizo. Lo sé... Créeme, soy buena jugando al póquer, y mi supervisor, pese a ser un trepa y lameculos profesional, se ha visto atrapado en una tela de araña demasiado pegajosa para su gordo cuerpo de abejorro. Sé leer entrelíneas. Él lo sabe... porque se lo han dicho. Se lo han dicho porque está en contacto conmigo y cualquier información que acredite o desacredite esa teoría era importante que llegara de inmediato al Gobierno.

Thomas asintió de nuevo, pero esta vez más lentamente. No contaba con esa información y notaba que se estaba incomodando.

—La información de las últimas semanas, especialmente cuando se anunció el origen artificial de la Luz de Damocles, hizo comprender a la administración que la teoría del doctor Finch, por increíble y fantasiosa que resultara, era cierta. He aquí las cartas sobre la mesa.

Thomas rio y se mesó la barbilla. La llevaba sin afeitarse y su pelo entrecano sonó como papel de lija.

—¿Y cuál es la verdad tan increíble y fantasiosa, Lucille?

Tomé aire. No todos los días una puede decir algo así.

—El experimento del doctor Finch no sólo demostró la existencia de otras dimensiones predichas por la teoría de cuerdas, sino que además llamó la atención de seres inteligentes que moran en dichas dimensiones. De alguna forma, se les convocó aquí. De hecho, el famoso intruso que perseguía al doctor Finch, no era sino uno de ellos. Él estaba convencido de ello. Es algo que parece fácil de deducir. Imagínate que paseas por el campo, y de repente observas sorprendido, un hormiguero. Un grupo de obreras han movido trabajosamente un pedazo de vidrio con el que intentan deslumbrarte reflejando la luz del sol... ¿No irías a echar un vistazo para ver de cerca algo tan inaudito?

Thomas dibujó una sonrisa en su amplia mandíbula y nos quedamos mirando el uno al otro durante un largo rato.

—No sé qué es lo que buscan, o por qué quieren destruirnos, pero el efecto de esa llamada ha sido como convocar a los siete círculos del infierno sobre nosotros —proseguí.

—¿No crees que te precipitas al juzgar algo así? Oyéndote hablar cualquiera diría que estamos hablando de un alquimista medieval que convoca demonios a través de círculos de invocación trazados en el suelo...

—¡Thomas!... ¿Tú te estás oyendo? Se aproxima hacia la Tierra un haz de energía que nos va a pulverizar, a quemar como si fuéramos carbón en una barbacoa. Está claro cuáles son las intenciones de esos seres. ¿Por qué lo hacen? Eso es algo que me gustaría que me explicaras... Pero te aseguro que la Casa Blanca lo tiene claro. De hecho piensan sacarme de aquí en unos días.

Aquella última confesión hizo que Thomas me mirase de hito en hito durante

unos segundos que se me hicieron eternos.

—Bueno... no parece que estés en peligro aquí. Realmente no creo que ninguno de nosotros esté verdaderamente en peligro...

—Thomas... parece que tienen clara una cosa, ese haz de energía se dirige directamente hacia nuestra posición. Lo que no entiendo y me tienes que explicar, es por qué tú y Soren no participasteis en el plan de captura del intruso que proponía el doctor Finch. ¿Qué se me escapa?

Thomas tomó aire. Incluso se levantó de la silla y paseó por la habitación de un lado a otro. Finalmente se apoyó en el alfeizar de una pequeña ventana y se quedó pensativo mirando la oscuridad exterior.

—Yo mismo no lo entiendo bien. Ahora las circunstancias han cambiado... el haz de energía parece que va a golpearnos, ¿verdad? Pero dos meses atrás era imposible saberlo... y el doctor Finch parecía ido. Estaba henchido de paranoia, si me permites expresarme así. Un verdadero poseso... Ni a Soren ni a mí nos convencía semejante vehemencia. Nos parecía un disparate utilizar los láseres para capturar al intruso. Soren sí pensaba que se trataba de un visitante exterior... yo en cambio siempre he sido escéptico.

—¿Sabíais ya que se trataba de un alien, Thomas? —Insistí.

—Sospechaba algo... pero nunca llegué a estar seguro del todo. Amadeus jamás nos insinuó nada parecido. Si lo pensaba es porque no quería compartir gloria informándonos de sus descubrimientos o conjeturas, eso es algo que a poco que conocieras al doctor comprenderías de inmediato... Además... yo no estaba especialmente motivado, Lucille. Quería poner fin a mis días de una forma tranquila, ¿comprendes? Por otro lado también lo hablamos con Megan.

—¿Megan? Ella no formaba parte del grupo, me refiero al equipo del IceCube.

—Sí, así es... pero ella es una persona muy reflexiva y madura, ¿verdad? Aunque a veces pueda parecer muy frívola... En fin, para mí sigue siendo un misterio como es que Soren está enamorado de ella... aunque el bueno de Soren es un místico. Creo que se trata de un amor platónico.

Me quedé sorprendida. ¿Frívola? ¿Megan? Además, no me imaginaba una pareja más desigual, al menos por la edad, aunque es verdad que yo misma había percibido hablando con el joven una inclinación a idolatrar a la mujer. Thomas prosiguió.

—El caso es que Megan no daba mucho pábulo a esas conjeturas alienígenas, pero sí dijo algo que a Soren y a mí nos terminó por decidir en contra de la captura. Fue una consideración moral. Parece que la única forma que tiene el hombre de relacionarse con la naturaleza es la conquista y el sometimiento. Si era cierto esa presencia alienígena en la estación ¿sería esa nuestra primera relación con un ser inteligente distinto a nosotros? ¿Capturarlo? ¿Viviseccionarlo? ¿Destruirlo? El doctor Finch estaba tan convencido de la envergadura de su descubrimiento que había perdido la perspectiva de lo que pretendía. Él mismo, por su naturaleza egocéntrica y agresiva, observaba la Luz de Damocles como una verdadera amenaza y todo lo

relacionado con ella como enemigo del hombre.

Asentí.

—Pues a la postre parece que no andaba desencaminado —comenté con ironía—, y que tal vez tú y Soren fuisteis cómplices de un crimen... y a saber si vuestra oposición no tendrá consecuencias funestas para todos.

—Bueno, Lucille, eso está por ver...

Su mansedumbre me encolerizó.

—¡Si no salimos de aquí moriremos!

Parecía que estaba inmerso en su propio mundo. Después caí en la cuenta de que aquella era una frase que sonaba muy distinta para él, puesto que le quedaba poco tiempo de vida.

—Pueden pasar muchas cosas aún, Lucille... pero sí, es más que razonable que haya que abandonar la base. Deberíais irnos todos con la extracción...

—No, no podemos irnos todos en la extracción. Sólo me sacarán a mí... y además, ¿cómo que tú no te vendrías?

Me miró con sus ojos oscuros, sereno.

—Yo me quedo aquí, Lucille. No tengo prisa por ir a ningún sitio.

—Si tú te quedas yo también —respondí casi sin pensar. No podía creer lo que estaba diciendo, y mis ojos se encharcaron en lágrimas. Me daba cuenta de que era cierto, si era necesario no me importaba quedarme. Resultaba durísimo haber sido capaz de decir algo así, pero lo dije. Ahora cuando pienso en ello, me siento sobrecogida por las consecuencias de esa afirmación. Era la primera vez que expresaba lo que yacía en mi interior en voz alta y parecía que la decisión fatídica se había petrificado, adquiriendo la solidez de una determinación granítica.

—¿Por qué no quieren rescatarnos a ninguno de nosotros?

Subí mis hombros con fuerza y mis manos se extendieron en un ademán que mostraba mi más completa impotencia al respecto.

Discutimos un rato. Él, sosegadamente, insistía que habría que ir preparando una expedición de evacuación si no se fletaba un salvamento para nosotros. Yo decía que me parecía bien, pero que me quedaría en la base junto a él. Me abrazó y nos besamos. Durante un largo rato me insistió que no era necesario que lo acompañara hasta el final, pero a mí me da igual. Me quedaré. Lo sé, me conozco.

Capítulo 44

Hoy era el día de la extracción y me siento como si fuera gelatina. Y sí, al final me he quedado. Aquí estoy tecleando en mi portátil como una tonta, con lágrimas en los ojos y mis dedos temblando como margaritas por el viento. Solo Thomas sabía de la existencia de esta cita, pero no le había revelado la fecha y la hora. Cuando vuelva a hablar con él le explicaré que es una oportunidad que ya pertenece al pasado, irrecuperable.

Me embargan sensaciones contrapuestas. Sí, me doy cuenta de que en parte me dejo llevar por un espíritu infantil de revancha contra todos aquellos que me han herido. He optado por seguir porque no quería regresar. Los echo de menos, sí, pero los añoro de una manera extraña, como si fuera aún una niña pequeña, que asustada reclama la presencia de sus padres y de la hermana que siempre veló por ella. Pero en cuanto recupero el dominio y la Lucille Vaughan adulta recupera el control, me doy cuenta de que no puede ser, que sería una incongruencia absoluta haber venido al fin del mundo para comportarme como una jovencita miedosa. Ya habrá ocasiones más adelante, ojalá, para hablar las cosas, cuando mi espíritu esté más recompuesto y con la facultad de dialogar sin alterarme ni caer en los exabruptos que inundan mi boca cada vez que me dirijo a Susan o pienso en Adrian.

Afortunadamente no es sólo eso. También me empuja un estúpido orgullo profesional que me impele a llegar hasta el final de lo que sucede aquí. Está todo claro, pero necesito despejar una última capa de polvo para que la imagen que se barrunta se distinga nítidamente.

Y además está Thomas... y los demás. Creo que debo serles leal. ¿Abandonar un barco que se hunde? Nunca ha sido mi estilo y no podría empezar ahora con eso. Así que informaré esta noche a todos que debemos abandonar la base sin falta, emprender camino hacia la estación McMurdo o cualquier otro punto al que sea fácil de llegar. Me temo que estoy hablando como una ingenua. Con este frío, en mitad de esta noche perpetua, bajo esa luz diabólica... avanzar cientos de kilómetros. Me pregunto si no será ya un viaje suicida. Sé que tenemos vehículos de nieve, pero aquí no hay precisamente carreteras... Y si Thomas decide quedarse... bueno, ya se verá. Me imagino que lo tendré que llevar a rastras o a punta de pistola, pero aquí no se va a quedar nadie. Nadie, salvo quizás nuestro extraño visitante.

He recibido un escueto mensaje de Reynold, difícil de entender, en el que básicamente me recordaba que era imprescindible que me presentara en el punto de salvamento a la hora citada, cuestión que a estas alturas ya sabrá que he incumplido. Concluía su mensaje con un colofón inesperado. «Vamos a dejar el asunto en manos del Pentágono». ¿Qué diantres tiene que ver el ejército en esto? De nuevo vuelvo a tener la sensación de que Reynold ha jugado conmigo ocultándome el secreto de Finch, y tras ese secreto se ha estructurado un plan de acción que desconozco por completo. Claro está que haber esperado transparencia, complicidad o confianza de

Reynold, era pedir peras al olmo.

Me intranquiliza la intervención del ejército en esta situación. Aunque la verdad, viendo lo que se avecina a menos de una semana, parece una preocupación irrelevante. Me siento como un malabarista que maneja cinco o seis antorchas ardientes y al que un compañero no cesa de lanzarle nuevas antorchas que debe incorporar a su exhibición.

* * *

Llevaba días enteros espiando con mis dispositivos de escucha hasta que al final he logrado pescar algo. Hasta la fecha sólo había oído cortas conversaciones intrascendentes, bien por tratarse de nimiedades, bien por hablar de cuestiones técnicas que no tenían para el caso la menor importancia. Sin embargo hoy Jonas solicitó a Diego mantener una conversación en privado. Fui afortunada, porque eligieron para su charla el despacho que usa habitualmente Thomas, que no se encontraba en ese momento.

—Tú sabes lo que pensaba el doctor Finch acerca del intruso, ¿verdad?

—Lo sospecho, como tú mismo.

—Sabes que cuando le ayudamos a preparar la trampa, la otra vez, no estaba destinado a atrapar a un humano.

Silencio por parte de Diego.

—Queda poco, Diego, y hay mucha gente convencida en el gobierno, créeme, porque tengo contactos allí, que me aseguran que la Luz de Damocles tiene que ver con ese intruso que tenemos aquí. No pongas esa cara, Diego. Es muy posible que el experimento del doctor Finch sirviera como reclamo a seres de otras dimensiones...

—Parece una locura —Diego dijo esto en un suspiro.

—La Luz de Damocles es una locura, pero sin embargo dentro de cinco días impactará contra la Tierra.

Diego bufó.

—Está claro que no vienen en son de paz, y ese intruso que tenemos aquí entre nosotros debe ser capturado. Todo lo que pueda revelar sobre su naturaleza puede ser crucial, puesto que nos atacan y son nuestros enemigos, debemos conocer sus puntos débiles.

—¿No será peligroso, Jonas? El doctor Finch lo intentó y murió.

—Era un incauto y no nos permitió estar allí para ayudarlo en la captura. Pero tú y yo somos fuertes, y estaremos bien pertrechados.

—No nos ha atacado a nosotros, Jonas. En los barcos muchas veces era mejor dejar a los polizontes tranquilos, ¿sabes? Muy a menudo iban armados y eran gente peligrosa. ¿No estarás intentando hacer algo que excede a nuestra capacidad?

—La Tierra está en peligro, Diego, y me hablas de ¿tu seguridad personal? ¿Es que no tienes familia o amigos? ¿Todo el mundo te da igual?

Casi me pude imaginar el asentimiento de Diego a través del largo silencio que vino a continuación.

—Podemos pedirle ayuda a la policía. Parece bastante competente y tiene un arma.

—No —repuso tajante Jonas—. Es amante de Thomas y muy probablemente piense como él al respecto. Thomas me asegura que la quiere mantener al margen y no le ha dicho nada, pero no me fio de ella...

—¿Cómo lo quieres hacer? —Preguntó finalmente.

—De la misma manera que el doctor Finch. Sabemos que esa cosa acude a la central eléctrica cada cierto tiempo, especialmente de noche, según había constatado él. Es muy posible que se surta de energía para su soporte vital... o lo que pueda requerir. ¿Recuerdas donde instaló los láseres la otra vez Amadeus? Ahora ya no podremos colocarlos de una manera tan obvia, pero he pensado como solucionar el problema. Desconectaremos la iluminación de la sala...

Para mi mala fortuna se ve que se alejaron lo suficiente del micro. La conversación devino en un cuchicheo imperceptible. Lo último que capté fueron sus voces al despedirse. A tenor del tiempo transcurrido debían haber ultimado su plan hasta el último detalle.

Esto significa que tendré que estar atenta a sus movimientos. ¿Capturar al alien? Comprendo que tal vez puedan estar en lo cierto, que se trate de un enemigo, pero para bien o para mal quiero estar allí cuando eso suceda.

Sí, esta es la otra cuestión que me hace que me sienta como si fuera a desmoronarme como una estatua de arena. Por si aún no tuviera suficientes preocupaciones, con todo lo que está ocurriendo, debo participar en la captura de un enemigo de la humanidad cuya especie está a punto a reducirnos a cenizas, cualquiera sabe por qué razón. Tal vez, después de todo, no tenga que preocuparme demasiado por qué sucederá aquí cuando el vórtice de la Luz de Damocles nos alcance.

Capítulo 45

Todo se precipita. Esta es la última mano de la partida y sobre el centro de la mesa está el total de mi capital. No hay marcha atrás, y para mi desgracia, no me siento capaz de rendirme ahora. Prefiero perderlo todo a abandonar el juego, aunque lo que esté en vilo sea mi propia vida.

Me explicaré por partes. Esta es la noche en la que Diego y Jonas piensan realizar su captura del intruso. Es también un punto crítico en el tiempo. Pase lo que pase, después hemos de abandonar toda la estación si queremos sobrevivir a la devastación de la llegada de la Luz de Damocles. Hay que alejarse de aquí y ya no podemos demorar mucho la partida.

Como decía antes, he estado pendiente de Jonas y Diego durante las últimas horas y estoy convencida de que será esta noche cuando tomarán los láseres e intentarán emular la trampa que dispuso en su día el doctor Finch. No les queda tiempo y se les nota tensos. Falta menos de cuarenta y ocho horas para que la Luz de Damocles caiga sobre nosotros con toda su potencia. Ya no es una simple línea en el cielo de color rojizo que dividía la bóveda en dos. Ahora es una gruesa vara que refulge con la claridad de una luna nueva. Me lleno de temor cada vez que me asomo por la ventana y la veo. No quiero ni pensar en el mundo entero, paralizado por el estupor, el pánico, el sentimiento de la cercanía de la muerte... Una pura agonía para todos. Sea cual sea condición social, edad, etnia o creencia... esto nos hermanará cruelmente. No quiero ni pensar en ello, como tampoco quiero hacer lo mismo con mi familia. He logrado abstraerme de todo eso porque sé, tengo la imperiosa convicción, de que en breve resolveré este misterio.

No solo es el final inexorable que se acerca hacia aquí. La Luz de Damocles nos va a golpear a nosotros en primer término pero después solo Dios sabe cuál será la trayectoria que pulverizará la corteza terrestre como si se tratará de una barra de hierro al rojo atravesando una bola de mantequilla.

Pero es que además hay algo igualmente terrible que se nos viene encima.

Acabo de hablar con Reynold.

Él me lo explicó todo, por fin, aunque tal vez sea demasiado tarde.

—Lucille, te he estado llamando en las últimas horas insistentemente. —Era cierto. Tenía más de diez videollamadas perdidas. Pude comprobarlo antes de contactar con él. Sin duda tanta premura obedecía a un asunto urgente, pero yo había estado siguiendo a Jonas y Diego durante buena parte del día—. Me sentí muy decepcionado cuando me comunicaron que no apareciste en el punto de recogida.

Su semblante se mostraba compungido. Aun no estaba segura de si era puro fingimiento o realmente experimentaba una empatía real por mí. En ese caso sería algo insólito.

—Créeme si te digo Lucille, que esta conversación no debería estar manteniéndola... pero en vista de cómo se están desarrollando los acontecimientos

aquí... creo que es del todo mi obligación avisarte.

Reynold estaba nervioso, pero de una manera distinta a la de las últimas veces. Parecía que finalmente había resuelto una duda moral. No le veía tan vacilante como en otras ocasiones. Iba a coger el toro por los cuernos. Allá vamos, pensé.

—Lucille, en primer lugar se trata del vórtice del cual emerge la Luz de Damocles. Finch hizo una conjetura al respecto. Parecía una temeridad, pero los científicos de la NASA pudieron confirmarlo en un informe secreto en poder del Despacho Oval. Tuve acceso a ese informe porque debía estar al tanto caso de que descubrieras algo que pudiera dar pistas al respecto.

—¿Qué pasa con ese vórtice, Reynold?

—Es una puerta dimensional, Lucille. Finch estaba convencido que se trata de un acceso que permitirá a otra civilización inteligente, proveniente de un universo alternativo, o al menos, de dimensiones alternativas, tomar posesión de la Tierra. Se trata de una invasión.

Me quedé helada. Aquella conjetura superaba mi imaginación. No pude evitar echar un vistazo de nuevo a la luz roja y nítida que se veía en el cielo helado de la Antártida, más allá del ventanuco de mi habitación.

—Al parecer los haces de energía, uno en cada dirección, son consecuencia de la enorme cantidad de energía aplicada en mantener la abertura dimensional. Esa era la premisa y los cálculos del doctor Finch. Los asesores científicos del presidente se echaron a reír cuando la recibieron... pero el tiempo fue dando la razón al científico. Ahora todos comprenden que la Luz de Damocles no es sino el espacio tiempo de nuestra dimensión rasgado por la aplicación de una potencia energética descomunal. Y todos están convencidos de que las huestes invasoras, sin duda, se desplegarán en la Antártida sin ninguna oposición. Una cabeza de playa magnífica, aseguran los estrategas del Pentágono, y desde allí avanzarán en todas direcciones a fin de tomar posesión del planeta. Es un punto de desembarco ideal. No podemos desplazar prácticamente ningún tipo de contingente que les haga oposición en ese lugar.

—Parece algo descabellado, Reynold —musité, incrédula por todo lo que oía.

—Bueno, esa era la conjetura de Finch.

—Era un paranoico.

—Bien, pues será que la Casa Blanca es un nido de paranoicos, pero piénsalo bien. Una abertura como esa, destinada a dar entrada a seres infinitamente más poderosos que nosotros... ¿no crees que sería una temeridad permitir que permanezca ni un solo segundo abierta en nuestro planeta?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que se puede cerrar?

—Los chicos de los misiles dicen que sí.

—¿Qué?

—Lucille... tienes que salir de allí de una manera u otra. Si no te destruyen los alienígenas cuando desembarquen, lo hará un misil termonuclear que será lanzado para que cuando se produzca el encuentro de la Tierra con la Luz de Damocles,

impacte sobre su vórtice. Los físicos de la NASA dicen que muy probablemente destruya el portal.

—¿Un misil nuclear, Reynold?

—Sí, uno de los potentes.

—¿Y desde cuando sabías eso?

—¿Qué más da eso, Lucille? ¿No te había dicho ya que tenías que salir de allí? ¿Quién te crees que estuvo más preocupado que nadie organizando la maniobra de extracción que tú estúpidamente desperdiciaste? Te aseguro que más de un gerifalte se opuso al asunto. No quieren que nada de la base pueda «contaminar» el planeta.

—¿Contaminar? ¿No será que no quieren que nadie sepa que lo sabían todo de antemano? ¿Qué no quieren quedar como unos cretinos cuando desacreditaron al doctor Finch? ¿Que a pesar de lo que se nos viene encima... están pesando en clave electoral?

Reynold denegó con la cabeza. Iba a hacer caso omiso de mis objeciones. Él mismo se identificaba tanto con el sistema que lo justificaba como si fuera su propio vástago.

—Sí, otra de las suposiciones de Finch era que ya había un intruso entre vosotros —continuó desatendiendo mis argumentos—. Es otra de las razones por las que no se quiere que nada ni nadie escape de allí. Si conseguí tu extracción fue porque dejé caer que tal vez repercutiría muy negativamente en la reelección que una heroína como tú falleciera en la operación Cerrojo.

Me parecía inaudito. Un desastre mundial en ciernes... pero el equipo electoral del presidente aún podía hacer valer sus criterios. Así que me había convertido en moneda de cambio y esa era la razón de la extracción... o tal vez la extracción no hubiera sido una extracción, sino una eliminación, la mía, a la vez que mantenían a Reynold tranquilo para que no metiera la pata.

—¿Cuánto tiempo queda para la intersección con la Luz de Damocles?

—Cuarenta y dos horas, Lucille. Aún estas a tiempo de coger un vehículo motorizado y salir echando leches de allí. ¿Entiendes?

Asentí sin fuerzas.

—Una última cosa, Lucille, muy importante. ¿Me oyes?

Asentí de nuevo. Creo que estaba desorientada por la información que me había proporcionado Reynold.

—Bajo ningún concepto, nunca jamás, digas a nadie, ni siquiera a tu marido, hijos cuando los tengas, o sea quien sea, que yo te advertí de esto. Es alto secreto. Me cortarían el cuello, ¿me entiendes?

Me despedí de Reynold lacónicamente mientras él repetía su «¿Me entiendes?» una docena de veces, como una muñeca infantil de las de antes, a las que se le hubiera atascado el disco de la voz. Agradecía su sinceridad final, quizás inútil y quizás tardía, pero no renunciaré al derecho de transcribir todo lo que ha acontecido aquí, en la base Amundsen-Scott en los días previos al impacto de la Luz de

Damocles sobre todos nosotros.

Cada hora que tengo por delante cuenta, y ha llegado el momento de hablar con el asesino del doctor Finch. Las cartas se han repartido, las apuestas están hechas, es hora de mostrar la mano. Es hora de hablar con Soren Hummel.

Capítulo 46

Iba armada con mi *glock*. No quería sufrir más contrariedades ni tenía tampoco tiempo para cometer errores. Había llegado la hora de la verdad y debía obrar con cautela, pero sin más dilación. Había esperado demasiado y ahora el desenlace se precipitaba. Tal vez si hubiera tenido suerte o mayor colaboración, la verdad habría aflorado antes, pero... no sé ahora si eso habría sido mejor o peor. En cualquier caso el tiempo transcurre y cada segundo cuenta... y aún no sé qué voy a hacer.

Aprovecharé esta breve pausa para reflejar lo acontecido en las últimas horas.

Tras mi última anotación me dirigí al encuentro de Soren, como decía, el asesino de Amadeus Finch. Es algo de lo cual ya estaba convencida.

Lo encontré en su despacho, absorto en su trabajo. Para él parecía que ni la Luz de Damocles era un problema, y su ignorancia de un misil balístico que iba a ser lanzado a nuestro emplazamiento, le permitía afrontar el paso del tiempo ajeno a la sensación de final que a mí me oprimía el corazón.

No me oyó llegar, estaba abstraído mirando la pantalla de su ordenador mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Le apunté con mi pistola y hablé a sus espaldas.

—Soren Hummel, quedas detenido por el asesinato de Amadeus Finch.

Soren se giró sobre la silla. No parecía ni sorprendido ni asustado, casi diría que me esperaba. Procedí con absoluto rigor, le leí sus derechos y le esposé las manos por la espalda con una brida. Se mostró extraordinariamente tranquilo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Era fácil, Soren, simplemente cuestión de tiempo.

—¿Y por qué me esposas? No pienso escaparme... ni tampoco hacer daño a nadie. Debes saber que no soy un peligro.

—Me da igual, permanecerás encerrado hasta que decidamos abandonar la base.

—Queda poco tiempo para eso. Menos de veinticuatro horas y la Luz estará aquí... —Soren sonreía con demasiada tranquilidad. ¿Le daba igual todo? Me senté frente a él y le miré fijamente. Quería taladrar su cerebro, esparcir los restos por el suelo, y descubrir hasta el último de sus pensamientos y motivos.

—No sólo me preocupa la Luz, Soren.

Su semblante se volvió más serio. Continúe. Quería resquebrajar su aire impertérrito.

—El gobierno va a lanzar un misil termonuclear y destruirá esta base... y de paso también el vórtice de la Luz de Damocles. Según parece se trata de un portal.

Soren sonrió abiertamente de nuevo.

—Así que al final el doctor Finch lo averiguó. Lo sabía... ¿Y por qué ese afán destructor? Parece que la única manera de relacionarnos con el Universo es a base de bombas. Somos un desastre de especie...

—Finch sospechaba que se trataba de un portal que va a facilitar la invasión de la

Tierra.

Soren se carcajeó.

—Era un paranoico egocéntrico. Veía amenazas por todas partes. Sospechaba que pensaba algo así, pero se negaba a soltar prenda. Intenté apaciguarlo pero no hubo manera.

—¿Por eso lo mataste?

—No... claro que no lo maté por eso... De hecho fue más bien un accidente. Peleamos... pero no pretendía matarlo, claro que no.

—Tendrás que demostrarlo —aseguré con cierta rabia. Tenía ganas de sacudir su estúpida sonrisa y su apariencia tranquila y acorralarlo. Sabía lo que tenía que decir.

Nos quedamos mirando en silencio.

—Esta noche, en poco tiempo ya, Jonas y Diego van a tender la trampa al alien. Todavía estamos a tiempo de atraparlo —argüí.

Tal y como esperaba, el semblante de Soren se descompuso. Tragó saliva.

—¿Qué haréis con él? —Su voz ya no sonaba tan segura.

—Nos lo llevaremos de aquí. Una vez enjaulado saldremos a escape de la base.

Soren negó con la cabeza.

—No, no Lucille... no puedes hacer eso... no debes... —Ahora sí parecía que empezaba a estar preocupado.

—Eres un asesino y tendrás que pagar por ello.

—No debes permitir que Jonas y Diego lo hagan, ¿me entiendes?

—Lo siento Soren. Has tenido tiempo de sobra para explicarte. Ahora ya no se admite recurrir. Lo tengo decidido. Voy a ayudarles. Esa es la última pieza del puzle. Después nos iremos todos de aquí. Tú podrás explicarte todo cuanto quieras. Tendrás tiempo de sobra... siempre y cuando no nos destruyan esos amigos tuyos. Si tan inocente eras... deberías haberte explicado desde el primer momento.

Me levanté, iba a encerrarlo en una de las habitaciones que había preparado con un cerrojo y un candado para convertirla en una celda provisional. Lo empujé por los pasillos y lo introduje en ella. No protestó por el camino, pero se hizo el remolón a la hora de avanzar. Lo zarandeeé sin compasión en cuanto me dio ocasión.

Así la brida con la que lo mantenía maniatado al poste de la litera del dormitorio. Estaba anclado al suelo y pared. Allí encerrado no podría complicarme más la existencia de lo que ya había hecho.

Sacudió la cabeza. Su semblante empezaba a reflejar un atisbo de desesperación.

—¡No!, Lucille no te vayas, por favor... tienes que comprender... No se trata de un ser malvado... no es lo que pensáis. —Gimoteaba—. Por eso no podía decir ni hacer nada. Si lo hubiera revelado el gobierno habría caído sobre él. No habría sido tratado siquiera como un ser humano... Tú sabes cómo somos... Tenemos miedo a lo desconocido. Lo habríamos destruido, no habría sobrevivido a nuestra maldad o a nuestra curiosidad. —Soren hablaba con sinceridad. Creía en lo que decía. Aún así no justificaba cuanto había hecho—. Afortunadamente las tesis del doctor no fueron

creídas en la Casa Blanca, pero si hubiera conseguido atraparlo... habría sido su fin. Sólo quería retrasar la investigación, Lucille, sólo retrasarla, te lo aseguro. Por eso cambié los láseres de posición, para evitar que comprendieras que la muerte del doctor Finch había sido allí. Habría llamado la atención y te habrías centrado desde el principio en aquel lugar, en la central de energía, junto a los transformadores... y él necesita acudir allí regularmente cada noche. Sólo quería protegerlo un poco de tiempo. Tenía previsto contarle todo... te lo aseguro.

Recordé la conjetura por la cual de alguna manera aquel ser necesitaba surtirse de energía para sobrevivir.

—Demasiado tarde para tus explicaciones —dije con crueldad mientras me volvía para irme.

Estaba cerrando la puerta cuando Soren gimió más que habló.

—Tengo la prueba de lo que digo. El doctor Finch había instalado una cámara autónoma en la central eléctrica para grabar la captura. La descubrí. Llevo la grabación conmigo en un *pendrive* en mi bolsillo. Antes de hacer nada te ruego que la mires, Lucille. —Sus palabras parecían una rendición incondicional.

Soren estaba a punto de echarse a llorar. Hurgué en los bolsillos de su pantalón. Allí estaba el *pendrive*.

—Simplemente míralo, Lucille, te lo ruego. Después decide qué hacer. —Su voz volvía a estar más serena—. Libérame y te ayudaré, te lo prometo.

Mi mirada helada le sirvió de respuesta. Se dejó resbalar hasta el suelo y se quedó allí sentado, abatido, el pelo largo y lacio cayendo sobre su rostro inclinado, los brazos hacia atrás, atrapadas las manos en las bridas... Derrotado.

* * *

Acabo de ver el vídeo. Me ha dejado completamente confundida. ¿Qué hacer?

La grabación se inicia mediante detección de movimiento y al parecer la cámara es sensible a infrarrojos, por lo que se activa con facilidad, incluso con visibilidad reducida. En un principio pensé que se trataba de un error porque no se observaba nada, absolutamente nada, aunque se suponía que algo había activado el inicio de la grabación. De pronto las luces verdes de los cortadores láser se activan. Algo ha disparado la trampa aunque en la penumbra reinante es imposible determinar qué. Los haces de energía crean un estrecho cuadrilátero cerrado a unos diez metros de las cámaras. La imagen carece de excesiva nitidez y hay poca luz. Aparentemente no hay nada ni nadie en el interior del recinto así creado. Entonces la iluminación de la sala se enciende. Me esfuerzo aún más en ver quién está prisionero, pero aparentemente no hay nadie... salvo una estela difusa, una niebla. La zona delimitada tiene un área en penumbras impenetrable a la vista. Me concentro en esa área de la pantalla, pero da la impresión de que el objetivo de la cámara está sucio y la imagen que capta está demasiado difuminada.

Alguien aparece en escena, es Amadeus Finch, que se acerca con precaución hacia su trampa. En su interior, una sombra en el suelo, acurrucada, toma vida. No había reparado en ella porque daba la impresión de que se trataba de un efecto de sombras. Algo se ha erguido, frente a Finch, y no puedo ver bien porque la propia silueta del científico la oculta. Ambos permanecen quietos. ¿Hablan? Imposible de saber.

Entra en escena Thomas. Llega y se planta ante el doctor Finch. Está claro que ambos discuten enérgicamente. Amadeus incluso pone la mano encima de Thomas, pero este es mucho más fuerte y lo ignora. Entonces Amadeus toma una llave inglesa mientras Thomas empieza a manipular uno de los cortadores de hielo láser. Está claro que quiere apagarlo y liberar al prisionero. Entonces Finch golpea en la cabeza a Thomas, que cae redondo. Podía haberlo matado si lo hubiera golpeado con más fuerza o en un punto más delicado. También es cierto que Thomas lleva el aparatoso abrigo de gore-tex encima y la capucha y los gorros de lana amortiguan el golpe.

Amadeus Finch tiene un problema. ¿Qué hacer ahora? La aparición de Thomas supone una contrariedad, sin duda. Seguramente debe cambiar de planes. Camina de un lado a otro mientras observa la figura acorralada. ¿Quién es? Parece que se trata de un humano, pero acurrucado en las sombras resulta imposible saberlo. Si tan solo avanzara un paso hacia la luz.

Llega Soren y observa el panorama. Está claro que vocifera a Finch y este contesta no menos apasionadamente. Soren señala a Thomas, grita, extiende las manos en señal de súplica. Me es fácil imaginar que está solicitando al doctor que recapacite sobre las consecuencias de sus acciones, pero Amadeus Finch parece colérico. Quiere quitarse a su ayudante de encima y lo empuja. Se inicia un forcejeo. El doctor trata de agredir a Soren con la llave inglesa, pero Soren ha atrapado el brazo que intenta golpearle. Inician una especie de baile, en el que uno y otro se empujan e intentan golpearse, siempre peligrosamente junto al cerco láser. En un momento dado Amadeus Finch se zafa de Soren e intenta golpearlo de nuevo con la llave inglesa, pero tropieza con el cuerpo tendido de Thomas en el suelo, que yace tras de él. El doctor Finch cae entonces de espaldas, como a cámara lenta, consciente, una vez perdido el equilibrio, que en su caída le espera la fatalidad. Su cuerpo atraviesa varios haces de láser antes de llegar al suelo. El doctor Finch muere al instante.

Soren queda en estado de shock. Transcurre un largo minuto en el que permanece postrado, como haciendo una genuflexión, la cabeza baja, diría que sollozando. Está asustado. La sombra atrapada en los láseres le observa. Da un paso hacia la luz, quiere hablar con Soren.

¡Era una mujer!

Una mujer joven pero sus rasgos son indistinguibles. Nunca la había visto. Es la intrusa, ¿la alienígena... con forma humana? Ella y Soren hablan por un corto espacio de tiempo... hasta que al final Soren mira directamente hacia la cámara. Se acerca hacia ella y la grabación cesa.

¿Qué hacer ahora?

Compruebo mi reloj. Diego y Jonas han debido tender la trampa de nuevo. Es el momento en el que debo intervenir. Creo que debo ayudarles. Comprendo que tal vez sea excesivo pero... ¿qué sucede si todo lo que temía el doctor Finch era cierto? ¿No han confirmado los científicos de la Casa Blanca que la Luz es un portal, que se acerca hacia nosotros y que tal vez se trate de una invasión? ¿No es conveniente interrogar, incluso torturar, cuanto antes a ese ser sobre sus intenciones y avisar al Pentágono de lo que se descubra?

No, no comprendo las buenas razones de Soren ni porque Thomas quiso impedir que el doctor Finch detuviera a la intrusa. Obraron irresponsablemente y tal vez todos nosotros y el mundo entero paguen las consecuencias.

Voy a la central de energía.

Capítulo 47

Noche cerrada. Me dirigí intranquila hacia la estación, enfundada en los ropajes polares, preparada para cualquier contingencia, el arma en su funda sujeta en mi costado izquierdo, bajo el chaquetón de gore-tex. No estaba dispuesta a dejarme sorprender. Hacía tiempo que no abandonaba el confort de la estación. En el subterráneo, en las instalaciones realizadas ganando espacio al glaciario sobre el que se asentaban los pilares de la estructura de la base, la temperatura gélida me recordó a mi primera impresión, cuando llegué allí hace dos meses aproximadamente, y sentí en la piel de mi cara el impacto hiriente del aire antártico.

Caminando al encuentro de la solución de todos los misterios tuve una sensación de *deja vú*, como si fuera algo que ya había hecho anteriormente. Sentía que el tiempo se agotaba. Mi vida se enfrentaba a su final, bien por la Luz de Damocles, bien por la bomba nuclear que iba a ser lanzada a nuestro emplazamiento, bien porque caminaba al encuentro de un ser cuyo poder y tecnología podría aniquilarnos a todos. Comprobé una vez más mi *glock* en el bolsillo. En cuanto llegara a la estación me quitaría de encima las gruesas manoplas y avanzaría, arma en mano, con todas las precauciones. Tal vez debería haber hablado con Jonas y Diego a fin de mostrarme dispuesta a secundar su plan, pero intuyo que Jonas estaba decidido a prescindir de mí. Si lo hubiera hecho se habría vuelto más precavido y no habría tenido opción de intervenir.

Cuando llegué ante la puerta metálica era un mar de nervios. Desde el exterior se oía el ronroneo de los motores quemando combustible. Abrí la puerta con el máximo sigilo, pero también convencida de que sería imposible que el leve rumor de los goznes que se produjo fuera capaz de percibirse por encima del estrépito de la sala.

La iluminación era escasa. Algunos fluorescentes permanecían apagados. No se habían encendido todos los interruptores. Debía descender unos escalones para llegar al nivel del suelo, pero desde donde estaba, por encima de los motores y tuberías, de cables y tendido eléctrico, observaba en el extremo más alejado del salón un ligero resplandor verdoso. Era una luz diferente, una luz que me confirmaba lo que ya me esperaba. La trampa había sido activada.

Dos pasillos conducían hacia esa zona de la sala, donde según Soren, se hallaban los transformadores. Era allí donde acudía nuestro extraño invasor. Uno de ellos lo deseché porque iba directo hacia la trampa. Estuviera quien estuviera allí, quería tomar a todos por sorpresa. Me quité el grueso chaquetón para que no me resultara tan incómodo moverme, y me deslicé tan cautamente como pude a lo largo del pasillo. No me preocupaba tanto el ruido que pudiera hacer como que alguien echara un vistazo en mi dirección y me descubriera antes de tiempo. Oí voces. Por encima del rumor de la maquinaria alguien hablaba. Era necesario casi gritar para hacerse entender.

Me planté a escasos metros de dónde sucedía todo y me asomé sobre un armario

eléctrico de tapa metálica. Sólo un instante. Vi los haces de color verde impactando contra la pared y suelo, creando un cerco, una especie de celda, que desprendía un penetrante olor a quemado. En la zona oscura del recinto así creado había alguien. Creí distinguir a una chica de pelo largo y rubio que había observado en el vídeo que me proporcionó Soren. Fue una impresión equívoca, en cualquier caso.

Allí estaban Jonas, Diego, y para mi sorpresa, también Bob. No se ponían de acuerdo en cómo proceder y discutían acaloradamente.

Entré en acción apuntando con mi pistola hacia los tres. Podría haber esperado más, pero la sensación de que cada segundo contaba era más y más acuciante.

—Todos con las manos donde las pueda ver. —Grité. Mi voz me resultó extraña a mí misma. Tensa, seca, severa. Los tres hombres me miraron asustados, especialmente Bob y Diego, a los que claramente se veía que aquella situación les superaba.

—¿Qué pretendéis hacer con ella? —inquirí.

Aún no tenía claro si mostrar mi apoyo a su iniciativa o no. No sabía cuál era su plan, qué querían. Jonas sí que parecía tener las ideas claras.

—Lucille, tenemos que interrogarla. Estoy en contacto con el Pentágono. Me han advertido de lo que sucederá si no conseguimos evitarlo... Es un portal...

Le interrumpí con sequedad.

—Sí... sí, lo sé. Yo también estoy al tanto de todo eso. ¿Qué piensas hacer? —Insistí.

Bob estaba completamente asustado, mientras que Diego parecía haberse relajado con mi llegada. Jonas era el que parecía estar al mando.

—Debemos interrogarla...

—No suelta prenda —intervino de pronto Diego. Llevamos tiempo intentando razonar con Megan, Lucille, pero no contesta, no dice nada, calla.

¿Megan? Me quedé sorprendida mirando a Diego. Aquella mujer no era Megan. Se lo iba a decir cuando de pronto, por el rabillo del ojo, distinguí el pelo corto y canoso de Megan. La chica joven había dejado de existir para dar paso a la Megan que yo conocía. Me miraba con humildad, pero no percibía miedo en sus ojos, sólo paciencia y mansedumbre.

—Hay que utilizar otros métodos —dijo con voz fría Jonas, obviando que estaba empezando a comprender que para cada uno de nosotros aquel ser adquiriría una apariencia completamente distinta. ¿Cómo lo hacía?

Bajé el arma lentamente, pero sin dejar de apuntar al grupo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Nadie respondió en un primer momento. Finalmente fue Bob quién aclaró lo que nadie se atrevía a pronunciar.

—La quieren torturar Lucille... tienes que impedirlo. ¡Es Megan!

Jonas le miró con rabia.

—No, Lucille, se trata de su vida o la nuestra, su vida o la de toda la Humanidad.

Estamos en una situación desesperada. —Me miró con expresión preocupada. Observaba mi rostro impasible y no sabía interpretar mis intenciones. Soy una mujer dura. No me asusta la tortura viendo lo que hay en juego, pero quería que Jonas mostrara todas sus cartas—. No la podemos tocar. Es... etérea, aunque nos parezca tan real y sólida como estas tuberías de metal. Pero los láseres son otra cosa... —concluyó mientras apoyaba la mano sobre un láser situado en un trípode que estaba apagado—. Podemos regular la intensidad... Está claro que teme estos chismes, Lucille. —Concluyó casi con una sonrisa.

Cavilé durante unos segundos, mientras miraba la sombra acurrucada en el suelo.

—Sí, tal vez tengas razón. No veo otra salida. —Me guardé el arma en la funda de cuero que llevaba al costado.

Fue entonces Bob el que intervino.

—Antes de decir ninguna tontería Lucille, mira bien de quién se trata —suplicó.

Me sorprendieron aquellas palabras. Jonas y Diego se quedaron en silencio. Ellos ya habían decidido seguir adelante después de todo.

Me acuclillé lo más cerca posible de la sombra. Un par de haces de color verde nos separaban.

—Mírame —ordené.

Entonces aquella figura irguió su rostro hacia el mío. Era una chica joven y bella. Sus ojos claros se clavaron en los míos y... sucedió de nuevo lo inesperado. De improviso su rostro se alteró, como si fuera una imagen que se resintoniza, o como un efecto digital de transfiguración. Primero figuro como otra mujer joven, de pelo moreno y tez bronceada que tampoco había visto con anterioridad. Finalmente aquella faz por completo desconocida se alteró, configurándose en un nuevo rostro que conocía muy bien.

* * *

Fue un shock comprender de pronto que era ella, Megan, la intrusa que sospechábamos era un ser de otro mundo, de otra dimensión. ¿Cómo era posible? Su mirada se clavó en mí. No era miedo, ni temor... más bien era de pena, de compasión... por mí, por nosotros. ¿Qué significaba aquello?

—Dejadme con ella aquí —ordené.

Jonas iba a protestar.

—Hay dos buenas razones por las que debes dejarme a solas con ella, Jonas —dije con autoridad—. La primera. Soy policía, sé cómo hacer hablar a alguien... y créeme, puedo ser muy desagradable cuando quiero. —Y mientras decía esto me llevaba la mano a la pistolera y extraía mi arma con soltura. Era un mensaje subliminal, «no discutas con una mujer armada, Jonas»—. La segunda razón es que es posible que nos quede menos tiempo del que creéis. No sólo la Luz se aproxima hacia nosotros. El Pentágono va a mandarnos un misil termonuclear. Si la Luz es un

portal por el que puede desembarcar un ejército invasor lo destruirán. En pocas horas este lugar se va a parecer bastante al centro del sol.

Diego y Bob se mostraron bastante alarmados. Jonas se mostraba incrédulo. No se lo habían dicho. Estaban dispuestos a sacrificarlos a todos antes que permitir que nada ni nadie saliera de allí. Reynold al final me había dicho la verdad, me había revelado un secreto que podría salvarme la vida... y tal vez, quizás, arruinar su carrera. Bien, un error más de juicio a añadir en mi larga lista de errores.

—Diego, Bob..., debéis preparar un vehículo bien pertrechado de todo lo necesario, capaz de salir de aquí y llegar a la base más cercana...

—Está a miles de kilómetros... —protestó tímidamente Bob.

—No hay tiempo que perder entonces —aseguré vehemente.

—Yo me ocuparé de los víveres. Tú vete preparando el vehículo, combustible... todo lo necesario, Bob —propuso Diego, decidido.

—Jonas... hay que localizar a Thomas. Hay que llevárselo de aquí por la fuerza, si es necesario. De Soren ya me ocuparé después. Lo tengo a buen recaudo.

—Pero... —protestó. Aún no era consciente que el mando había cambiando de mano. Afiancé la pistola mientras le apuntaba. Bob y Diego ya se alejaban apresuradamente.

—No pienso discutir esto, Jonas —dije con voz provocadora. No me he topado con gente verdaderamente difícil como para que ahora un jovencito me rechiste.

Finalmente dio media vuelta y se retiró también, primero andando. Después echó a correr.

Allí nos quedamos solas las dos. ¿Solas?

¿Era realmente Megan una mujer?

Capítulo 48

Megan. ¿Cómo era posible que la persona de la base que más humanidad parecía condensar no fuera humana? Mi perplejidad iba en aumento cuanto más lo consideraba.

—¿Qué eres? —pregunté con recelo.

Megan se había movido a la luz. Su rostro había quedado fijado con el semblante de Megan. El aspecto de chica joven y rubia había desaparecido por completo.

—Soy una manifestación holográfica, Lucille. No existo materialmente aquí. Mi configuración energética, además, varía, porque incluso depende de quién me observa, mi naturaleza se manifiesta de forma distinta dependiendo de quién lo hace.

—Explícate mejor.

—Provengo de una realidad que tiene unas dimensiones diferentes a las de tu mundo, tu universo. Apenas puedo interactuar físicamente aquí. Sólo con determinadas formas de energía. Por ejemplo, tu cerebro es un pequeño generador eléctrico. Comprendo tus emociones aún antes de que tú las experimentes. Por eso me manifiesto ante ti de la manera que considero más empatía puedo generarte. Obviamente, esta no es mi verdadera naturaleza, y poco tiene que ver con mi aspecto real, pero para mí resultaría imposible materializarme ante ti como un ser de carne y hueso. Cuando hablo, no estoy articulando cuerdas vocales que producen una vibración del aire generando un sonido. Actúo directamente sobre los hilos de tu cerebro que estimulan tu visión, tu oído... los sentidos, de tal manera que tu mente me incorpora a la realidad como algo sólido, que puedes ver y oír... pero soy una ilusión en tu cerebro.

Suspiré. Creo que había comprendido lo fundamental. Una súbita acumulación de ideas irrumpió en mi mente. Megan, siempre presente a solas, nunca acompañada. Nunca almorzaba ni ingería nada. Su expediente ausente... porque nunca había existido. Todo cuadraba. Repentinamente todo cuando recordaba de aquella mujer aparecía ante mí como visto a través de un prisma que alteraba por completo las imágenes de mis recuerdos.

—Así que eres una especie de fantasma multiforme y camaleónico que tengo en mi cabeza. Pero... resultas tan humana... ¿es también eso una especie de pose?

Megan se había levantado del suelo y se había acercado a la luz. Su mirada clara, su pelo cano... parecía tan real y tangible que no podría pensar que era de otra forma. Se acercó a los límites del láser tanto como pudo, encarándose conmigo.

—¿Qué es la humanidad a la que te refieres? Seguramente es un ideal de distintas facetas. Bondad, compasión, paciencia... empatía. ¿No has considerado que quizás todas las criaturas inteligentes del universo tenemos un modelo conforme a esos mismos valores? Todas somos hermanas en relación a ese ideal que buscamos y anhelamos. Lo que sucede con tu especie es que aún está lastrada por instintos que impiden encarar con valentía ese logro. En tu especie cada individuo es un rival para

cada individuo.

—Somos muy competitivos, sí.

—Ni siquiera es una cuestión de competencia. Fíjate en tu animadversión con tu propia hermana. —Sentí que mi piel se erizaba al mentar ese ejemplo. Introducir mi vida personal en la conversación me pareció jugar sucio—. Los prejuicios sobre lo que consideras derechos individuales se anteponen al bienestar de los demás. Es lo que comúnmente denomináis amor. Lo entendéis como un ideal, pero os cuesta tanto vivir conforme a él... que no necesitáis que venga ningún invasor a destruirnos porque la semilla del mal la tenéis en el interior de vuestro corazón.

Suspiré. Me sentí derrotada. Quería alegar en mi defensa, hacerle comprender que tenía toda la razón de mi parte, que incluso, siendo bondadosa con el juicio de mi hermana... aún así todo había sido llevado de muy mala manera. ¿Cómo va a ser posible que sostenga que una traición es algo bien hecho?

Megan me sonrió.

—Veo tus pensamientos con claridad. No juzgo a tu hermana. Por supuesto que sus acciones pueden ser interpretadas como inmorales, eso lo entiendo perfectamente. Lo que juzgo son tus sentimientos, que se amparan en muchos razonamientos... pero ninguno de ellos tiene que ver con la bondad, ni la compasión, o la comprensión, ¿entiendes? Sólo podréis sobrevivir si fundáis vuestro progreso en esos valores. En su ausencia estriba el origen del sufrimiento y el miedo. Es el miedo a que te hagan daño y el odio al que te lo ha hecho, el mismo miedo y odio que hace que tu gobierno dirija una bomba nuclear hacia nosotros.

Apoyé la mano sobre uno de los láseres. No tenía ganas de seguir discutiendo. Comprendía perfectamente la recriminación que me estaba haciendo y me sentía herida, pero a la vez, extrañamente reconfortada.

—Si te libero, ¿qué harás, Megan?

—Me volveré a mi mundo Lucille. Lo que llamas la Luz de Damocles es el portal por el que vine y por el que me marcharé. Tras mi salida el portal desaparecerá. No procurará daño alguno ni a ti ni a nadie en este planeta.

—Pero... cuando llegaste la Luz de Damocles estaba muy lejos de la Tierra... ¿no es así? ¿Por qué ahora la Luz tiene que caer sobre nosotros? ¿No comprendes que eso me hace dudar?

Megan asintió.

—Tienes razón. La diferencia es que ahora no me voy a ir sola. Tengo acompañantes... que quieren venir conmigo voluntariamente. Ellos necesitan cruzar el portal aquí, físicamente.

Suspiré. Thomas. Soren.

—¿Y podréis alcanzarlo sin que la bomba te destruya? —Me costó realizar la pregunta. Tenía la boca completamente seca y mi lengua pastosa.

Se limitó a sonreír como una madre sonreiría ante la ocurrencia más inverosímil de su hija pequeña.

—Jamás me creerán si cuento esto alguna vez —murmuré mientras le daba al interruptor de apagado. Las luces verdes se desvanecieron y el tenue y vibrante sonido que emitían los generadores se apagó con un leve decrescendo. Megan se desvaneció ante mis ojos.

* * *

He buscado a Soren y Thomas por toda la base pero no he dado con ellos. Sé que Jonas y los demás están cargando uno de los vehículos más grandes. Los oigo hablar por los *walkis* dándose instrucciones y coordinándose. Están preparando un tractor que tira de un enorme remolque que estaban acondicionando como zona habitable. Dudo que se pueda llegar a ninguna otra base, pero al menos podrá alejarse de la zona devastada y aguardar la llegada de auxilio.

A Megan... la he dejado ir. He perdido su pista. No sé si volveré a verla alguna vez.

Jonas está dando avisos por la radio para que todos acudamos a la nave de vehículos. Están a punto de salir y ni Thomas ni Soren han hecho acto de presencia. Yo he perdido el tiempo narrando este último capítulo. La Luz de Damocles está a punto de caer sobre nosotros. En ese momento un misil termonuclear también impactará en el mismo punto. Siento que estoy sobre unas arenas movedizas que están a punto de convertirse en un volcán.

* * *

Un último apunte. Al cerrar la tapa del portátil ha aparecido. Se trata de una nota de Thomas, de una despedida. Va a la Luz de Damocles... junto con Soren. Sí, dice que me quiere perdidamente, pero que no puede pedirme que le siga. Él ya no tiene nada que hacer aquí y quiere ser un aventurero hasta el final. Le queda tan poco.

En cuanto a Soren, es un místico, confía en Megan y se ha enamorado, no de ella, sino de su mundo, de sus ideales y sus valores.

Van al encuentro de la Luz. Pobres locos.

* * *

Estas son mis últimas líneas. He subido mi diario a la nube y he escrito a varios amigos las contraseñas para que puedan acceder a este documento. Acabo de escribir mi última anotación, que he colocado como primera página, y a continuación, mi último testimonio será un archivo de audio. Lo voy a grabar aprovechando el radio de cobertura del wifi de la estación. Creo que servirá.

Capítulo 49

(Trascripción de una grabación de audio).

Se oyen pasos caminando pesadamente sobre un pasillo metálico y una respiración en primer término. Después de un rato una puerta se abre y el silbido de viento da a entender que la grabación se desarrolla en el exterior. Nuevas vibraciones metálicas indican que se está bajando unas escaleras. De nuevo el sonido del viento cesa y las pisadas parecen ser a continuación sobre la nieve.

—Jonas... Jonas...

—Dime Lucille... Nos hemos ido según nos indicaste, ¿dónde estabas? ¿Qué ha pasado con Megan? Te escucho muy mal...

—No hay tiempo para explicaciones. ¿Estáis a salvo?

—Nos hemos alejado del radio crítico... pero vamos a buena velocidad, en pocos minutos estaremos a buen resguardo. —La voz suena muy entrecortada, apenas se comprende lo que dice.

—¿Qué ha sido de Thomas y Soren? —La voz de Jonas, entrecortada, llega a ser nítida por unos segundos.

—Se han ido hacia allí... Justo por donde se ve la Luz de Damocles... Dios mío, parece que la tenemos ya encima... —responde Lucille, con voz ahogada. Está andando a un ritmo rápido. Parece que llora. Se oyen gemidos con cada paso, como si fuera un esfuerzo notable.

—Lucille... Lucille... ¿Estás loca? ¿Dónde vas? Sal de allí... por favor... Pensé que ibas a tomar un vehículo o una motonieve...

Los gritos de Jonas cada vez suenan más lejanos. El viento los ahoga. Las pisadas sobre el hielo se hacen más rápidas. Una voz con acento chileno llega con claridad al micro.

—Lucille, por Dios. No te vayas tú también. Están locos. Están locos. Soren y Thomas están rematadamente locos ¿Por qué lloras? Aún te puedes poner a salvo... si te das prisa y vuelves... hay un vehículo preparado...

La voz se apaga bruscamente y de nuevo solo se escuchan las pisadas en el hielo de Lucille.

—¿Qué estoy haciendo? No lo sé... no lo sé... Podría irme, largarme de aquí, pero hay algo que me empuja. Creo que ya no quiero volver a casa... no es que quiera huir, es que... no quiero dejar esto a medias, no quiero abandonar sin saber, no quiero dejar a Thomas, no quiero volver a empezar como si nada hubiera pasado. Algo me ha traído hasta aquí. Es mi destino, y no, no voy a dejar el camino a medio hacer... Yo... tengo miedo. Soy una obstinada y testaruda, no lo puedo remediar. Nunca me he rendido... no quiero rendirme ahora. No quiero... no quiero volver...

Se oyen sollozos. Las pisadas mantienen su ritmo.

—Veo la Luz de Damocles ante mí. Es algo sobrecogedor. Es un haz tan ancho

que abarca casi todo el horizonte, y sigue creciendo... parece que va a tragarse el planeta entero... es maravilloso a la vez que terrible... ¡Allí delante hay alguien! Deben ser Soren y Thomas. Veo sus sombras al contraluz del resplandor rojizo. Se oye un murmullo..., es como una vibración... Voy tan rápido como puedo... pero este frío es demoledor... no quiero que se me escapen... ¡Thomas! ¡Thomas! No me oyen... es imposible con estos abrigos... Y este viento lo impide. Además están mirando hacia delante. ¡No me ven! —exclama por último con desesperación.

Respiración entrecortada.

—Estoy mirando al cielo. Tengo miedo que en cualquier momento aparezca un destello que indique la llegada del misil. Seguramente una estela blancuzca iluminada por la Luz de Damocles... No creo que tenga tiempo de ver nada... Ya casi estoy... ¡Thomas! ¡Thomas! No los alcanzo. Debo apresurarme. Ahora parece que caminan más rápido que yo... Están corriendo... No voy a alcanzarlos... no voy a alcanzarlos... ¡Qué estupidez! Voy a morir como una tonta, a mitad de camino entre unos y otros... Ni siquiera voy a poder decirle a Thomas lo mucho que lo quiero...

Sollozos.

—Mamá... sé que escucharás esto. Ruego a Dios que lo puedas escuchar algún día. Yo... siempre te he querido, aunque he sido muy brusca, lo sé y lo siento de veras. Creo que quería pagar contigo toda mi ira. Eras más frágil y nunca respondías a mis golpes... Lo siento tanto... No he tenido el valor para volver. Creo que quería castigaros... a ti y a Susan... Oh Susan, por tu culpa estoy aquí... pero no, no te guardo ningún rencor Susan... comprendo que lo que sucedió fue algo que no buscabas. Sé que no querías hacerme daño, lo sé, estoy convencida de ello... Simplemente quería que supieras que te guardo en mi corazón con todo mi cariño de siempre... Ojalá seas feliz... Yo... siento tanto esto...

Sollozos junto con el sonido de los pasos sobre el hielo. Parece que el ritmo ha decaído.

—Dios mío... La Luz... Está aquí... Sin darme cuenta ya ha llegado hasta aquí... Alguien está allí, alguien me espera... no, no es Thomas, ni Soren, es algo diferente... me tiende la mano... Oh..., es algo increíble... es Megan... es hermosa... esto es diferente... Mamá... Mamá... esto es lo más hermoso...

Capítulo 50

Editorial La Nación, Santiago de Chile

Después de unos días en los que el alivio internacional se ha manifestado de forma espontánea a lo largo y ancho del mundo, en una celebración colectiva que ninguno de los que hemos afrontado estos difíciles días jamás olvidaremos, ha llegado la hora de hacerse preguntas.

Una detonación nuclear se ha llevado a cabo en el polo sur de nuestro planeta. Es cierto que existen razones sobradamente justificadas para un acto tan sobrecogedor y excesivo. La rueda de prensa dada por el presidente norteamericano explicando las razones secretas que le empujaron a tomar esa drástica decisión ha expuesto argumentos más que sobrados que justifican la acción. No obstante, también han surgido voces de disensión que no quedan conformes con dichas explicaciones y se preguntan qué otros secretos puede haber guardado la Casa Blanca al respecto. En esta materia no estamos hablando de la seguridad de los Estados Unidos, sino de la supervivencia global.

Esta falta de transparencia alcanza también a los que cuestionan la efectividad de la detonación nuclear. Expertos europeos y australianos aseguran que la cronografía de sucesos no se corresponde con las explicaciones presidenciales. Según los registros de varios laboratorios y observatorios internacionales, la Luz de Damocles se desvaneció de nuestro firmamento segundos antes de que se produjera el conocido pico electromagnético derivado de una explosión nuclear. Incluso revistas científicas como *Nature* ya avisan que publicarán dichos estudios fehacientemente contrastados.

El descrédito inicial que se había dado al diario subido a la red de la policía Lucille Vaughan, responsable de la investigación del asesinato del científico Amadeus Finch, queda ahora en entredicho, y en la medida que se socaba la versión oficial norteamericana de los hechos, cada vez son más voces las que reclaman la veracidad de dicho documento. La extraña desaparición del supervisor de la agente, el señor Reynold Abbott, tampoco contribuye a aclarar este turbio asunto. Si dicho testimonio fuera cierto, la Humanidad se encontraría ante una difícil tesitura por las implicaciones éticas y filosóficas que pudiera conllevar, además de dibujar escenarios bélicos y agresivos por parte del Pentágono que no se corresponderían con la realidad. Desgraciadamente, en la medida que las versiones, los hechos, los testimonios y los datos se presentan a la opinión pública, intuimos se va a conformar un nudo de información que hará imposible formarse una opinión certera de lo realmente acontecido. Tal vez, una vez más, como tantas en la Historia, será la conciencia de cada cual la que juzgue y extraiga las propias conclusiones y no hayamos sino asistido al inicio de un debate que, probablemente, nunca concluya.